



ALFREDO FLORES SUÁREZ

**LA VIRGEN DE LAS
SIETE CALLES**

VI Edición

1990

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz- Bolivia
Portada: Eduardo Alvarez

INDICE

PRESENTACIÓN A VI EDICIÓN.....	2
PORTADA	2
CAPITULO I	4
CAPITULO II	10
CAPITULO III	13
CAPITULO IV	18
CAPITULO V	22
CAPITULO VI	25
CAPITULO VII	27
CAPITULO VIII	30
CAPITULO IX.....	35
CAPITULO X	38
CAPITULO XI	40
CAPITULO XII	43
CAPITULO XIII	47
CAPITULO XIV	51
VOCABULARIO	53

PRESENTACIÓN A LA VI EDICIÓN

La Editorial de la Casa de la Cultura "Raúl Otero Reiche" tiene el honor de ofrecer a los profesores y estudiantes del Departamento de Santa Cruz, una nueva edición de la novela cruceña por excelencia, La Virgen de las Siete Calles de Alfredo Flores Suárez.

Difundir nuestros valores culturales es uno de los objetivos de mayor responsabilidad y compromiso con nuestro pueblo. Con esta publicación no sólo salvamos una grave omisión en el Programa Oficial de Literatura del país —que en todo su contenido de materia contempla dos poemas de autores cruceños, uno de Raúl Otero Reiche y otro de Julio de la Vega— sino que iniciamos con vigor y optimismo, un trabajo pedagógico-didáctico que abarcará la regionalización del programa de esta asignatura incluyendo sistemáticamente, autores cruceños en todos los géneros, corrientes y estilos literarios para su estudio en los diferentes ciclos de enseñanza.

La ilustre figura del escritor y diplomático cruceño Alfredo Flores, brilla universalmente por mérito propio. Nuestra editorial consciente de su rol protagónico en la defensa de los valores culturales de nuestra región pretende, con este sencillo aporte, mantener vigente en el espíritu y la mente de las generaciones jóvenes el pensamiento y la sensibilidad creativa de uno de los más grandes narradores del Oriente Boliviano, don Alfredo Flores.

La presente edición contiene los elementos necesarios para que profesores y alumnos del Departamento puedan realizar eficazmente su proceso de enseñanza-aprendizaje. En este sentido, agradecemos profundamente la colaboración brindada a nuestra institución por la señora Cristina Campero v. de Flores, sin cuyo apoyo no hubiese sido posible una investigación adecuada.

La Literatura, ese fabuloso arte de convertir la vida en palabras, es un valioso instrumento educativo para desarrollar la conciencia crítica y capacidad estética del estudiante, por eso los libros seleccionados en un Programa Oficial de Literatura deben responder a la realidad socio-cultural de cada región.

Con esta certeza, invitamos a nuestros lectores a penetrar el maravilloso mundo de La Virgen de las Siete Calles de Alfredo Flores que es un extraordinario estudio literario, antropológico y cultural de nuestra historia.

PORTADA

Cuentan los viejos y empolvados cronicones que, a mediados del siglo XVI, un puñado de españoles, andaluces en su mayor parte, cruzó las selvas hacia el naciente y, abriéndose paso entre la verde maraña del monte, acampó a orillas de un riachuelo cristalino que corría rumoroso, dulce y fresco, bajo la tibia fronda de las arboledas. Para llegar allí aquellos hombres hubieron de vencer fatigas sin cuento, avanzando durante largos días por tierras pantanosas de aguas infectas, o cubriendo penosas jornadas sobre arenales sin fin; sedientos, andrajosos, hambrientos y desalentados. En la entraña de esos bravos se agitaba una ambición o bullía un sordo deseo insatisfecho. Ellos habían llegado a las tierras del nuevo mundo tras luengas travesías y marchaban en pos de las comarcas encantadas que les brindarían tesoros incalculables, oro, plata, preciosas piedras para colmar su codicia y mujeres ardientes de piel morena, satinada y tibia, sensuales y amorosas, para calmar sus ardores; pero hubieron de hacer un alto en el camino y la hueste aguerrida plantó allí el signo de la Cruz y envainó la espada para fundar un pueblo en un paraje de ensueño y maravilla. Eran aquellos campos exhuberantes y extensos; gigantescas arboledas bajo cuyas sombras se cobijaba la gacela y trinaban las aves de todos los plumajes; praderas interminables donde se alzaba grácil la palma y donde la brisa fugaba temblorosa por entre los tiernos y jugosos pastizales. De aquel suelo potente, in violado en su misterio, se levantaba un vaho excitante que embriagaba y enardecía como si anunciase la proximidad de la hembra en celo; y bajo el cielo gloriosamente claro, orgía de luz y de color, resplandecía el verde ropaje de la tierra. Los hombres pararon las casas cerca de la montaña azul, desde donde se divisaba un cerro hermoso, redondo y perfecto como un seno de mujer. Una cascada suave, alegre y clamorosa, alimentaba el riacho a cuya vera se formó la primera calle de este pueblo que aquella gente bautizó con el nombre de Santa Cruz de la Sierra, porque el mismo nombre llevaba el pueblo del gallardo capitán trujillano que la comandaba.

Pero la obra no terminó allí. Fundado el pueblo había que defenderlo. Era ésta una tarea titánica en aquellas comarcas pobladas por tribus hostiles. El chiriguano amaba también su tierra y odiaba al blanco que intruso, quería sojuzgarle. Cien veces cercó la incipiente población donde los

hombres defendieron su conquista y mezclaron su sangre aventurera con la del indómito aborigen en combates dignos de la leyenda y la epopeya.

Con el correr del tiempo el villorrio fue creciendo. Llegaron las mujeres de los primeros pobladores y tras la caravana muchos hombres con la inquietud hispánica de ver nuevas tierras y con el secreto móvil de probar fortuna. Y es así que ya, en el año 1570, había allí una ancha plazoleta verde donde al caer de la tarde, después de la merienda, paseaba Su Señoría el Gobernador don Diego de Mendoza tramando intrigas con los hidalgüelos linajudos y soberbios; ancho el chapeo con la pluma enhiesta y el gran espadón a la cintura.

Reverendos los canónigos rollizos, aplopéticos, transitaban circunspectos a pesar de ser los mejores catadores de las sabrosas brevas del amor. Beatíficos pasaban los curas satisfechos de la fe de la parroquia que les colmaba la bolsa con la ingenua y piadosa limosna de los feligreses. También había allí algunos graves funcionarios de la real casa y oficialillos empingorotados que arrastraban pretensiosamente la tizona junto a las mozas garridas o bajo la reja de alguna ventana que, entre la penumbra, dejaba ver el brillo de unos ojos morunos, ardientes y apasionados. Las contadas callejas del caserío eran estrechas y tortuosas; por allí, al amparo de las sombras celestinescamente amigas, los mozos guapos trajinaban en pos de los rostros morenos y cuerpos ardientes de las indias. A lo lejos, junto a un portón se escuchaba un canto apasionado bajado por la vihuela soñadora y, al cruzar una esquina, no era raro oír el frío chocar de los aceros entre las sombras de la noche, escuchar un juramento y, luego, el brusco caer de un cuerpo en tierra atravesado por la estocada más certera.

Toda esta gente arrojadiza y pependciera había trasladado a aquel rincón de las indias un pedazo vivo de la tierra sevillana. Vivían ellos soñando en aventuras quiméricas, gozando del amor mestizando a su regalado gusto. De tarde en tarde turbaba tan mansa quietud una gresca de proporciones que marcaba época en la historia del pueblo, como aquella trifulca memorable en que, por cuestión de sitios en el Templo, la orgullosa doña María de Angulo, dio la señal para que los hombres desenvainaran las espadas desacataran la autoridad del Gobernador Pérez de Zurita, que fue depuesto y reducido a prisión.

No eran hombres para vivir una tranquila existencia sedentaria; su natural individualismo soberbio les impulsaba a la aventura y cuando ésta faltaba, a la querrela. No eran tampoco organizadores fríos que ajustasen su acción al método o al detalle calculado; andantes caballeros, el orden les molestaba más. a buen seguro. que la férrea armadura que les protegía... Y es así que Santa Cruz de la Sierra, la noble e hidalga ciudad de la llanura, con riesgo de extinguirse, languidecía en el fondo umbroso de las selvas.

En aquellos tiempos de Dios los pueblos se fundaban en nuestra América a la buena ventura. Cualquier capitán con un pelotón de valientes se creía capaz de conquistar un mundo, o de echar las bases de un futuro Imperio. Así nacieron y murieron muchas poblaciones fundadas las más de las veces, con el soto objeto de servir de escala a próximas conquistas, o para contener el avance del aborigen sobre los núcleos incipientes del interior, por otra parte aquellos españoles no eran colonos sino conde la tierra; dejaban ésta en manos del vasallo indio. Cuando faltaba el indio entonces las ciudades perecían de necesidad y lo más cuerdo era abandonarlas o trasladar las a otro lugar. El caso de Santa Cruz la vieja tuvo mucho de esto y algo de lo otro. La Real Audiencia tomó cartas en el asunto y después de un frondoso papeleo en el que intervinieron los oidores. Notarios, alguaciles y gente de toga, se proveyó el traslado de la primitiva fundación. Un día de esos, como habían llegado los hombres con sus mujeres, sus críos, sus armas y sus objetos de culto, sus pendones y sus estandartes, abandonaron la vieja ciudad y fundaron una nueva cerca de la Villa San Lorenzo, con la que más tarde se fusionaron para formar la actual Santa Cruz de la Sierra. Los cruceños dieron a la nueva ciudad además del nombre todas las peculiaridades de la antigua capital chiquitana que quedó definitivamente abandonada a las selvas y a los espectros de los hidalgos magros que dicen, ambulaban todavía por sus calles muertas.

La sombra de aquellos aventureros sublimes, comandados por el gran capitán don Ñuflo, se cierne todavía sobre el espíritu de la raza; surge de entre el fuego pirotécnico de la leyenda para dar perfil a muchas características del espíritu cruceño. Parece que sobre la calma solariega vagara todavía el eco de lejanos rumores Y que aún se escucharán, susurrantes, en el silencio, las voces de don Sancho, don Mendo y don Rodrigo que dejaron pobladas las brumas de la tradición de extraños ruidos donde, entre los redobles del tambor, se mezclan en bronca sinfonía, el chocar de las tizonas, el resbalar de lanzas sobre los petos y las adargas, junto a las ráfagas detonantes de mosquetes y arcabuces.

Los españoles aportaron al carácter tempestuoso de los moradores de aquellas tierras, las hidalgas virtudes de la raza y las fallas románticas de su espíritu aventurero, impulsivo y despreocupado por todo lo que lo no fuera gloria, fama o fortuna. El nativo astuto, indolente y

sensual, libre y rebelde como el viento de las pampas, se amalgamó en carne y espíritu a la raza conquistadora que él, a su vez, conquistó con el amor arrullador sus mujeres y el embrujo de aquel suelo cálido como un regazo.

La conjunción de aquellas razas, nos legó un tipo de criollo soberbio en apostura, afecto a la molicie, listo a la pendencia como tardío para todo aquello que significara el plebeyo esfuerzo del trabajo metodizado: el hombre sensual y apasionado en el amor, soñador, inconstante y mujeriego; la mujer noble, abnegada y sumisa con sumisión moruna, bella y ardiente, de finos perfiles espirituales. Producto de esa mezcla son aquellos tipos velazquinos que aún vemos en los pueblos cuyo lenguaje saturado de arcaísmos, nos trae a la memoria algo de la leyenda cervantina y lo son también aquellos grandes señores, magros caballeros; los gordinflones sanchos; los guapos corpulentos ociosos y pendencieros; las majas mujeres de rasgados ojos y de mirar húmedo; las viejas acorchadas, pregoneras, agoreras como brujas; los marrajos y los mohatreros. Y no falta tampoco al cuadro algún mendigo popular que parece escapado de una tela goyesca, o un caballero místico y torturado digno del pincel del greco, El tipo clásico ibérico conserva allí sus nítidos perfiles, y no desentona con el medio, porque Santa Cruz ha llegado hasta nuestros tiempos conservando las costumbres y las peculiaridades que le legaron sus fundadores y que, merced a su aislamiento, permanecen allí guardadas como en un viejo arcón y mantienen en el ambiente el añejo perfume de una villa andaluza de mil seiscientos.

En pleno siglo del progreso, cuando la maquinaria ruge en los pueblos, allí los bueyes siguen tirando de la carreta crujiente por los caminos soleados y las calles arenosas, poniendo una romántica y legendaria nota en el silencio de aquellas tierras olorosamente sombreadas. Todavía, afirman las viejas, aparecen en los caminos los bultos tremendos, y los malignos duendes moran en los viejos caserones.

Y aún hoy, en el año de gracia de mil novecientos veinte, al pie de las ventanas enrejadas, los cruceños enamorados pulsán sus guitarras soñadoras, volcando el ardor de sus temperamentos apasionados en tiernas y sentidas endechas; en las noches de luna, blancas como el día, se transita por las callejas silenciosas y se puede escuchar, a lo lejos, la vieja música en los compases cadenciosos del valse y la habanera; los hombres gastan levás solemnes y altas felpas lustrosas en los días de fiesta, y las mujeres, se tocan con el gallardo mantón que imprime a sus siluetas donaires de maja y majestades de chula.

Por entre las callejas soleadas, cuya tranquilidad no ha turbado aún el progreso, en las mañanas primaverales, se escucha el claro din din de las campanas entrelazado con el nítido golpear de los yunques en las herrerías. De los portones umbrosos se escapa el piar de los tordos, que viene desde los patios rojos, grandes y frescos; al par que, en una esquina, se escucha una voz chillona que pregona su mercancía. A la hora de la siesta duerme todo el mundo con felicidad patriarcal; y en las tardes, al caer del sol, cuando llega la brisa perfumada de naranjos, las comadres del barrio y las niñas emperifolladas salen a los corredores de las casas, se sientan formando grandes ruedos y desde allí fiscalizan el paso de los peatones, mientras que, entre susurros y cuchicheos, hacen el sabroso comentario de lo que pasa y de lo que no pasa en el pueblo...

En este ambiente apacible de rincón soleado, transcurre esta fábula.

!

Carlos Toledo regresaba a Santa Cruz después de muchos años de ausencia. Había cruzado, en una travesía brava de veinte días, la inmensa llanura que se extiende al norte de Yacuiba, venciendo las jornadas penosamente sobre aquellos caminos que más bien parecen sendas olvidadas entre el monte, el fango y los arenales.

Entró al pueblo al anochecer.

Una a una, semienvueltas por la penumbra, surgían las casas chatas, de techos anchos y paredes blancuzcas. En las calles silenciosas se escuchaba, sonoro, el pausado tañir de las campanas. Un ambiente monacal se filtraba por entre la hosquedad de las primeras sombras; y hasta las pisadas de las bestias, como para no turbar aquel recogimiento místico, se apagaban al hundirse en el suelo arenoso, blando y tibio.

Avanzando lentamente, desorientado, se internó en una calleja angosta y sinuosa, donde la oscuridad, más densa, se agazapaba en los rincones y ennegrecía los huecos grandes dejados por alguna construcción en ruinas. El aire se embolsaba allí cálido y pesado, saturado de agrios

olores de comida pobre. Las primeras luces amarillentas y vacilantes, se colaban pálidas por entre los balaustres de las ventanas entreabiertas, perfilando las sombras de los moradores o recortando la opaca silueta de algún curioso que asomaba la cabeza. Tras las puertas mal cerradas de una zahurda se escuchaban voces altas e interjecciones gruesas, mientras que alguien ensayaba, entre hipos aguardentosos, las candencias monótonas de un motivo popular. A esa hora las aceras se hallaban desiertas. El viajero animó a la cabalgadura y, al doblar una esquina, desembocó en una calle ancha, desde donde pudo ver, cercanos los altos campanarios de una iglesia, que se destacaban nítidamente en el azul intenso del cielo, salpicado ya por las primeras estrellas que brillaban lejanas. Tomando esa calle, Toledo se orientó en dirección a su alojamiento.

Las tías solteronas, advertidas con anticipación, le habían Preparado albergue. Un pequeño grupo, formado por algunos parientes y amigos del barrio, a quienes las buenas señoras avisaron presurosas, le esperaba ya junto al ancho portón de la vieja casona colonial.

Alguien divisó al viajero y le reconoció al punto.

—¡Es Carlos!— exclamó avanzando con los brazos extendidos en el mismo momento en que Toledo, llegando junto a los halcones del corredor, se apeaba de la bestia. Todos pugnaban por estrecharle cordialmente y, entre el rumor de las voces, se elevaban los saludos cariñosos de las tías que le instaron a ingresar a la vivienda.

En la sala espaciosa, de acre sabor pueblerino, donde la luz de las velas goteantes, en los candelabros, luchaban penosamente con las sombras, se hizo la rueda de familia. Era un círculo heterogéneo: relacionados cercanos y lejanos, con expresión de afecto y cordialidad; curiosos vecinos, ávidos de interrogar; sobrinitos que miraban azorados al tío y que se arrimaban acostados a las rodillas de las abuelas viejas; y desde el vano de las puertas, atisbando, las criadas de ojos vivos y rostros morenos.

—El mozo que vino delante, nos avisó de tu llegada— exclamó la tía Petrona, llena de emoción afectuosa. ¿Qué tal camino has traído?...

—Sin duda que muy malo— terció solícita la tía Virginia— El camino de la Argentina nunca ha sido bueno, y menos ahora en, tiempo de lluvias...

El viajero asintió. Estaba realmente cansado y el cuerpo le pedía reposo pero, no obstante, apoltronado en aquel ancho sillón de sendos y cómodos brazos tapizados, experimentaba una agradable sensación de adormecimiento que le indemnizaba, hasta cierto punto, de la *macurca* que llevaba en el cuerpo merced a la interminable jornada que había vencido para finalizar aquel viaje. Desde allí, apoyada la cabeza en el mullido respaldo, abarcó en una rápida ojeada, todo lo que le rodeaba. Reparó en los grandes escaños rojos, de brillante terciopelo, lujo de la familia, que otrora cuando niño admiraba respetuosamente, desde lejos, como reliquias intocables. Allí estaban, iguales, en el mismo lugar, como si, criando raíces en el suelo, no se hubieran movido de sus rincones durante años y años. En un ángulo, la misma estampa de la Virgen, de una dulzura inexpresiva, en un marco grande y negro que resaltaba junto a las mismas flores de papel; permanente y desvahida ofrenda manchada por la humedad. Sobre el piano viejo, el mismo mantón de manila floreado en rojo, sobre fondo amarillo, y los mismos candelabros de plata patinados por el orín y salpicados por grandes gotas de cera que, como gruesas verrugas, cubrían la fina labor del artífice colonial. En la mesa rinconera, gracioso mueble de finas patas retorcidas, junto al vaso de guayacán encasquillado en plata, estaba todavía aquel enorme caracol nacarado, preciado adorno que las viejas tías cuidaban celosamente para sustraerlo a la travesura de los sobrinos que, cuando las descuidaban, gustaban aproximarlo a la oreja para oír asombrados el sordo y lejano rumor del mar que un duende imitaba desde el interior del pequeño y pulido laberinto... Y también estaban allí los pesados cortinados de pliegues pastosos y los mismos visillos duramente almidonados, que daban a la estancia aquel solemne y pronunciado aspecto de sacristía. No se habían movido tampoco los chillones cromos colgados en las paredes y siempre ocupaban los lugares de preferencia, ganados en muchos años de posesión, los retratos familiares, amarillentos, con los bordes carcomidos por la polilla, y donde los antepasados ingenuos caballeros lucían arrogantes posturas Y tiesos bigotazos y las mujeres descomunales sombreros o peinados pirámides, bajo los cuales, los grandes y renegridos ojos, languidecían en una romántica mirada. Todo permanecía igual; los mismos almohadones, la misma alfombra algo raída y las mil chucherías que el gusto candoroso de las dueñas había acumulado pacientemente durante dos generaciones. Se diría que el tiempo, aquel implacable transformador, se había detenido en los umbrales de esa morada, desalentado ante el rígido y aferrado gesto de tradición que se albergaba bajo los techos chatos de la vieja casa solariega.

Las buenas señoras no podían ocultar la alegría que les producía el regreso del sobrino mimado de otros tiempos, y experimentaban un candoroso orgullo al exhibirlo en el círculo que formaba la improvisada tertulia.

Doña Petrona, la más animosa, era al parecer la encargada del manejo de la casa. Mujer corpulenta, de simpático rostro, solterona empedernida y beata impecable, constituía uno de los tantos baluartes de la rígida moral pueblerina. Después de una juventud enteramente consagrada a defender la virtud propia y ajena, había llegado a la vejez virgen y pura, sometida siempre al Santo temor de Dios y observando estrictamente los rígidos postulados de la religión, cuyas prácticas llenaban gran parte de su tiempo y de su vida. La tía Virginia, achacosa ya, era una viejecita de blancos cabellos y mirada dulce, cuya existencia se deslizaba como una sombra en aquel caserón ruinoso, a la vera de doña Petrona, cuyos arrestos como se ha dicho, todavía le permitían asumir la dirección de la casa y, cosa aún más difícil, cuidar la doncellez del batallón de *cunumis* que tenía a su servicio.

—Que traigan chicha... ¿o prefieren café?— consultó doña Petrona, esparciendo una mirada circular sobre los visitantes.

Y luego, sin aguardar la respuesta ordenó a una de las criadas:

—A ver vos, jau... Manuela, traé chicha...

Desde el zaguán se escucharon pasos apresurados y pronto un nuevo personaje se incorporó al círculo, no sin antes abrazar efusivamente a Toledo mientras le decía con franco afecto:

—Hombre, ¡cuánto has tardado *en* decidirte a venir! Ya habíamos perdido la esperanza de verte— y acentuando la afirmación con un ademán de reconvención, añadió: Estoy seguro de que si no te obligan tus asuntos particulares, jamás hubieras vuelto a la tierra...

Toledo sonreía, alegre, al ver nuevamente a su amigo de la infancia, Alberto Chaves, con quien también fuera compañero en Buenos Aires y al que le unían vínculos sinceramente fraternales.

—¿Recibisteis mi última carta?— le preguntó ofreciéndole asiento a su lado—. Allí te avisaba el día de —Sí hombre; la recibí. Aun cuando me la entregaron con mucho atraso, tuve el gustazo de saber que venías— y bajando la voz, le deslizó: Ojalá la pases bien aquí y no te proporcionen mayores dolores de cabeza los arreglos que piensas hacer con don Juan.

Durante la tertulia la chicha sabrosa y fresca, circuló una y dos veces entre los concurrentes que, después de los cumplidos de estilo y de satisfacer su curiosidad con preguntas de la índole más variada, se retiraron casi en masa hasta dejar a las buenas tías solas en compañía del recién llegado y de Alberto Chaves a quien su amigo retuvo en el momento en que se despedía.

—Quédate un rato más, —le pidió cariñosamente. Quiero que durante mi permanencia aquí, estemos juntos todo el tiempo que tengas libre. Me servirás de cicerone, pues creo que lo voy a estar... y en serio...

Chaves reía complacido exhibiendo su blanca dentadura que le a una expresión simpática de llana sinceridad.

—Todo lo que quieras... pero creo que ya es hora de que descansés. Yo sé lo que son esas jornadas a lomo de bestia cuando se ha perdido la costumbre de hacerlas— e incorporándose y asentándole familiarmente la mano sobre el hombro, añadió:

Mañana vendré a verte y hablaremos largo, cosa que no podrías soportar hoy... Así pues que... hasta mañana Carlos.

Un fuerte abrazo fue la despedida de los amigos, y Toledo, después de dar las buenas noches a las tías que también comprendieron que el viajero necesitaba reposo, se dirigió a su habitación donde la fatiga le echó en la cama como un leño.

* * *

Muy temprano, abandonó el lecho, inquieto por recorrer el pueblo; ávido de vivir y recordar días pasados. El sol amarilleaba ya en lo alto de las paredes blancas calentándolas débilmente, mientras las casas abrían sus anchos portones, haciendo rechinar los viejos goznes enmohecidos. De rato en rato, en la calleja silenciosa se escuchaba el menudo taconear de las beatas que regresaban de la primera misa, cubiertas por sus mantones negros, y dejando tras sí, como una estela, un agrio olor de santidad. Las criaditas paliduchas, iban tras ellas, mansas como corderos, llevando sobre sus cabecitas débiles, el descomunal reclinatorio, el aire se colaba a lo largo de los corredores; y en las arenas húmedas por el rocío, los carretones enterraban sus ruedas toscas y

crujientes, en tanto que el grito áspero del carretero ponía una nota típica en el despertar del pueblo.

Las calles se animaban por momentos.

Toledo marchaba sin rumbo por las aceras enladrilladas que se tendían, como un largo pasillo rojo, bajo el ala amplia de los corredores. Quería respirar a bocanadas el aire de aquel ambiente rústico y tranquilo, que llenaba su espíritu de sensaciones íntimas saturadas de un vago perfume de evocación y añoranza.

Con insistencia, desfilaban por su mente, los días de la infancia traviesa y de la juventud despreocupada. Muchas cosas, cuyo aspecto no había variado en tantos años, le recordaban episodios de su vida que ya tenía casi olvidados. Alguna casa vieja, inquietaba su memoria, transportándole lejos, a los tiempos idos; y una reja negra, ancha, le traía enredadas entre sus retorcidos arabescos, reminiscencias agrisadas de alguna noche romántica de alguna serenata apasionada, junto a la ventana de aquella linda amiguita de antaño... Y luego por asociación se agolpaban en el recuerdo sus amigos, camaradas de precoz francachela, bullangueros y soñadores...

Un incidente callejero, sin importancia, le sacó de su abstracción. Una mujer del campo, vociferaba contra un pilluelo que le había robado unas naranjas del viejo carretón que conducía el cargamento.

—Traé acá... bellaco ladrón— chillaba a voz en cuello la enfurecida mujer.

Y su compañera, una vieja desgredada, comentaba: —¡Si será liso el *cunumi!*...

El granuja se alejaba a grandes zancadas entre la risa de los curiosos gritando a su vez:

—Callá vieja cotuda... ¿Te vaj a morí por una naranja?... Toledo continuó su camino abriéndose paso entre la gente que, en las aceras de la recoba, se aprestaba a iniciar su comercio. Una turba de chiquillos desaliñados merodeaban en torno a los puestos, lanzando miradas ansiosas y dejando adivinar, en la viveza de sus ojos, la intención de aprovechar el menor descuido de las recoberas. Los transeúntes ya circulaban en número apreciable. Había allí, formando un conjunto abigarrado, hombres y mujeres de la ciudad y del campo; peones que llevaban en los rostros curtidos, la pálida huella de la tercia; criadas morenas, descalzas que mostraban la desnudez de una pierna dura y maciza, y que portaban al *panacú* de trenzada palma que habrían de llenar de provisiones. Sentados en los bordes de las aceras, pordioseros sucios, de carnes acorchadas, lucían descomunales bocios y esperaban pacientemente la pitanza que más tarde les brindaría el desperdicio. En las calles, bueyes flacos que parecían sonámbulos, uncidos a carretones desvencijados y astillosos. Desde un caballejo famélico, un rapaz chillaba con voz destemplada, ofreciendo unas botellas de leche, mugrientas, que amarradas del cuello, colgaban del apero viejo. En el umbral de un portón, en cucullas, una vieja apergaminada mascullaba una letanía, mientras lila pequeñuela haraposa extendía la mano para pedir una limosna.

Toledo dobló por una esquina y tomó la dirección del barrio San Roque, para regresar a su alojamiento.

En el silencio de la mañana fresca y luminosa, se mezclaba el alegre martillar del yunque en una fragua, con el melancólico tintín de las campanas claras, cristalinas y pausadas.

A medida que avanzaba iba comprendiendo que una gran pobreza abatía al pueblo. La vestimenta de la gente, aun dentro de su pulcra limpieza, contrastaba con la de otros tiempos de prosperidad que él había conocido; algunas casas mostraban sus fachadas descuidadas; los muros descascarados denotaban la apretura o el abandono de sus moradores. Las tienduchas de las esquinas, regentadas por pacientes "pulperas" que esperaban ansiosamente la llegada de algún cliente, concretaban su comercio a unos cuantos *maitos* de cigarrillos, algunas docenas de naranjas esparcidas en el suelo y una que otra botella de aguardiente sobre un estante polvoriento. "¡Si hasta los caballos relucientes y gallardos de otrora, no eran como los de hoy: jamelgos mal alimentados"...

Volver a un pueblo, después de muchos años, es como leer nuevamente, en la edad madura, la novela que nos deleitara en la infancia. Una vaga sensación de añoranza melancólica, nos aprisiona, cuando, al cabo de una larga ausencia, tornamos a pasear por las callejas tranquilas y silenciosas y entramos en contacto con las cosas que nos vieron crecer.

Toledo llegó a su alojamiento. Al entrar desde el zaguán umbroso, oyó una voz simpática de mujer que se acercaba tendiéndole los brazos cordialmente.

—¡Carlos!... ¿Cómo has llegado? ... ¡Oué cambiado estás!...

El se detuvo un momento para recordar aquellas facciones familiares.

—Oh, tía Marica, ¡cuánto placer! respondió adelantando algunos pasos para tomarle las manos.

Era una vieja pariente a quien Toledo tenía casi olvidada. Estos parientes pobres son los primeros en visitar a los recién llegados. Humildes, casi ignorados, viven en los pueblos haciendo culto de la familia. Ellos se encargan de enaltecer las glorias del apellido; conocen como ninguno la tradición de la casa, los hechos notables de los abuelos; cuentan la belleza sin par de las abuelas, su señorial aspecto, su virtud inmaculada; defienden con lealtad digna de mejor empleo, la reputación de todos los allegados; llevan luto estricto por todos los que mueren y se desvelan, noches y noches, junto al lecho de los enfermos. Ellos siempre buscan la forma de ser útiles, y por eso, porque todos creen que esto constituye algo así como una contribución obligada a la mayor gloria de la familia, pocas veces se reconoce el valor de su adhesión; rara vez se les toma en cuenta y, generalmente, permanecen olvidados en los días de regocijo familiar... a no ser que se les necesite para ayudar en la cocina o para encomendarles algún mandado.

Doña Marica contemplaba a Toledo extasiada. Había en su expresión esa candorosa simplicidad de las gentes de tierra adentro.

—Si yo te he tenido sentado en mis rodillas — exclamaba la buena mujer, resistiéndose a creer que los años hubieran operado la transformación del niño en el hombronazo que tenía frente a ella. Cómo pasa el tiempo. Si me parece que fue ayer cuando te fuiste. Cuánto se hubiera alegrado la finada Manuela al ver a su hijo tan grande y tan lindo.

Toledo la miraba con cariño. La viejecita le traía sin quererlo una imagen de su madre a quien no pudo ya encontrar a su regreso. Había en el rostro de aquella mujer la expresión de la conformidad sumisa ante las desventuras de la vida. Cada arruga, cada mechón de su cabello gris, la blancura de sus labios resecaos que enmarcaban una boca desdentada, era una imagen de decadencia, un adiós a la vida que se iba calladamente, como había transcurrido para ella todo en el silencio de aquel barrio cuyas callejas soleadas tenían ese algo melancólico que vaga impalpable sobre las sendas del jardín solitario.

—Sí; tía Marica, mamita siempre me escribía y en sus cartas había como un presentimiento triste de que nuestra separación sería definitiva.

Ella quedó un momento pensativa; sus ojos opacos vagaron por quién sabe qué lejanías.

—Así es —respondió conformadamente, con un suspiro filosófico—, todos nos vamos, cada día, cada mes, cada año la familia se va achicando. Manuela, Pablo, tu padre, Carmen... Cada vez que se va alguno de ellos yo me siento más sola, más desamparada...

—Pero tía, esa es la ley de la vida: unos se van y otros vienen...

Sí... sí, así es... pero nosotros no nos acomodamos a ello —sentenció la viejecita con aquella aguda y sutil tristeza con que algunas personas que viven del recuerdo de los seres y de las cosas idas, sienten el vacío que dejan los muertos en la vida calmosa de los pueblos.

Siguieron hablando y recordando. Doña Mariquita era una crónica viviente y por ella supo Toledo quienes faltaban ya en la familia; que su maestro, don David, ya ciego, vivía en la miseria en una casucha de extramuros; que Delia, aquella primita encantadora que fuera su compañera de juegos y quizá su primer cariño, era hoy una señorona "llena de hijos"; que Adelaida, la hija de doña Petronila, la ricacha del pueblo, se había *juido* con un brasileño y nunca jamás se supo de ella.

Cuando doña Marica se despidió prometiéndole repetir la visita con frecuencia, Toledo entornó la puerta de su habitación y se recostó en la blanca y fresca hamaca que atirantada de unas argollas, cruzaba la sala en diagonal.

Decididamente este primer paseo por el pueblo le había dejado una sensación extraña, algo así como el penoso desencanto de su deleite insatisfecho. Aparte de la natural emoción experimentada al ver nuevamente los lugares donde había transcurrido su infancia, y que la imaginación a la distancia, había significado tanto, no sintió al recorrer el pueblo y ya sobre el terreno, esa honda vibración que en el recuerdo acicateaba sus ansias de volver. Su espíritu no se conmovía ya ante la rústica belleza de la ciudad colonial con cuyo cielo puro y sol incomparable había soñado tantas veces en la frialdad gris de la gran ciudad. Le oprimía ahora esa falta de animación que había notado en las calles que se le antojaban tristes y vacías. Quizá la prolongada ausencia le había descentrado de aquel medio y seguramente ya no le sería posible habituarse a la quietud pueblerina de su tierra. Sin duda la urbe le había conquistado y era el contraste de lo monumental lo que había empequeñecido la bella imagen del terruño tantas veces añorado.

No había cumplido todavía los 18 años cuando sus padres le enviaron a estudiar a Buenos Aires; la universidad primero y la lucha por la vida después, fueron ganando su espíritu a la modalidad de la ciudad monumental que absorbe los caracteres más templados y los modela en aquella existencia vertiginosa al margen de la cual nadie puede quedar sin ser arrollado. Carlos era hijo de Venancio Toledo, un cruceño de pura cepa, que luchó denodadamente durante los

primeros años del Beni para ganarse una fortunita que le permitiera poner a cubierto los cercanos días de su vejez y, más que nada, costear la educación de su hijo único, a quien con doña Manuela, su abnegada compañera, consideraban la principal finalidad de sus vidas. Desde pequeño, Carlos tenía gran disposición para las matemáticas y mucha afición al dibujo, por lo que sus buenos padres pensaron que podrían hacer de él un gran ingeniero que construyera grandes puentes, largos caminos y levantara bellos edificios, para reemplazar las "taperas que hoy servían de vivienda en la ciudad". En la universidad Toledo fue un alumno discreto, y consciente del sacrificio que hacían los viejos por su educación, se aplicaba y vencía los cursos normalmente.

En un comienzo el ambiente de la gran ciudad le aturdía; aquel movimiento incesante, el ruido estrepitoso de la vida, el ir y venir de los vehículos, la fría indiferencia de la gente, todo era tan opuesto a la tranquila y apacible vida de su pueblo, donde siempre tuvo la sensación de hallarse en un gran hogar, junto a una grande y única familia. Añoraba de Santa Cruz la sencillez hogareña, la libertad rústica de aquel ambiente simple sin estiradas normas; la llaneza hospitalaria de las gentes; recordaba la tierna belleza de aquella pequeña novia que prometió esperarle; el dulce cariño de la madre, renovado en largas cartas que leía con avidez y que le traían noticias del pueblo, recuerdos de los amigos y consejos del padre. Allí lejos del terruño sintió más hondo el cariño por su tierra en una explicable reacción contra la inminente absorción de la urbe. Alberto Chaves, alumno de veterinaria, fue su compañero durante el tiempo en que estuvo también estudiando. Muchas veces se juntaban en la habitación de Toledo para recordar Santa Cruz y sus cosas y ambos soñaban en terminar cuanto antes para regresar a la tierra incomparable y gozar, ahora que había estado lejos de ella, de todas las cosas que formaban el encanto de la vida en aquel paraje para ellos insustituible. Cuando Chaves partió para Santa Cruz, Toledo entristecido le abrazó con envidia y quedó más sólo que nunca en aquella enorme ciudad que se la imaginaba como inmenso monstruo de cuerpo de cemento con alma de acero.

Sus recursos no eran abundantes pero le permitían vivir, decorosamente, en una pensión de la calle Tucumán, donde también moraban algunos compañeros de aulas, provincianos, que daban a aquel alojamiento un amable ambiente de camaradería. Mientras vivió don Venancio y aún durante el tiempo en que le sobrevivió doña Manuela, que fue muy corto, el estudiante recibía puntualmente la remesa mensual que se le hacía, desde Santa Cruz, para sus gastos de vivienda y estudios. Pero un día de esos el dinero no llegó y los telegramas y las cartas angustiosamente dirigidos a don Juan Bravo, el albacea dejado por sus padres, no tuvieron respuesta. Más tarde Chaves le escribió diciéndole que las cuentas habían quedado muy embrolladas y que le aconsejaba venir a Santa Cruz para tratar de salvar algo de aquellos bienes. Fue un gran contratempo para Toledo esta noticia. Le faltaban aún dos años para terminar su carrera, y la vida en Buenos Aires, sin dinero, era de lucha dura y de resultados problemáticos; no obstante logró un empleo como dibujante en una empresa constructora Y merced a eso pudo, a duras penas, terminar sus estudios del curso comenzado y, aprovechando las vacaciones, viajó a Santa Cruz, dejando pendiente el último arlo que vencería a su regreso, una vez arreglados sus asuntos y con recursos propios, pues la empresa constructora se había presentado en quiebra y él quedaba en situación de buscar trabajo nuevamente.

Toledo cambió de postura, cruzó las manos bajo la nuca y fijó los ojos en el techo lleno de manchones grandes; oscuras huellas que las goteras habían dejado allí como gráfica advertencia. Ahora se encontraba en Santa Cruz; nada había cambiado la faz exterior del pueblo; las mismas construcciones coloniales de enormes patios cuadrados, centenarias y ruinosas; uniformes hasta la semejanza exacta. No se había reemplazado tampoco el estilo en las contadísimas casas nuevas levantadas en los últimos años. Pensó que quizás él podría volver algún día, cuando el progreso llegara a esta tierra fecunda con ímpetus de transformación avasalladora, y trabajar también en la gran empresa que como cruceño se creía obligado a anhelar: la de convertir el rústico pueblo colonial en una ciudad moderna, populosa y confortable... Pero para eso faltaba mucho tiempo todavía; entretanto había que recibirse y luchar por una posición en la gran urbe, donde contaba con algunas vinculaciones que quizás le allanarían el camino.

Un viejo reloj daba la hora en once campanadas sordas. Alguien golpeó tímidamente.

— Adelante... ¿quién es?..

La puerta se abrió sigilosamente y apareció una criadita de rostro agraciado que, con expresión huraña, baja la cabeza y los ojos esquivos, permanecía como indecisa sin atreverse a franquear el umbral:

—Manda decir *mamita* que venga a almorzar.

Era casi una adolescente, pero ya las carnes duras retobadas marcaban en su cuerpo redondeces de mujer. Los pechos firmes y pequeños se adivinaban libres y enhiestos, apenas cubiertos por la blanca y ajustada blusilla de tocuyo.

Toledo la envolvió en una mirada y, como una ráfaga, pasó junto a él una turbia sensación de deseo.

—¿Cómo te llamas? —la preguntó.

—Isolina —respondió la muchacha brevemente, ruborizándose. El se levantó y salió tras ella.

La mesa se hallaba tendida en un rincón del patio fresco y sombreado. Sobre el mantel de pulcra blancura, en la ancha fuente de plata, humeaba *el locro* criollo incitante y apetitoso.

II

Se incorporó en la cama desperezándose con un bostezo. El calor era sofocante; húmedo y pesado el aire. Un hilo de luz cortaba la penumbra de la habitación, tras cuyas ventanas de tablones mal unidos, por colarse la claridad que ya brillaba en la calle intensamente.

Había pasado buena parte de la noche con Isolina. La linda criadita cedió sin mayor esfuerzo a los requerimientos de Toledo, que no pudo dominar el deseo, tanto más imperioso cuanto prolongada había sido la abstinencia. En el lecho donde ella llegó temblorosa, burlando la severa vigilancia de doña Petrona, en esa noche tibia, en aquella sala grande apenas alumbrada, desprovista de galas, donde las sombras se proyectaban difusas en las mona-cales paredes enjalbegadas, Toledo había experimentado, más que pasión, ternura por aquella chicuela de carnes apretadas, bruñidas como el bronce. Venció su timidez franqueándole una conversación afectuosa. Así supo que, no obstante sus pocos años, había caído ya, hacía algún tiempo, en brazos del *niño* Luis, uno de los tantos hijos de familia que rondan por todos los barrios en busca de las tempranas brevas. La narración del hecho fue sencilla. Cayó porque el *niño* Luis le cuadraba. Y se entregaba a Toledo por la misma razón. Ambos le habían gustado mucho, "eran muy simpáticos". Toledo comprendió que en esta prostitución de afectos no había nada de perverso. La chica se prodigaba en el acto carnal, con la misma naturalidad con que hubiera llenado cualquier acto fisiológico y pensó que quizás el alma de aquella *cambita* ingenua, pudorosa en el prelude, silenciosa y quieta en el espasmo, sin más expresión de ardor que la suave piel afiebrada, sin más arte que su ternura ni más gala que la magnífica dureza de sus carnes morenas, conservaba intacta su pureza de niña.

Había en su rostro agraciado esa expresión que imprime la alegría de vivir en los climas tropicales, y sobre su tez lozana una limpia frescura que la hacía atrayente y deseable. Toledo, al tomarla, cedió al capricho del deseo, pasajero cuando se sacia, pero no creyó nunca encontrar en esa almita simple tanto caudal de dulzura en su paradojal y candorosa ofrenda de amor.

Siempre había oído hablar, quizás con inconsciente indiferencia, "de la facilidad liviana de aquellas mujeres que en las casas de familia dan el tributo de su doncellez a los *niños* y aún a los patrones, como quien reedita aquel medieval derecho de pernada, brutal y profanador privilegio de señores absolutos. Pensó que quizás en los resabios de aquel sometimiento esclavizante que la civilización había confinado a los oscuros rincones de la barbarie, podría hallarse la explicación de aquella naturalidad con que estas mujercitas otorgaban sus favores, sin más antecedentes que la sugestión del requerimiento ni más aliciente que la admirativa simpatía que experimentaba por el amo.

Se levantó de la cama y abrió los postigos. Por la ventana entró la luz a raudales. La mañana clara y ardiente presagiaba un día canicular.

No había terminado de vestirse cuando llegó Chaves. Toledo que veía pasar los días sin que don Juan Bravo le visitara para darle cuenta de sus asuntos, había encomendado a su amigo la misión de procurar una entrevista a fin de arribar a un acuerdo.

—Busqué a Bravo pero no estaba en su casa —dijo Chaves tomando asiento mientras se abanicaba con el sombrero—. Se fue al campo y dejó dicho que regresaría el martes en la mañana.

Toledo no pudo disimular un gesto de impaciencia. Le molestaba la actitud de don Juan y la interpretaba como un propósito de eludir la rendición de cuentas que le pediría.

—Parece que Bravo no tiene mucho apuro en este asunto, —subrayó con soma. ¡A ver con qué me sale!...

Chaves hizo un ademán afirmativo y, entre burlesco y serio, sentenció a su amigo:

—Ya te lo dije: con este asunto tendrás más de un dolor de cabeza. Don Juan Bravo es un buen hombre, pero un mal administrador para lo suyo y para lo ajeno. ¡Ojalá puedas salvar algo!

—Pero si es lo que quiero —acentuó Toledo con disgusto—, y lo que más me molesta es que pasa el tiempo y ni siquiera comenzamos a tratar el asunto ¿Crees que podremos ver al viejo el martes mismo?

De eso te respondo yo —aseguró Chaves—. He tomado ya mis medios Y veremos a don Juan *quieras que no*. Ahora tenemos que pensar en qué empleamos el tiempo, pues con el calor que hace no creo que te conformes a quedarte aquí metido en la habitación.

Toledo sentía sin duda el tedio que trae la vida calmada en los pueblos pero, preocupado y malhumorado, no se hallaba en disposición de salir en busca de distracciones. Deseaba quedarse tranquilo un momento para revisar algunos papeles y ordenar algunos apuntes que formarían parte de su tesis universitaria. Así se lo dijo a su amigo con ánimo de hacerle desistir de sus propósitos, pero Chaves insistió tomando las cosas a broma.

—Dejate de papeles hombre, que bastante tiempo tendrás después para revolverlos mientras arreglás tus asuntos. Aquí todo marcha a paso de peta, y a ese paso lento también hay que marchar...

Encendió un cigarrillo y notando que ganaba terreno en el ánimo de Toledo continuó:

—Si te quedás aquí encerrado te vas a cocinar y no vas a ganar nada. Mirá yo voy de ida al Palmar, vamos juntos. Allí nos bañamos y de paso vamos al *chivo* de los Mendes que será con cumpleaños y baile.

Y dándole una palmada en el hombro le dijo con autoridad afectuosa:

—Hacé traer tu mula, hombre... que yo voy por mi caballo.

* * *

El Palmar es un paraje admirable cercano a Santa Cruz. Una pampa ancha y verde cruzada por un alegre riacho de aguas cristalinas que caracolea rumoroso sobre un lecho de arena y cantos. En el fondo lejano, bajo un cielo gloriosamente azul, brillantados por el sol, se levantan los médanos que el viento amontona en una labor paciente de siglos. Las casitas muy pequeñas, con sus techos bajos de motacú, están esparcidas al acaso sin guardar líneas ni formar calles, dando al paisaje una ex- presión alegre de nacimiento de niño Jesús. Una que otra garza blanca se posa con suavidad después de blando vuelo y hunde sus patas, largas y amarillas, en las aguadas pobladas de *sartenejas*. De trecho en trecho, rumia una vaca o se detiene un caballo pensativo. Por la huella arenosa, que parece un gran rasguño sobre el verdor de la pampa, los bueyes pachorrientos arrastran lentamente una vieja carreta, cuyos ejes crujen con chirrido agudo turbando, por instantes, la gran calma que se extiende sobre aquel inmenso escenario. *Ji... ji... uza* —grita el carretero viejo y curtido mientras deja caer el látigo sobre los flancos huesosos de las yuntas.

El Palmar es el lugar veraniego de las familias cruceñas. Allí huyendo de los calores sofocantes del verano salen del pueblo para librarse, en la pampa, de la opresión de la arboleda que, como un collar macizo, circunda la ciudad. Allí las mujeres dejan el calzado para recorrer la pampa y saltar los cristalinos charcos que guardan la frescura de la grama o corren al río para hundir sus cuerpos en la bendición del agua, soltando sus negras cabelleras a la caricia permanente de la brisa. Pero no es sólo ese el atractivo particular de aquel paraje. En las blancas y limpias casitas, viven los palmareños y moran las palmareñas, que forman algo así como una gran familia, cuyas peculiaridades se circunscriben al rancho y no rebalsan de sus reducidos límites. El palmareño es gran jinete, buen cantor y hombre corajudo; la palmareña linda mujer, guapa para el trabajo, tierna para el amor. De sus ojos negros, se escapan destellos de pasión; su cuerpo se cimbra en el baile ondulante, provocativo y sensual como su mirada y como su sonrisa. Hay algo de gitano en aquellas mujeres de tez pálida y de fresca risa rumorosa y algo de toreros en aquellos hombres guapos, impetuosos de pechos anchos y brazos musculosos.

Aquella tarde el tradicional juego del chivo servía de pretexto para celebrar el cumpleaños de una de las mozas más garridas de la comarca. Se llamaba Mireya Mendes y era alta, bien plantada, garbosa, con ese garbo de hembra sana y ese plante de mujer linda. Ojos negros y garzos acariciantes y labios carnosos, entreabiertos, como propicios al beso pecaminoso. De la ciudad muchos habían viajado al Palmar en pos de sus favores, pero la moza era dura de pelar, coqueta y ambiciosa.

Los Mendes eran pobladores antiguos de El Palmar. Generaciones enteras habían nacido y crecido bajo el techo de motacú que cubría con su cabellera pajiza aquella casita blanca y alargada, y que parecía una garza posada mansamente sobre la pampa verde. Hombres rudos, valientes, capaces de jugarse por una mujer o por un amigo; hembras famosas por rústica belleza, habían dado prestigio a esa familia campesina en aquel plácido rincón cruceño. Muchos varones habían muerto con el *cuchillo en la mano* en algún encuentro borrascoso y muchas mujeres,

voluntariosas y soberbias, habían volado del nido en ancas de un lustroso corcel, amorosamente apoyadas a la espalda de algún jinete *pueblero*, cantor rangoso Y guitarrero.

Formaba esta familia numerosa y unida, algo así como la aristocracia del lugar y observaba cierto rango en su natural hospitalidad franca y campechana, como cuadraba a las tradicionales características del campesino cruceño.

Se les estimaba mucho en los contornos y se decía hidalgamente, por aquellos pagos, que ninguna de las Mendes había sido fea y ninguno de los Mendes, maula; blasones más que suficientes para acrecentar el prestigio de aquel nombre.

En gran tropel llegaron los jinetes que debían tomar parte en aquel juego bárbaro y arriesgado. Pasaban de cincuenta y eran todos mozos fuertes de rostros tostados por el sol de los caminos y el aire libre de la pampa. Vestían como generalmente viste el hombre de campo cruceño; blanco pantalón de basta tela, en algunos ajustado a la pierna por una corta polaina de baqueta, camisa de tocuyo y un pañuelo de color al cuello; en el pie, descalzo, para afirmarse mejor al estribo, la espuela roncadora lista siempre a hincarse en el flanco sudoroso del pequeño caballito criollo, fuerte e impetuoso como su antecesor el árabe, lustroso a fuer de estima, e inquieto por largarse a correr sobre el inmenso plano de la pampa.

El *mujerío* apiñado cerca de las tapias de la iglesia, en la plazoleta desmantelada, miraba a los mozos en cuyas figuras apuestas muchas hembras encarnaban a su héroe y otras ambicionaban a su hombre.

El chivo, maniatado en el suelo, sacudía desesperadamente las patitas tratando de liberarse de las ligaduras que las ceñían. Eran éstas dos largas lonjas de cuero crudo, de cuyos extremos debían forcejear luego los jinetes para arrebatarse el trofeo.

Un vocerío ensordecedor se levantó cuando se dio la señal para comenzar el juego.

—*Que salga Tomás primero* —gritaron algunos.

Hubo aprobación general y del otro bando alguien propuso como *coteja* a Modesto Hurtado, diestro jinete y hábil en la gambeta, que es la defensa lógica del *chivo*.

Ambos eran hombres bien plantados y se hallaban como pegados a la cabalgadura formando, con ella, una misma cosa. Cada uno cogió el extremo de una *guasca* y, envolviéndola en la mano derecha, la arrimó al costado preparándose a recibir el formidable tirón con que, al partir en sentido opuesto, trataría su rival de arrebatarle el *chivo*.

En el rostro de los espectadores se notaba una ansiosa expresión de espera y en los jinetes nerviosidad e impaciencia por salir tras el afortunado que lograra cargar el trofeo.

Tomás se *acomodó*, miró con ojos retadores a su contrincante y, como una prevención, le gritó:

Hurtado afirmándose, a la espera del cimbrón, respondió sin apartar la vista de su rival: .

—¡Ya...!

Al mismo tiempo, como relámpagos, arrancaron en dirección: contraria. Apenas se oyó el leve gemido del cabrito y las lonjas se estiraron a *reventar*.

—*Ahí va Tomás, con el chivo al anca*, gritaron sus parciales, mientras que, repuesto del encontrón, el jinete partía veloz, perseguido por el confuso tropel, donde los caballos ora se juntaban ora se separaban, entre saltos salvajes y pechadas brutales. Algunos jinetes rodaron en la pampa, pero incorporándose en un salto felino, se colocaron nuevamente sobre las cabalgaduras y, en desesperada carrera, se iban aproximando al grupo. Gritos de entusiasmo por un lado, interjecciones tajantes por otro, formaban un descomunal bullicio entre los concurrentes, excitados por las alter- nativas del juego.

No habían corrido doscientas varas cuando Hurtado logró aproximarse al caballo de Tomás y, en una prueba arriesgada de acrobacia, cogió la punta de la lonja, y asegurándola fuertemente, *rayó* su caballo en seco. El tirón fue bestial y Tomás, desmontado, cayó a tierra como una bolsa, mientras su caballo, espantado, se largaba a galopar enloquecido.

Como un rugido cruzó sobre la pampa el clamor de la multitud. En los rostros se reflejaba el ansia y, en la algaraza, el empuje que querían infundir a sus parciales.

—*Metete Coloreta...* —le gritaban al jinete que más se aproximaba a Hurtado.

—*¡Ah!...Hurtado, macho...No hay quien le quite el chivo* —comentaban los partidarios, convencidos. *Tuavía no se acabado el juego* —replicaban otros, esperanzados. *Aguárdense aun, que la pampa es larga...*

Contra Hurtado cargó el tropel. Muchos se destacaron del grupo pretendiendo alcanzarle para arrebatarle la presa, pero el jinete ducho y listo en el *gambeteo*, defraudaba las intenciones de sus contrincantes. Largo tiempo estuvieron corriendo tras él, acosándolo para cansarlo.

Hurtado se daba cuenta del *juego* que le venían haciendo y presto, como una luz, concibió la defensa. Dejó acercarse a la tropa que, como un malón, se le venía encima al son de una gritería infernal; gran jinete, corajudo hasta la temeridad, ávido de triunfar a los ojos de la *prenda*, quiso definir ahí mismo la partida. De un sólo tirón revolvió el caballo, y lo plantó casi frente a los hocicos jadeantes; luego hincó la espuela. El bruto partió bravío, atropelló por el medio al pelotón y lo cruzó como un hondazo, raspando los flancos sudorosos y dejando, tras sí, un entrevero confuso de revolcones, alaridos y juramentos, entre el bronco rumor de los cascos en el suelo.

El clamoreo se levantó ensordecedor entre los espectadores al notar la audaz maniobra de Hurtado y muchos, en el paroxismo del entusiasmo, Y arrojaban en alto los sombreros o agitaban, al aire, los grandes pañuelos de colores.

Mientras los contrincantes, perplejos, se reponían de la confusión causada en sus filas, Hurtado, ya separado de ellos por apreciable distancia, al trote gallardo del *colorao* sudoroso, llevó el trofeo hasta la puerta del rancho de los Mendes y, pálido pero sonriente, arrojó a los pies de Mireya el cuerpo inerte del cabrito, como triunfal presente que el coraje temerario ofrendaba a la belleza de la mujer codiciada.

La hembra, envanecida, premió al ganador con una sonrisa llena de promesas; porque Hurtado era el hombre que ella prefería, por gallardo, por hombre y por valiente.

Toledo y Chaves habían seguido de lejos las peripecias del juego, sentados junto al alero de los Mendes, a cuya casa llegaron invitados por el dueño.

—Ya casi me había olvidado de esto —dijo a Chaves Toledo, mirando compasivamente que sangraba la arena reseca—. Esto es sencillamente bárbaro...

Chaves le susurró al oído:

—Que no te oigan...

—¿Acaso no es verdad? —replicó Toledo, amoscado.

—Puede ser —aceptó Chaves, conciliador— pero esta gente se divierte con estas cosas y hay que dejarla con sus costumbres que, al fin son tradición y dan fisonomía a los pueblos...

—¿Pero a qué conduce esto? ¿Qué finalidad representa como diversión?... ¡Es una crueldad sin justificativo alguno!...

—No creás hombre... no creás —subrayó Chaves convencido— El chivo no es, únicamente, un espectáculo vulgar y sanguinario como vos te lo figurás; es una escuela de coraje y hombría, porque el jinete se juega aquí el pellejo, no es hábil y fuerte. ¡Cuántos se han desnucado sobre esta pampa tras la quimera de triunfar a los ojos de una mujer o a las más de las veces, por el solo orgullo de realizar una hazaña! Se diría que este juego, es, para nuestros hombres, algo así como un boquete por donde dejan escapar un hilacha de lo mucho que, de romántico y aventurero, lleva el cruceño escondido en el alma...

Toledo le miró fijamente; parecía sorprendido de oír hablar así a Chaves. Luego meneó la cabeza pensativo, como si no aceptará las ideas de su amigo y, alargando la mano, tomó el vaso que el viejo Mendes le ofrecía para brindar por la garrida moza cuyo cumpleaños celebraron con aquella fiesta.

III

Todos los participantes en el juego del chivo, los vecinos y compadres, y muchas relaciones llegadas del pueblo y los contornos, se quedaron en el rancho de los Mendes, que resultaba estrecho para albergar tanta gente. En la sala, las bancas rústicas arrimadas contra las paredes, estaban totalmente ocupadas por las mujeres y algunos convidados de importancia; los que sobraban, que eran muchos, buscaron acomodo en las dependencias contiguas y, no pocos, hubieron de quedar fuera, bajo los aleros donde, desde temprano, los curiosos, en su mayoría chiquillos se habían posesionado de los lugares más estratégicos y observaban desde allí, como embobados, el espectáculo que ofrecía la fiesta. Bajo la luz de las lámparas de gasolina que, colgadas de la viga cumbre, esparcían una blanca claridad incandescente, cobraba más brillo la multicolor vestimenta de las mozas, se destacaba más la tersura de sus mejillas frescas y se tornaba más intenso el fulgor de sus ojos vivos. Los mozos, desde los rincones, las miraban por lo bajo, cautelosamente, ansiándolas como a maduras frutas tentadoras. Los vasos de aguardiente circulaban de boca en boca y el entusiasmo subía de tono. En un ángulo, los músicos templaban calmosos sus guitarras, y las bordonas mezclaban, sin armonía, sus voces gangosas con las noches altas y cristalinas de las primas, en borrosos rasgueos preliminares.

Don Luciano Mendes atendía a los convidados haciendo verdadero derroche de galantería florida para las damas y cordialidad para los hombres. Esta fiesta había constituido para él durante mucho tiempo, el centro de sus preocupaciones permanentes. La ofrecía ese año a sus amistades

con el pretexto de celebrar el cumpleaños de su hija Mireya, pero en el fondo sólo había en todo esto el deseo de satisfacer una de sus más íntimas vanidades. La inmensa pampa de “El Palmar” da cabida a algunas subdivisiones que, a su vez, llevan el nombre de las familias preponderantes del lugar. Junto a “El Palmar” de los Mendes, está “El Palmar” de los Virueces y más allá el de los Suárez el de los Melgar y otros. Cada Palmar tiene sus *glorias* y su *tradicón*, y estas glorias y tradiciones se cuidan celosamente por los vecinos importantes, cuyo nombre bautiza la fresca y verde porción de campo sobre la que se asienta el rancho. Si las vacas paren más terneros en el Palmar de los Mendes, si los potreros tiene mejores donde los *Melgares* o si los puebleros les gusta más pasar los días calurosos en el Palmar de los Suares, son estos motivos de solapada rivalidad entre los pobladores de “El Palmar”; pero si esta diferencia se acentúa en materia de chivos y de bailes, ahí la cosa toma otro cariz y la gente echa el resto para conservar en alto los prestigios del rancho.

Los *Virueces* habían dado no hacía mucho tiempo una fiesta que hizo época en los anales palmareños. Fue algo extraordinario que proporcionó crónica a los contornos durante varios días. Hasta ese momento nadie había eclipsado el rango de los Mendes en ese terreno. Eran patrimonio de ese rancho las bellezas más celebradas del lugar y la simpatía y el desprendimiento de los dueños de casa; circunstancia más que suficiente para hacer de sus fiestas, las más alegres y concurridas de la comarca.

El bueno de don Luciano quedó, pues, con la *espina en el ojo* después de la fiesta de los Virueces y como hombre *que no se deja pisar el poncho así nomás*, le dijo a su compañera:

—Güeno Ubaldina, aquí hay que tirar la casa ajuera... de no, no va haber quién los aguante a los Virueces...

Todo se preparó con esmero. Se buscó a los mejores guitarreros, se trajo desde Santa Cruz el *jumechi*; se preparó una *leche de tigre* brava, para el mujererío, se sacrificó la mejor *mamona*, una rosilla guacha que don Luciano había criado a *plan* de leche y luego se invitó a la gente por *carretadas*.

Don Luciano estaba visiblemente satisfecho del resultado que habían obtenido sus desvelos y una permanente sonrisa se le escapaba de los ojos bonachones.

—Un traguito, dotor —dijo a Toledo, acercándole el vaso goteante de bebida—. Yo conocí a su padre, el *finao* don Venancio... Hombre lindazo... sabía venir por acá pa' la fiesta de San Antonio. Lo estoy viendo montao en su tordillo grande, bien apearao; porque el finao era de a caballo. Le gustaba el *chivo*... y también las güenas mozas...

Y mirando a Chaves agregó, echándose a reír con esa risa pi- carezca con que la ingenuidad de las almas simples subraya sus vivezas:

—¿como a todos, no?, don Alberto... . !

Desde las bancas se levantaba el rumor de la tertulia, y una que t otra voz alta marcaba el ritmo que ya estaba imponiendo la bebida.

Hasta ese momento no había comenzado el baile. Las mujeres, sentadas, inmóviles como si temieran que un gesto cualquiera les fuera a arrugar la ropa, permanecían allí inanimadas como atornilladas al asiento. Los hombres, bebían trago tras trago y comenzaban a elevar la voz, como para infundirse coraje. Las guitarras rasguearon y desenterraron las cadencias de un viejo valse.

—A bailar, jóvenes... a bailar —gritó don Luciano incorporándose de su asiento—. A ver vos, Andrés, y vos, Pablo, y vos, Heraclio... Pero que el hombre, o se han creio que están en un velorio? ...

Ante la intimación de don Luciano, los hombres que *entropaos* se sentían más valientes, se abalanzaron sobre las mozas como una horda. El que pudo cogió su pareja y se lanzó con ella al centro. Comenzó la danza como un torbellino de vueltas y revueltas, frenético e interminable, porque ni los músicos ni los bailarines tenían noción del tiempo. Llevaban a sus parejas cogidas por la cintura, bastante alejadas, *pa conservar la libertad de mover las tabas*, Y marcaban el compás de los brazos extendidos como aspas *igual que si estuvieran bombeando agua*. No se dirigían la palabra; en su silencio había la expresión desconfiada del que ejecuta algo que no está acostumbrado a practicar con frecuencia. En el suelo sin baldosas, los *tacazos* arrancaban sonidos cavernosos levantando una tenue nubecilla de polvo que trepaba blandamente por las gruesas pantorrillas de las *bailadoras*.

Terminó el valse heroicamente, con los rudos golpes de todo el encordado, en tres sonoros acordes finales, y los hombres, secándose diligentes el sudor del cuello y de la cara, dejaron sus parejas en los asientos y se quedaron allí, nuevamente como atornillas a la banca, dignas y mudas.

Una nueva *ronda* de aguardiente circuló, quemante, entre la concurrencia. Los hombres vaciaban los vasos en un solo trago, como si alguien viniera atrás apurándolos; las mujeres, por el contrario, bebían a pequeños sorbos, engañado tras el pañuelo que pronto se convertía, en sus manos, en una masa húmeda, informe y compacta.

—Barajo que está juerte —decía una vieja limpiándose la boca desdentada con el revés de la mano huesuda.

—Esto no es naa comparao con el que dieron donde los Virueces —afirmó la vecina que seguramente era de aquellos *laos*—. Era! un *resacao* que parecía de cuarenta...

—Pa' qué tan juerte... —comentó otra— eso ej pa' quemarse laj entraña...

Y entre muecas y comentarios, todas bebieron hasta el fin.

En un rincón apartado, Hurtado hablaba quedamente con Mireya. La linda, palmareña no ocultaba su simpatía. por aquel hombre y de nada valla, para ella, la reflexión de don Luciano y la oposición' de la madre, que miraban aquellos amores con muy malos ojos. Así, *mujeriego* y *todo*, lo quería y lo prefería a Santos, aquel mozo rudo y grandote que la miraba encandilado desde un extremo de la sala. Mireya era mujer voluntariosa envanecida porque se sabía linda, indócil, con esa indocilidad de la sangre moza y ardiente y con esa impetuosidad que infunde la vida libre de los campos. No se hallaba dispuesta a acatar en forma alguna las imposiciones de sus padres en este aspecto. Hurtado lo sabía y sabía también la influencia que ejercía en ella su prestigio donjuanesco. Era moreno, alto y fornido. En alguna *trenzada* le dejaron un *barbijo* que le cruzaba la cara y le daba una expresión sugestiva de bravo; presumía de rangoso y de afortunado con las mujeres. Su andar era jactancioso y su mirar desafiante; y sus ademanes, sus gestos y todo en él, denotaban al pendenciero, siempre listo a la riña por el menor motivo. Mozo que había pasado la vida *jugando con las mujeres* y gozando de ellas para *largarlas* después, conocía todas las pequeñas triquiñuelas que las hacen caer y que las ciegan *hasta perderse por un hombre*...

Los guitarreros atacaron, briosamente, una polca que tenía compases de síncope y la mozada, vencida la timidez del primer baile, salió al centro de la sala nuevamente. Hurtado bailaba con! Mireya y su brazo robusto cimbraba el talle de la hembra que, a cada vuelta, ceñía sobre su cuerpo la liviana tela de sus vestiduras. El busto echado hacia atrás, provocantes los erguidos pechos, húmedos los ojos morunos, miraba al macho y le sonreía, contraída la boca fresca en rojo gesto de soberbia y de pasión, como ofreciéndole la gloria de su carne, en un voluntario abandono de hembra caprichosa.

Chaves dio un leve codazo a su amigo que, en ese momento, devolvía un vaso después de beber.

—Linda hembra, ¿no? —¿Cuál?..

—Mireya...

Toledo la miró. Ella pasaba junto a ellos bailando y adivinó de quien hablaban. Al alejarse, por sobre el hombro de su compañero, miró a su vez a Toledo, fijamente. Toledo era un tipo de hombre varonil. De aquella estirpe de hombres que siempre despiertan interés en las mujeres. La tez mate, como dorada al sol, los ojos profundos, la boca breve bajo el delgado bigote negro, el mentón firme; bien plantado y vestido sin ostentosa elegancia, tenía en sus maneras algo de señorial y rudo que a la vez daba mayor prestancia a su figura.

—Sí... es una buena hembra —respondió indiferente—, lo malo es que su compañero la tiene acaparada y no la larga...

—Seguramente la está *cuidando*... Fíjate cómo la mira Santos Menacho que, según dicen, es el *segundo* en discordia... No me extrañaría que esta noche, el baile se anime con una bronca de proporciones.

Tras la polca vino un tango quejumbroso y luego una mazurca y nuevamente un vals. Las parejas pasaban como un torbellino de percal, dejando tras sí una estela de perfume barato. De los grupos partían carcajadas sonoras, interjecciones gruesas y gritos destemplados. El alcohol tornaba alegres a los tristes y tristes a los alegres. Un ebrio lloraba amargamente apoyado junto al marco de la puerta, contando, entre hipos, la confusa historia de unos amores contraídos. De cuando en cuando, sigilosamente, salía una moza y después un mozo a tomar el fresco. Y entonces, bajo el profundo azul del cielo estrellado, la pareja jadeante, convertía la pampa silenciosa, en un inmenso tálamo improvisado...

Chaves, que ya había apurado algunos sorbos, bailaba alegremente con unas y con otras. En un intervalo se acercó a Toledo que, por tercera vez y en esa misma noche, recibía las confidencias íntimas de don Luciano.

—Entusiámate, hombre —le decía entre alegre y burlón—, estás más fúnebre que un *sumurucucu*...

Don Luciano, ya casi borracho y no dispuesto a perder la presa, dijo a Chaves con voz gangosa:

—Déjemelo aquí no maj al dotor tranquilo, está pajlando conmigo. Le estoy contando cosas que a nadie he contao...

Era ésta una de las temibles debilidades de don Luciano. Tan luego como las copas hacían su efecto, se le despertaba la imperiosa necesidad de contar su vida en los más íntimos detalles. Allí salían a bailar, dona Balbina, *que ya sólo era una vieja pa' nada y renegona*, las tres hijas que se *juyeron* una después de otra en menos de dos años, sus celos con los Virueces, los Melgares y los Suárez y otras lindezas por el estilo. Esa noche le tocó a Toledo a quien al decir de un chusco *lo tenía como piyu contra el cerco*.

En ese momento comenzó el rasgueo de una guitarra, y una voz varonil se elevó vibrante y clara:

"Si un imposible me mata
por un imposible muero;
imposible es alcanzar
el imposible que quiero..."

Era Santos Menacho a quien alguien había pedido que le cante. —El mozo no se hizo de rogar y entonó las viejas estrofas que decían de amores quiméricos, de dolor y de pasión contenida. La guitarra bajaba sonora en la pausa, mientras el cantor, compungido, observaba con ansiosa interrogante a la mujer que amaba. Mireya, cuchicheante miraba a Hurtado con ojos maliciosos sin reparar, al parecer, en Santos. El sentía que la guitarra le temblaba entre las manos y siguió cantando:

"De los cien imposibles
que el amor tiene,
yo ya llevo vencidos
noventa y nueve..."

Un nuevo bajeo y terminó, dando a su canto toda la intención, que, oculta en su alma simple, pugnaba por salir bullente como una dolorida protesta ante la indiferencia de Mireya:

"Noventa y nueve, sí,
llevo vencidos,
uno solo me falta
con el olvido..."

La concurrencia premió al cantor con muchos aplausos, pero un chusco que había observado a Santos mientras cantaba, deslizó al oído de su compañero:

—Me parece que esos versos piden sal... A ver si no se la dan en taza llena... Con Hurtado no hay chistes...

A su vez los amigos de Hurtado le pidieron que cantara algo. Hurtado era buen guitarrista y sabía bien que la vihuela era instrumento de certera puntería en las lides del amor. Tenía una voz muy bien templada, ejercitada en las mil *correrías* de su vida jaranera, Y mucho *gusto* para cantar. Pero no le agradaba prodigarse y cuando cantaba *era bien rogao*. Sin embargo, aquella noche cedió a la primera invitación. Se hallaba fastidiado con la insistencia de Santos que él, por supuesto, juzgaba impertinente, porque era a su juicio el único obstáculo al que se aferraban los viejos para mezquinarse a Mireya. Quería *hartarlo* a su rival; hacerle saber que: esa hembra era de él y sólo para él y que de nada le servirían sus quejas ni sus protestas. Cogió la guitarra y la pulsó con decisión. Bajo la enérgica presión de sus dedos, el encordado vibró sonoro y limpio. Era una música impetuosa que tenía algo de himno y de marcha; las notas altas saltaban con nitidez cristalina entre la bruma del bajeo y las cuerdas, al caer, rebotaban sobre la madera de la guitarra, como sobre el pergamino de un tambor, en un chicotazo silvante y persistente. Luego vino la voz cálida y segura, en un preludeo que hablaba de luchas y victorias, de esperanzas y de amores para remachar en un cuarteto rotundo como un desafío:

*"Esta noche con la luna,
o me la vengo a robar
y el que no me tenga miedo
que me la venga a quitar..."*

Mireya, a su lado, la cabeza soberbia inclinada hacia atrás, la boca sensual abierta en una leve sonrisa indefinida, lo envolvía en una mirada acariciante.

Fueron clamorosos los aplausos para Hurtado que, sin duda, era el hombre del día en el rancho.

El baile continuó. Las parejas sudorosas, tambaleantes por las libaciones, no atinaban a llevar el compás. Algunos hombres gravitaban sobre su compañera con inercia de bolsas. Junto a Toledo conversaban quedamente unas viejas y oyó que decían:

—Ah, ¿el famoso Hurtado? —Sí; el mismo.

—Pero si ej su mana, comadre. No vé a na Segunda le hizo su *jocha*... Le plantó pa' su muchacho y le sacó hasta el último *medio*.

—Si puej, la pobre... está de ocho meses lo meno...

—¿Qué?, comadre. Está al tumbar. No pasa de esta semana... Toledo volvió la vista y sus ojos tropezaron con la mirada fría de Hurtado, que continuaba junto a Mireya. No le gustaba el hombre. Desde el primer momento sintió hacia él una invencible antipatía. Se le figuraba el bravucón de arrabal jactancioso y pendenciero, y le incomodaba su actitud de conquistador presumido.

La animación crecía y alguien, para darle más alas pidió un *carnavalito*. Los músicos comenzaron a rasguear las guitarras. Los dedos ágiles brincaban sobre el encordado arrancando la melodía alegre y bulliciosa de la vieja danza cruceña. Los trinos sonoros de las guitarras llenaban el recinto comunicando a todos el ritmo frenético de sus compases. Al imperio de sus acordes, la gente se levantó como movida por un resorte y las parejas iniciaron la danza. Las faldas se arremolinaban en torno a las piernas de las mozas, destacando el contraste de las carnes duras, con la ceñida media negra. Las enaguas almidonadas mostraban en sus ribetes unos encajes gruesos y tiesos que en algún volteo demasiado pronunciado, se incrustaban entre las *corvas* morenas de su dueña. De todas partes se elevaba el rumor de risas, palmadas y jaleas. Nadie quería quedar sentado. Don Luciano, vacilante, en un traspié, se acercó a dona Ubaldina y la cogió del brazo. Pronto les hicieron rueda y los echaron al centro, entre gritos, risas y cuchufletas.

—Mirenlo che, al viejo... toavía tiene ánimos... —murmuraba uno, burlón.

—y pa' cargar con la vieja... ¿no? —Estos Mendes son como cuchi e juertes —sentenció un viejo socarrón—. Yeso que le *tumban* parejo al *jumechi*...

—Ah no; pa' eso son como *cueva e zepe*...

Los tocadores rasgueaban briosamente y, arqueados sobre las guitarras, llevaban con el cuerpo el acelerado compás del ritmo, como contagiados de la alegría epiléptica que esa música iba irradiando. Todo parecía saturado en el recinto del alborozo que, a raudales, derramaban aquellos acordes, a cuyo conjuro, parecía que habían despertado todos los ímpetus dormidos, para echarse afuera en una ruidosa explosión de optimismo bullanguero.

Toledo sintió que algo le subía de lo hondo, cosquillante y envuelto en la bruma de los recuerdos juveniles. Cogió su copa y la apuró de un trago; luego, como viera que Hurtado, apoyando un pie sobre una de las bancas, cercano a los músicos, canturreaba por lo bajo, creyó que Mireya pudiera hallarse sola. Esparció la mirada en derredor, y la buscó. Ella no estaba en la sala. Allí cerca había una morena a quien su pareja acababa de sentar. La invitó a bailar y comenzó con ella un vertiginoso girar de vueltas y revueltas. Largo rato estuvieron aprisionados en aquel frenético abrazo circular.

De pronto calló la música. Se escucharon gritos airados y el sordo galopar de un caballo que se alejaba. La gente corrió hacia la puerta como un remolino. Un tiro retumbó en la pampa con ecos de cañonazo. Luego entró Santos Menacho, pálido y compungido. El arma todavía humeante le temblaba en la mano.

—Se huyó con Hurtado —gritó iracundo.

Don Luciano, perplejo, se arribaba al marco de la puerta. —Pero qué hacés viejo e porras, que no los seguís —le gritó doña Ubaldina, endemoniada.

Santos intentó salir nuevamente, pero le detuvieron. —Sosiéguese, amigo... —le dijo un hombronazo rudo, cogiéndole por el brazo—. ¿Qué va sacar dando bala al disparate? La prenda ya se jué y usted nos está desparramando la caballada.

La concurrencia, prudente, comenzó a dispersarse. Sólo quedaban pequeños grupos donde se comentaba a gritos el suceso.

Los amigos también salieron.

En el cielo limpio de nubes no faltaba una sola estrella. La luna brillaba radiante sobre la pampa tersa que la brisa lamía suavemente.

Cuando se alejaban, Toledo vio cruzar por su imaginación, como un relámpago, la figura sensual de Mireya. Avanzaban paso a paso. El silencio infinito del campo se iba tragando, impasible, el sordo rumor que salía del rancho como un zumbido.

IV

La entrevista con don Juan Bravo no se realizó aquel día. Toledo y Chaves estuvieron a la hora convenida, pero hallaron la casa cerrada y, sólo después de mucho llamar, una vecina les avisó que la familia había viajado al campo para traer a don Juan que se encontraba enfermo.

—¡Estamos lucidos! —exclamó Toledo, perplejo— ¿Y ahora qué hacemos?

Nada había que hacer, sino esperar, le aconsejó Chaves. Toledo no podía disimular el disgusto que este contratiempo le producía, pese al optimismo de Chaves quien pensaba que la enfermedad de don Juan era sólo una simple indisposición pasajera, sin otras consecuencias que las de postergar la entrevista por unos días.

Los amigos llegaron a la esquina de la Catedral. El sol declinante lanzaba reflejos cobrizos sobre los rojos ladrillos de los campanarios que, agigantados por la chatura de las construcciones vecinas, adquirían una singular fiereza castellana. Allí se despidieron, pues Chaves debía concurrir a una reunión de profesores convocada por el Seminario.

Toledo se dirigió a su alojamiento. Marchaba preocupado bajo la obsesionante idea de que la enfermedad de don Juan podía retrasar indefinidamente el arreglo de sus asuntos, obligándole a permanecer en Santa Cruz, quizá mucho más tiempo que el previsto para poder regresar a Buenos Aires antes de la reapertura de los cursos. Esto constituiría para él, sin duda, un verdadero contra tiempo, pues significaba la pérdida de un año de estudios, junto con las peligrosas consecuencias que la desvinculación de las aulas podrían acarrearle en ese largo tiempo de inactividad estudiantil. Pensó entonces que quizá sería una solución entregar estos asuntos a un abogado, y buscar en otro terreno un arreglo de cuentas con don Juan Bravo.

Junto al portón, doña Petrona, doña Virginia y algunas vecinas del barrio formaban el animado *ruedo* de los atardeceres cruceños. A esa hora las familias, huyendo del sofocante calor de las habitaciones, sacan las sillas a la vereda y allí, sentadas como en asamblea, inician la tertulia donde se charla largamente, se comenta y se critica.

—Elai, ya llegó el paseandero —exclamó cariñosamente doña Petrona al divisar a Toledo—. ¿Dónde te has perdido?

Y luego añadió en tono de fingido reproche:

—Si parece que te has olvidado de las viejas... por estar todo el día con tu amigo Chaves.

Toledo saludó con afecto a las tías y disculpándose ante las vecinas, *pasó por* medio *ruedo* y llegó hasta su habitación. En ese momento *le alcanzó Isolina y entró tras él.*

—Esto mandó pa' usted la señora Concha —le dijo, asentando sobre la mesa una pequeña fuente discretamente cubierta por un fino paño-. La criada que lo trajo dejó dicho que era pa' su *jacú*...

Junto con el presente venía una tarjeta; Toledo rasgó el sobre y leyó:

Concepción Vargas v. de Morales e hijas

Y bajo la bastardilla, con impecable caligrafía:

"No se olvide que lo esperamos esta noche"

Isolina, como si aguardara alguna orden, quedó todavía unos instantes junto a la puerta. Toledo, que la observaba de soslayo, creyó notar, en sus ojillos vivos, algo así como una fugaz expresión de desencanto; luego ella se retiró sigilosamente.

Con un gesto de fastidio, dejó Toledo la tarjeta sobre la mesa mientras aproximaba una silla para sentarse. Las ventanas estaban abiertas. Una brisa tibia entraba a bocanadas empujando el polvillo arenoso de la calle que, a ratos, se arremolinaba sobre las planas superficies de los muebles. Las ventanas no tenían vidrieras; cerró los postigos y como la estancia quedara entenebrecida, encendió una luz. En un cajón de la mesa que le servía de escritorio, había una

gran carpeta de cuero; sacó de allí algunos papeles y los extendió sobre el tapete. Eran cartas relacionadas con asuntos de la testamentaría. Las dejó a un lado separando, de entre ellas, una hoja amarillenta, donde los caracteres ya borrosos, parecían esfumarse sobre el fondo apergaminado. Era una carta de su madre que él recibiera en Buenos Aires. En ella le hablaba de don Juan Bravo y le decía que, por disposición de su padre, don Juan se había encargado de todos los asuntos testamentarios, con gran voluntad. "Es un buen amigo este don Juan; sin su ayuda no sé qué hubiera hecho yo que tan acobardada he quedado desde que se nos fue Venancio, aquí donde todo lo embrollan los abogados y los jueces..."

—"Los abogados y los jueces"—murmuró.

Luego guardó las cartas y se quedó largo rato pensativo.

* * *

Dolía Concepción Vargas de Morales, conservaba todavía restos de pasada belleza. Alta, con buen patrimonio de carnes, de cara llena y labios pulposos, sombreados por un leve bozo, merodeaba en torno a los cuarenta y cinco otoños, bien disimulados. Gallarda en el andar, tenía aquella mujer una garbosa corpulencia que acentuaba la calidez de su voz gruesa y pastosa. De genio vivo, no había logrado captarse todas las simpatías a que era acreedora y es así que, a menudo, su nombre conspicuo se hallaba mezclado en enredos de barrio que exacerbaban su natural avasallador y beligerante. En el pueblo era respetada y temida a la vez, por sus arrestos un tanto varoniles y su lengua incansable para forjar detalles suculentos, cuando de la biografía ajena se trataba.

Hacia muchos años que doña Concha, como familiarmente la llamaban sus amistades, era viuda de un antiguo viajante al Beni que, en los buenos tiempos, llevó para vender, como simple mercancías, algunas docenas de *cambas* y que, a su muerte, habíale dejado una posición holgada y, además, tres hijas legítimas; pues las *naturales* el buen don Perico Morales las había sembrado muy discretamente a lo largo de los caminos o junto a la ribera de los ríos.

Muy pronto las hijas de doña Concha se hallaron en estado de merecer. Alicia, Carolina y Josefina, no habían sido dotadas pródigamente por la naturaleza; pero según la madre, esto se hallaba bien compensado con las cualidades que adornaban a las chicas, en cuya educación, ella, según lo afirmaba con orgullo, personalmente se había esmerado. A la mayor, Alicia, románticuela y sensitiva, le gustaban los libros, tocaba el piano y cantaba. Carolina, muy casera, era una verdadera amita del hogar; y Josefina, morena, soñadora, bailaba, admirablemente. Pese a tan seductores atractivos, fuera de algunos escarceos amorosos, no se podía afirmar, sin exagerar, que los jóvenes asediaban a las chicas para llevarlas al Itar. Esto traía de mal talante a doña Concha, cuyo maternal amor propio sufría lo indecible, cada vez que se efectuaba algún matrimonio en el pueblo.

—¡Pero qué le han visto de lindo a esa flaca! —exclamaba airada, cuando la recién casada era un tanto delgada—. Se le va a perder al marido en la cama... Si es una sombra —subrayaba con vozarrón tempestuoso.

Si la que se casaba era algo recargadita de carnes, entonces la oración se volvía por pasiva.

—¡Pero miren nomás a la gorda esa, con ese plante de tacú que tiene y con todo lo que han hablo de ella! ...Con razón dicen que los hombres sólo quieren a las sinvergüenzas —aceptaba a guisa de consuelo.

Y las flacas y las gordas se casaban a pesar de las protestas de doña Concha.

Y no era precisamente la falta de diligencia de aquella madre ejemplar y de sus chicas soñadoras, la que ahuyentaba al dios ciego de la casa de los Morales. Habría sido injusto imputar a doña Concha descuido o desidia al respecto. Ella ponderaba las gracias de sus hijas a cuantos querían oírle. El artículo era el objeto de incansable propaganda; no se escatimaba nada en ese renglón. Las reuniones íntimas menudeaban; allí podían lucirse las chicas. Se invitaba invariablemente a los jóvenes que en el pueblo se consideraban *buen partido*. Desgraciadamente el elemento femenino no era muy seleccionado; las muchachas bonitas no recibían casi nunca la invitación a tiempo. Doña Concha culpaba de esto a la inutilidad del criadito encargado de repartirlas que "era opa, el pobre", pero las malas lenguas llegaron a decir que esta era una estrategia de doña Concha "para conseguir que la fealdad de sus hijas, no resaltara tanto". Quizás se exageraba, pero lo cierto es que doña Concha hacía su diligencia a la espera de la buena ayuda de Dios...

Aquella noche, en casa de la viuda de Morales, se esperaba visita. Carlos Toledo, accediendo a las reiteradas invitaciones de la familia y, como para salir de un compromiso, había

prometido estar allí a las ocho. A los pocos días de su llegada a Santa Cruz, visitó a las Morales una tarde, para agradecerles su salutación que fue una de las primeras en recibir. En el breve tiempo que duró la visita doña Concha, con esa candorosa perspicacia que le era tan característica, creyó ver una probable inclinación de Toledo hacia una de sus niñas que, en este caso, no podía ser otra que Alicita a quien, en razón de su edad, le correspondía liquidar primero. Desde ese momento, la buena señora, puso en orden todos sus elementos de combate y se dio a la tarea de atraer al recién llegado en quien, inspirada por su hondo cariño maternal, veía ya un excelente marido para Alicita.

Tocaban las ocho cuando Toledo llegó a la casa de las Morales. La sala daba a la calle. De las ventanas y por la puerta entreabierta, salía a chorros, la luz blanca para hundirse en la oscuridad del corredor. El piano lloraba en una romanza dulzona y se escuchaba claramente, la vocesita trémula de Alicia, que se esforzaba por no apartarse mucho de las notas candenciosas.

Toledo golpeó ligeramente y se dispuso a entrar. —¡Adelante!— retumbo la voz gruesa de doña Concha; y el piano calló al instante—. ¡Ah!...es Carlos... Pase..., entre, Carlos... Creíamos que ya no venía; tanto que Alicia, que siempre se acuesta temprano, se puso a tocar el piano porque se le cerraban los ojos...

—Sin embargo, señora, he sido puntual. No adelanté mi visita, porque creí que todavía estuvieran ustedes a la mesa...

—No; aquí nosotros comemos a la antigua; a las seis. Pero siéntese, Carlos... ponga su sombrero ahí, sobre la mesa, nomás... —indicó la matrona, esbozando la mejor de sus sonrisas.

Toledo tomó asiento. Un corto silencio embarazoso, hizo paréntesis a la locuacidad de la dueña de la casa.

Alicita, corno al descuido, ocupó la silla junto a Toledo. Así se lo había aconsejado, con toda previsión. doña Concha. Las otras dos chicas, algo apartadas, miraban de reojo, recatadamente, al visitante.

—Pero qué ingrato es usted, Carlos —reprochó doña Concha, con ternura mimosa—, sólo a la fuerza viene usted por aquí... ¿no?

—Pero, señora, si más bien temo importunar— alegó Toledo por decir algo.

La viuda de Morales, sonreía beatíficamente, apoltronada en la ancha mecedora.

—Bueno; ¿y qué tal lo va tratando Santa Cruz? ¿Cómo ha encontrado nuestra tierra?

No era la primera vez que doña Concha le hacía esa pregunta y, aunque no se explicaba el por qué de tanto afán por conocer sus impresiones. Toledo repitió lo que otra vez le había respondido:

—¡Ah!...muy bien señora Concepción; después de tantos años, me siento aquí como en mi casa...

—Su mentira! ¡No lo creo! -interrumpió socarronamente dona Concha—. ¿Pero habrá encontrado usted algún cambio? ...

—Eso no; para mí, todo está lo mismo... parece que el tiempo ha pasado muy lentamente sobre esta ciudad...

—Sin embargo, no crea, Carlos; quizá el pueblo no haya cambiado, pero su gente sí —exclamó dona Concha significativamente—. Ya se ven aquí muchas cosas de afuera. Ha entrado el tango, el *foxtrox*; y las niñas se visten hoy con esas modas que dan vergüenza, mostrando las piernas hasta la rodilla. Lo que es yo a mis chicas no les permito eso! A la que te criaste nomás hija, le dije el otro día a Carolinita cuando me alababa un vestido de esos... Y de los *pololeos*, ni se diga. Ahora con esas vistas norteamericanas que se pasan en los *tocinillos* ya las *chotas* no quieren más que estar todo el día con sus *cortejos*... y tesitos por acá y bailecitos por allá... Y lo peor es que algunas madres las dejan ir solas a las fiestas. Lo es que yo no entro por esos modernismos, Carlos. No soy como las Monteros... A los bailes y a misa con mis hijas... Así se evitan las habladurías —concluyó doña Concha meneando la cabeza con energía.

Las *Monteras* constituían la sombra negra de las Morales. Eran cuatro chicas y dos se habían casado ya con *visitas* de Alicia y Josefina...

Toledo escuchaba silencioso esta lección de ética casera y aquella crítica de costumbres tan valientemente acometida por dona Concha y, aun cuando muy poco le interesaba conocer los rígidos principios morales a que tenía sometidas a las tres nubles, convino, por decir algo, en que doña Concha hablaba con cierto fundamento:

—Tiene usted razón, señora; está muy bien que se conserve las antiguas tradiciones de la familia cruceña. Aquella educación patriarcal que se dio a nuestras abuelas, mostró sus buenos resultados al formar se Floras de verdadera alcurnia; esposas dignas y madres ejemplares. Pero, desgraciadamente, los tiempos y las cosas no son eternos; cada siglo exige cambios que se operan con toda naturalidad en las grandes ciudades. Aquí, indudablemente, al principio, ciertas

innovaciones desentonan porque no las pide todavía el ambiente o porque, debido a la mediterraneidad de nuestro pueblo, nos hallamos aún aferrados a nuestras viejas normas. Pero ya también vendrá para nuestra ciudad una época de movimiento y cambio, y entonces, estos pequeños avances que hoy usted apunta, serán las cosas más naturales...

¡Ay!... Ojalá esté yo muerta para entonces —interrumpió doña Concha, patéticamente—. No puedo concebir; y no lo permitiré nunca, que mis hijas hagan esas cosas; y con esto, el hombre que les toque por marido, podrá estar seguro de que lleva a su casa una mujer honesta, sumisa y económica, que le hará feliz...

Doña Concha tenía preparado este párrafo rotundo con alguna anticipación, pues lo declamó con todo el brío necesario. Es más ella, íntimamente, lo consideraba de un gran efecto y estaba segura de que impresionaría profundamente a Toledo. Por su parte, Alicita, sonreía ruborizada, como sintiéndose aludida.

Sin embargo, Toledo casi no había puesto atención a las últimas palabras de doña Concha. Preocupado por otros pensamientos, escuchaba distraídamente aquella conversación que, para él, no tenía mayor interés. Por galantería y para neutralizar de paso, la ir verbosidad de la dueña de la casa, rogó a Alicita que hiciera un poco de música. Esta, acortada, se sonrojó como una escolina a quien piden que luzca alguna habilidad y permaneció inmóvil en su asiento, haciendo mimosas contorsiones.

—¡Pero cómo voy a tocar —exclamó bajando humildemente los ojos— si no sé nada! Usted que ha oído a tan buenos pianistas en Buenos Aires... me va a criticar...

Fue necesaria la intervención de doña Concha, Josefina y Carolinita para decidir a la modesta jovencita a ejecutar algo en el piano.

—No seas *simple*, Alicia... Carlos no te va a juzgar como a maestra —dijo doña Concha, tratando de disimular tras una sonrisa forzada, el disgusto que le causaba la resistencia de la niña.

—Pero Alicia —agregó Toledo—, yo sé muy bien que usted toca admirablemente; y esta noche, aparte del deseo de visitarlas, he venido con exclusivo objeto de escucharla.

Este cumplimiento piadoso, entusiasmó a doña Concepción Vargas de Morales que, envolviendo en una tierna mirada a Toledo, le rogó que llevara hasta el piano a la niña.

—¡Elay!... No sé por qué a usted le tiene vergüenza ésta... cuando es tan corriente con todos —comentó la buena madre, con angelical suspicacia.

Inclinando la cabeza, como corderillo que va al sacrificio, se dejó conducir al piano, la tímida Alicita. En estos momentos y, respondiendo a disposiciones previas tomadas por Carolina, entró un criadito astroso, trayendo, en una bandeja, algunos vasos de chicha cruceña, fresca y sabrosa, que todos bebieron.

Junto al piano prodújose un nuevo conflicto. Alicita vacilaba en la elección de la pieza. Josefina vino en su ayuda.

—¿Por qué no tocás *Carne de Cabaré*, que lo sabés tan bien?.. —requirió la morena soñadora, con gesto lánguido, mientras ayudaba a su hermana a rebuscar entre los papeles de música.

—¡Pero si es *eterno* de *viejo* —exclamó Alicia—. Ya no lo toca ni la *segunda* de Mateo...

Después de recorrer el repertorio y previas las consultas del caso, quedaron en un vals que Alicita ejecutaba en todas las fiestas y que siempre había sido muy aplaudido por los allegados a la casa Morales.

No se había apagado todavía el eco de los últimos acordes, cuando desde la calle solitaria, se escucharon los pasos de un grupo que se acercaba y algunas voces confusas. De pronto, al llegar ante la puerta de las Morales, alguien aflautando la voz guasonamente, gritó desde afuera:

—Mama Concha... Mama Concha... Carolinitaaa... Carolinitaaa... Madre e hijas se miraron en silencio, Doña Concha, congestionada por la ira, carraspeó y luego fulminó desde su sillón, olímpicamente:

—Estoy segura de que es el *camareta* de Ramirito... si será liso el bellaco.

Después, ya más calmada, explicó a Toledo que se trataba de un joven que perseguía a Carolinita a *sol* ya *sombra*, pero que ella le había prohibido la entrada a la casa, porque era un *zarandajo*, tunante y borrachín...

Carolinita suplicante se creyó llamada a intervenir: —No lo acabés, mamá, al pobre...

Y la otra, Josefinita, plegándose a la madre, inclemente, con esa inclemencia de las chicas solteras que no tienen *nada* a *la vista*, amonestó a Carolinita:

—Esú... y voj a que lo defendé... Ni que lo quisieras pa' tu cortejo...

Pasado este pequeño incidente, la reunión transcurrió entre una y otra pieza sentimental, tangos, canciones y mazurcas arcaicas, pues Alicia, una vez vencida su natural timidez, se reveló como una pianista de verdadera resistencia.

Durante un breve descanso, dieron las nueve, circunstancia i que aprovechó Toledo para despedirse.

—¿Por qué tan apurado, don Carlos? Usted es como el mosquito... pica y se va —dijo graciosamente doña Concha.

Alicia, por su parte, envolviendo a Toledo en una mirada profunda le rogó que se quedara unos momentos más; pero Toledo se disculpó como pudo y se retiró, no sin antes prometer a las chicas que volvería muy pronto para repetir tan deliciosa velada.

Cuando la familia quedó sola, hizo los comentarios más favorables respecto del visitante:

—¡Qué simpático! —decía Alicia, mientras cerraba el piano, lanzando un gran suspiro.

—Y parece ché, que vos no le sos indiferente —apuntó doña Concha con íntima convicción, sólo disculpable en una buena madre que tiene tres hijas casaderas. Y luego agregó:

—No sería raro que te tuvieras que separar de nosotras para viajar a Buenos Aires... Pero, eso sí; yo no te dejo ir sola: ¡Nos vamos todas!... Y esto hay que contárselo a las Monteros... para que rabien las *amarillas*...

—¡Sí, sí! —carearon las nubiles, Josefina y Carolina.

Y se recogieron a dormir. Alicia, con una nueva ilusión; dona Concha, con una esperanza más...

V

Fueron las cuentas del Gran Capitán las que don Juan Bravo rindió a Toledo en aquella entrevista que, al fin, se llevó a cabo después de largos días de espera. La enfermedad de don Juan había sido más seria de lo que en un principio se suponía, y la convalecencia, aun incompleta, era lenta en su organismo ya minado por los achaques.

—En resumen —dijo don Juan Toledo— sólo te queda el establecimiento de "Las Abras", y unas cien vacas en el río grande. Todo lo demás se ha ido vendiendo para costear los gastos de tu sostenimiento en Buenos Aires.

—Pero ¿y la estancia de Chiquitos? y el ganado que papá tenía en La Laguna? ...¿Cuántas cabezas eran esas?

—Eso es, pues, lo que se ha vendido —respondió don Juan evasivamente—, con eso te has sostenido tanto tiempo...

Sin embargo, las cuentas que Toledo había sacado arrojaban un saldo apreciable del cual debía responder el administrador.

—Sí; es cierto. De esa plata tengo yo que responder, pero ese dinero, que lo he tomado para vivir, no lo tengo... Nada tengo tampoco para darte en cambio —don Juan hizo una pausa y luego, con voz apagada, casi temblorosa, continuó—. Tú no sabes las penurias que he debido pasar; enfermedades, gastos de todo orden y, junto con esto, el fracaso de todos mis negocios... Total, que estoy arruinado... Ni esperanzas siquiera tengo de pagarte... Sé que tú puedes demandarme, pero si lo haces sólo conseguirás llenarme de vergüenza... y nada más...

Y Bravo, realmente emocionado, bajó la cabeza como un vencido. Había sido hombre de fortuna, rangoso y gastador; como buen cruceño carecía de aquel espíritu de previsión que obliga a pensar sórdidamente en el mañana. Era desprendido con lo suyo; el dinero no tenía para él otro objeto que el de proporcionar satisfacciones en la vida. Su multiplicación por medio de combinaciones mercantiles o su conservación a costa de alguna privación, eran cosas que no entraban en su estructura espiritual. Todo lo que significaba orden y prolijidad en los números, le molestaba como podía haberle incomodado una camisa de fuerza entrábanle todos los movimientos. En su concepto, el dinero se había inventado para gastarlo y lo gastaba en su casa y con sus amigos, alegremente y sin vistas al futuro. Pero esta existencia despreocupada y plácida, unida a los malos tiempos que el estancamiento del país iban acentuando cada vez más, fue mermando poco a poco esos bienes por cuya reproducción el dueño no se inquietaba y, don Juan, colocado en la pendiente, descendía por ella hacia la ruina. La agricultura tal como él la practicaba, dejando el establecimiento abandonado a los mayordomos, no rendía utilidad alguna. Alarmado intentó un esfuerzo y buscó una defensa en la ganadería, pero las inundaciones y la sequía dieron fin también con este negocio que, por otra parte, fue llevado como los anteriores. En fin, que llegó el momento en que don Juan, acabado lo suyo, hubo de hacer uso de lo de su pupilo y también gastarlo para pagar las deudas que por todas partes le acosaban.

—Sí, ésta es mi situación —declaró después de un silencio embarazoso—. Estoy en la *unitiva*...

Toledo, pasaba la perplejidad de los primeros momentos, no obstante de hallarse prevenido para una rendición de cuentas poco promisoras, comprendió que nada sacaría con llevar las cosas por otras vías contra don Juan, cuya conducta, por otra parte, le inspiraba un sentimiento confuso de lástima y desilusión. Había sido don Juan un gran amigo de su padre y siempre Toledo oyó en su casa sólo elogios para ese hombre en cuya honestidad don Venancio tenía una fe absoluta. Pero ya era tarde para reflexiones que no conducirían a nada y se limitó a requerir de su albacea algunos detalles complementarios y le preguntó sobre la posibilidad de reducir a efectivo los pocos bienes que le quedaban para asegurar su sostenimiento en Buenos Aires hasta la terminación de sus estudios.

Don Juan le respondió que, a su juicio, lo único vendible en el momento eran las vacas y, aun para esto, había que contar con la posibilidad de juntarlas para su recuento; cosa que, desde luego, siempre demandaría algún tiempo.

—Por las tierras no creo que haya interés. En "Las Abras" tu padre metió mucho dinero, con la ilusión de todos los que se dedican aquí a la agricultura. Pero los resultados no respondieron ni al capital ni al esfuerzo invertido. A su muerte, yo no pude hacerme cargo de esos trabajos que exigen la presencia permanente del patrón y, las cosas, han ido cada día de peor en peor ...

—Hizo una pausa y levantó la vista para mirar a Toledo como interrogándole, después continuó:

—Sólo los ilusos se dedican hoy aquí a la agricultura. Las tierras yacen abandonadas, cubiertas de monte, porque el trabajo no rinde. El mercado es tan reducido que, cuando se produce una carretada más de arroz que las que debe consumir el pueblo, el artículo se abarrota y el precio baja hasta no costear, ni siquiera, lo gastado en su cultivo. Luego —agregó con rencor— estamos aquí estrangulados, aislados de todo mercado, sin caminos que nos permitan sacar nuestros productos a ninguna parte. Por todos lados hay tierra fértil, como ninguna, pero por todos lados no se ve nada más que miseria y abandono...

Se llevó el pañuelo a la boca para ahogar un acceso de tos y después continuó:

—Creo que el único que podría tener interés en esas tierras sería don Diego Marañón, colindante de "Las Abras" y que fue uno de los mejores amigos de tu padre. Ese es uno de los pocos agricultores que todavía se halla a flote, porque también el hombre se la pasa enterrado en el campo gran parte del año —comentó como explicando algo incomprensible para él...

Toledo salió de la casa de don Juan bajo la impresión de un gran desaliento y decidido a buscar a don Diego Marañón cuanto antes para tratar con él sobre la venta de "Las Abras". Los días pasaban y el plazo para su regreso a Buenos Aires, se acortaba cada vez más, hasta el punto de constituir para él una preocupación obsesionante.

Eran cerca de las siete cuando llegó al "Hotel Centenario" donde habían quedado en encontrarse con Chaves, quien, a última hora, por discreción, según manifestó a su amigo, no deseaba acompañarlo en la entrevista con don Juan.

Allí se reunían algunos amigos que, entre sorbo y sorbo, jugaban todas las tardes una partida de *casino*, charlaban y comentaban los sucesos del pueblo. Era un grupo que, por su heterogeneidad, mantenía una unión estrecha y permanente. Lo formaban un italiano fabricante de jabones, un norteamericano que componía bebidas sintéticas, un chileno comerciante, un checoslovaco constructor, un colombiano profesor de literatura, un cura alemán profesor del Seminario y que, antes de ser cura, había sido militar un japonés que se dedicaba al cultivo de hortalizas con mucho éxito y un español que había sido maestro de escuela en un pueblo de Andalucía. Es decir, casi todos los extranjeros del pueblo. A éstos se agregaban, a menudo, algunos cruceños que *estuvieron en el extranjero*. Y entre ellos, el más asiduo era un capitán boliviano que había estudiado en Saint Cyr y que conservaba todas las *erres* arrastradas que no pronuncian los franceses. Dentro de esta pequeña Babel dominaba un sentimiento que parecía unificar a esos hombres espiritualmente: era éste el deseo que siempre acariciaban de abandonar Santa Cruz cuanto antes. Todos los días algunos de ellos anunciaba su partida definitiva para la próxima semana; pero pasaban las semanas y los viajeros continuaban concurriendo religiosamente a las reuniones vespertinas del hotel. El más desesperado por salir, era, al parecer, don Enrique Pérez, el maestro andaluz que había llegado muchos años atrás y que, durante ese tiempo, mediante cartas angustiosas, donde pintaba la tortura de vivir en el pueblo, lograba conmovir el corazón ingenuo de sus familiares haciéndose enviar el dinero necesario para el retorno a España. Llegó a viajar un día; el grupo despidió acongojado con toda clase de

manifestaciones, pero con cierta conformidad compensadora, algo así como si se tratase de la liberación de un alma en pena. Don Enrique montó y salió hasta las afueras del pueblo con un brío que parecía que iba a cruzar a caballo pampas, montañas y mares, pero al llegar a *La Guardia*, volvió grupas y entró, la noche, sigilosamente a Santa Cruz. Al día siguiente explicó que se había olvidado de unos papeles importantísimos, donde en forma de *memorias* describía las tribulaciones pasadas en el pueblo, pero esa misma noche bebió como él sabía hacerlo y se quedó una vez más, hasta el próximo envío de dinero para los pasajes.

Cuando se hallaba en la cúspide de la borrachera, le vino en forma imperiosa ese deseo de *abrir el corazón* que les viene a todos los ebrios y le dijo a uno de sus amigos que lo acompañaba en la bebendurria:

—Mira, chico, yo tengo que decirte una verdá mu gorda. Santa Cruz es una tierra mu grande; aquí er hombre es mal hombre que ,In ningun lao; vive pa' lo que er hombre ja zio hecho: pa' dale gusto ar cuerpo. Mira, chico, yo estoy aquí de *paso* desde haze veinte años, pero no me pienzo mové de aquí, porque creo que pomá que ande no hayaré jamá una tierra mejó que esta... Y una cosa má, toas esos que tú ves ayí, piensan lo mismito que yo pero no tien, corno yo, la valentía de decirlo...

Chaves, que era uno de los pocos cruceños que frecuentaban el grupo, reía en ese momento de las ocurrencias del colombiano profesor de literatura, cuando llegó Toledo y le llamó desde la puerta; luego juntos salieron del hotel en dirección a la plaza.

Era domingo y había comenzado ya la retreta. Las veredas de la plaza, ancha y cuadrada, estaban repletas de paseantes. Junto a los bordes interiores, desde muy temprano, las criadas habían colocado las espaciosas poltronas que debían ocupar las *mamás* y las abuelas. Allí estaban sentadas, ojo avisar a las hijas y a las nietas, dolía Carmen, doña Olinfa, doña Mercedes y cien otras, exhuberantes matronas que, gravemente, hablaban de los acontecimientos caseros, mientras las niñas, en alegre y bulliciosa bandada, daban vueltas y más vueltas, infatigables, bellas, armoniosas, con sus claras y vaporosas vestiduras. Desde un pequeño kiosko, una banda amenizaba el clásico paseo dominical. Los músicos cumplían heroicamente un estruendoso programa de tangos, valeses, polkas y mazurkas, bajeados por un bombo monótono y retumbante. Las veredas interiores estaban destinadas al paseo de la gente del pueblo. Las *cunumis*, brillantes los ojos sensuales atisbaban por entre la tupida arboleda que cubría la plaza, a los paseantes de las veredas exteriores, encandilladas con el lujo de las niñas o a la apostura de los *niños*. De vez en cuando éstos hacían una furtiva incursión al centro de la plaza y allí concertaban con ellas un encuentro *para después de la retreta*. En un banco largo un grupo de *vecinos notables* deliberaba sobre los magnos destinos del país, sin que ésto les impidiera, naturalmente, recrear la vista con las bellas formas de alguna morena garbosa. La noche era calurosa, el aire estaba inquieto, perfumado, como un bálsamo de trópico, la gente continuaba su paseo girando, infatigable, como un enorme círculo humano.

Toledo y Chaves tomaron por la acera que corre frente a la Catedral y marchaban conversando quedamente:

—Si he de serte franco, debo decirte que yo presentía este resultado y por eso no te acompañé —me da pena este don Juan— comentó Chaves después de que Toledo le comunicó lo hablado con Bravo aquella tarde. Pero creo que has hecho bien en conformarte. Pobre hombre; es digno de lástima. Si esa es efectivamente su situación, de allí a la miseria sólo le queda un paso. ¡Qué pena da ver caer a un hombre que fue tan rangoso como él!... Pero eso tenía que suceder: era un agricultor muy nuestro, de esos que hacen agricultura en el campo sin moverse de la ciudad...

Toledo callaba. Ya no era eso lo interesante para él sino la realización de su proyecto de vender "Las Abras" y el poco ganado que quedaba para viajar cuanto antes. A Chaves le pareció muy buena la indicación de don Juan y aprobó la idea de Toledo de visitar cuanto antes a Marañón para proponerle la venta del establecimiento.

—Creo que debes preocuparte porque don Diego *para poco* en el pueblo..., me parece haber oído decir que ha llegado o está por llegar del campo.

—Mañana mismo estaré en su casa —afirmó Toledo decidido.

En ese momento llegó como una avalancha un grupo de jovencitas; todas iban cogidas del brazo ocupando los diez metros de ancho que medía la vereda. Los amigos cedieron el paso y cuando se disponían a reanudar la marcha, tropezaron con doña Concha que, acompañada de sus tres hijas, paseaba orondamente en dirección contraria. Ella obsequió con la más amable de sus sonrisas a Toledo, al par que Alicita se sonrojaba de satisfacción. Toledo saludó a todas muy

cortésmente pero aprovechó la providencial llegada de un nuevo grupo que se acercaba como un turbión, para distanciarse de la familia Morales. Al llegar a la esquina, y antes de que las Morales completasen la vuelta, propuso a Chaves que le acompañase a su alojamiento.

En el reloj de la torre dieron las nueve. Los amigos tomaron una diagonal de la plaza y, al llegar al extremo, cruzaron la calle.

La banda arremetía briosamente a los compases de una mazurka y las Morales, imperturbables, continuaban dando vueltas y más vueltas. Alicita abría los ojos enormes, interrogantes, esperando anhelante la aparición de Toledo.

VI

—¡Hola, Alberto!... ¡Oué bien has hecho en venir! No tienes idea de lo que me aburren estas horas mortales de la siesta...

Chaves tomó asiento mientras respondía como explicando:

—Hombre, pasaba por aquí y, viendo entornada la puerta, pensé que te hallabas en casa. Y ¿qué has hecho en la mañana? ...¿Encontraste a don Diego?

Toledo movió la cabeza negativamente.

—No; no está acá -respondió sin poder disimular un gesto de fastidio—. Recién llegará dentro de una semana... Yo había pensado viajar a "Los Troncos" para hablar con él, pero me dicen que tampoco está allí; parece que anda por Chiquitos comprando ganado... ¡No hay más remedio que esperar!...

Chaves arrojó la colilla del cigarro que acababa de fumar y, observando de reojo a su amigo, creyó notar en su rostro cierta expresión de tedio.

—¡Hombre! —exclamó, socarrón—, parece que echas de menos, tu vida de Buenos Aires. Te sucede exactamente lo que a mí, a raíz de mi regreso; yo también noté la diferencia entre la vida que se hace en esa gran ciudad y la nuestra; pero después de algún tiempo, debo confesarte ingenuamente que he llegado a no extrañar nada.

Toledo disimuló un gesto de duda y Chaves continuó, apasionándose por grados:

—Esta vida nuestra, tranquila y fácil, acaba por reconquistarnos completamente. Aquí, lejos del bullicio, casi totalmente aislados del mundo, vivimos buenas horas de calma de una existencia sin sobresaltos. Luego, este pueblito tan particular, tan nuestro, con todos sus defectos y todas sus cualidades, lo llevamos tan metido dentro de nosotros mismos que forma, casi podríamos decir, parte integrante de nuestra personalidad. Yo, recién a mi vuelta, he podido pesar lo que significa el cariño por todo aquello que nos ha rodeado en la primera edad. Cada persona, cada cosa, parece que estuviera relacionada íntimamente con algo de nuestra vida; que hubiera contribuido a formar nuestro carácter; a modelar nuestros sentimientos y hasta nuestra manera de pensar. Por eso es que nosotros, los cruceños, a pesar de tener en la sangre algo de nómadas, nunca abandonamos la idea de volver al terruño; y por más lejos que nos encontremos de él, ya sea en una gran ciudad o en un pueblo bello, ya sea por obligación o por placer, experimentamos siempre la sensación de hallarnos de paso, en un viaje de circunvalación, cuyo punto de partida y de llegada es, indefectiblemente, Santa Cruz. Una vez aquí, sin sentirlo, nos vamos despojando de aquellos refinamientos que insensiblemente se adquiere en los países grandes y entramos a vivir, contentos, esta vida nuestra, patriarcal y sencilla, donde nuestro espíritu y hasta nuestro organismo, se acomodan como en su propio estuche... ¡A tu tierra, *camba*, es, sin duda, frase de gran filosofía!...

Algunos golpes dados a la puerta, cortaron esta conversación obligando a los amigos a volver la cabeza.

—¡Adelante!—dijo Toledo secamente.

Por la puerta, semiabierta, asomó un rostro pálido, casi cubierto por un sombrero alón.

—¿Vivirá aquí don Carlos Toledo? —preguntó el desconocido, sin decidirse a franquear el umbral.

—Adelante, amigo —insistió Toledo—. ¡Yo soy!

Entonces el joven escuálido avanzó unos pasos y, ceremoniosamente, puso en manos de Toledo una hoja de papel, cuyas dos carillas llevaban visibles escrituras.

Toledo echó un vistazo al pliego y luego lo pasó a Chaves, sin comentario.

Este, después de ojearlo ligeramente, exclamó:

—¡Ah!, es la lista para la manifestación que le dan a Cuéllar... Acaba de llegar de La Paz y esta noche le ofrecen una comida, sus amigos personales y políticos. Vos estás en la lista; hoy al dar mi cuota vi tu nombre, pero me había olvidado de avisártelo...

Toledo guardó silencio un momento y luego, echando mano de la billetera, preguntó al muchacho cuál era el importe de la cuota.

—Doce billetes, señor —respondió éste con cierta fruición.

—Ahí tiene, cóbrese...

Cuando el jovenzuelo pálido y flacuchento, que se ocupaba de recoger cuotas para aquel banquete, hubo salido, Toledo preguntó a su amigo:

—¿De manera que Cuéllar se ha metido a político?

—Sí, hombre... y con bastante éxito, recordarás que, desde el colegio, el pobre Cuéllar *no echaba cancha* y que hubo de retirarse sin cursar ni siquiera el bachillerato. Después lo vi, al cabo de algunos años, atendiendo los negocios de su padre que, como recordarás, era mañazo. De la noche a la mañana, Cuéllar, se ha convertido en un político de talla y hoy viene como gerente de los trabajos electorales del Gobierno, con carta blanca para hacer y deshacer a su antojo...

—¿Pero este Cuéllar no era liberal? Creo recordar que varias veces, cuando muchacho, lo vi actuando en *mitings* y reuniones políticas de ese partido; y ahora te oigo decir que es gestor político del gobierno republicano...

Chaves sacudió la cabeza, asumiendo actitud cómicamente filosófica.

—¡Caramba! ¡Oué poco conocés nuestras *costumbres* políticas! Se nota que el alejamiento del ambiente, te ha hecho olvidar muchas de nuestras modalidades en ese orden —exclamó mirando burlescamente a su amigo—. Aquí, como en todo Bolivia, la gran habilidad política consiste en lograr el favor del gobierno. —Hizo una breve pausa y luego continuó cada vez más apasionado—. Aquí no se concibe un político experto que no sea gubernista o que no tenga probabilidades de llegar a serio. Los cuatro opositores de convicción que hay en este pueblo, son simples ilusos y la opinión los considera como elementos fracasados de antemano. A mi entender, sólo existen dos bandos definidos que intervienen activamente en la lucha política, persiguiendo un fin concreto: el bando que está en el poder y es gubernista y el bando que aspira ser gubernista, cuanto antes. Los del primero, vigilan celosamente a fin de evitar que los del segundo, entren a gozar de las sombras reconfortantes de la situación; y éstos que, por lo general se hallan afuera por fuerza de las circunstancias, permanecen atentos atisbando el momento oportuno para pasarse al gobierno con *camas y petacas* y desplazar, a su vez, a los que antes estaban arriba. Para la exportación los que están abajo se presentan como fuertes opositores pero, por bajo cuerda, mandan hacer toda clase de proposiciones al gobierno y, si ellas llegan a ser aceptadas, se convierten de la noche a la mañana en los más decididos defensores del régimen que antes execraban. y así, alrededor de esta idea práctica de predominio se desenvuelve intensamente, gran parte de nuestra actividad política. Cada intriga que prospera, cada infamia que se consuma, es un triunfo para el bando que la ha concebido y determina la pericia de sus dirigentes. Las ideas y hasta los hombres, son cosas secundarias: éstas no las reclama nadie y aquéllos se improvisan por montones, cuando las circunstancias así lo exigen. El móvil central, la idea matriz y motriz, es el mando, el predominio absoluto y exclusivo de un grupo. Y es así que, cuando un político de los nuestros ha llegado a conseguir que el gobierno central le entregue lo que aquí se llama gerencia de los asuntos políticos, es hombre que ha triunfado y que ha demostrado alta pericia y mayor sagacidad. Entonces, como por encantamiento, desaparece la mitad de sus malquerientes, y la otra mitad de sus detractores, guarda prudente silencio. Puede aquél ser pillo, ignorante y perverso, pero por obra y gracia de su posición, todo se disimula en el momento; y alentado por cierta impunidad que le otorga el poder ejercido a discreción, surge el caudillejo mezquino, ebrio de mando, arbitrario y vengativo, que forma su camarilla a base de parientes y allegados; implantando una nueva dinastía que, desenfrenada, se lanza al asalto de los cargos públicos como una horda famélica. Pero desgraciadamente, para nuestros políticos, estas situaciones, como todo, son transitorias, de entre sus mismos correligionarios y paisanos, surge la guerra sorda y persistente. Se revelan nuevas aspiraciones; se incuban nuevos caudillejos que ven en el que está arriba, un obstáculo para sus pretensiones. Se combate entonces al caudillo subterráneamente, con sana; después se le presenta batalla de frente. Y comienza el pugilato vergonzoso: intrigas por un lado, bajezas por otro. Unos para derribar, el otro para sostenerse. Al fin, ya sea porque el hombre se ha gastado o porque las intrigas de entretelones han surtido su efecto, cae el político; y al volver a su pueblo, contrastando con los tiempos en que se hallaba en su apogeo, muy pocos le visitan, muy pocos le sonrían como antes, cuando podía otorgar favores; nadie le adula ni le hace creer, ya, que es un gran hombre; sólo le rodean los de su casa y uno que otro amigo leal. Los periódicos locales, que antes le dedicaban jugosas columnas de prosa barata, hoy gracias si dan

la noticia de su llegada en las cuatro líneas del social. Y hasta sus defectos son criticados con menos tolerancia; salen a luz nuevamente en las tertulias, corregidos y aumentados, quizás por todo el tiempo que han tenido que guardarse en reserva... ¿Qué error tan grande ha cometido este hombre que así se le recibe? ¿Qué delito tan monstruoso debe purgar para merecer tanta inclemencia de sus mismos paisanos? El error de haber perdido el favor del gobierno; el delito de haber caído, de no haber sabido agarrarse con *uñas y todo*. Por eso es que nuestros políticos, salvo contadísimas excepciones, pasan por todos los vejámenes, soportan todos los desaires, cometen todas las traiciones y transfugios imaginables, para conseguir el mando y luego mantenerse en él, para no perder la influencia que les da el mandatario, para poder conservar, halagando su vanidad criolla, la condición de hombre puédelotodo, y recibir el vasallaje reverente de buena parte de nuestra población burócrata por imperio de la necesidad. Y así van pasando nuestros políticos, uno a uno, como muñecos que la suerte de un momento levanta y la adversidad de otro descabeza...

Chaves se había levantado de su asiento y se paró frente a Toledo que le escuchaba en silencio.

—Cuéllar es uno de esos hombres —prosiguió implacable—. Sin lastre, sin preparación, sin probidad, se ha encaramado merced a las facilidades que presta nuestro ambiente político, donde no es indispensable atesorar cualidades, y donde más resultado presta la *viveza natural* que la inteligencia o el estudio... Vamos, hombre, al banquete de esta noche. Son divertidas estas comilonas... hay en ellas tipos interesantes.

Toledo replicó, indeciso:

—Hombre, yo no sé hasta qué punto me tocará asistir a esa manifestación. Vos sabés que yo soy extraño a toda actividad política, por lo mismo que no vivo aquí y porque por otra parte, muy poco me interesan estas cosas... Además, nunca he sido íntimo de Cuéllar; si bien es cierto, él ha estado aquí a dejarme una tarjeta, pero...

Chaves interrumpió dispuesto a vencer los escrúpulos de su amigo:

—La faz política es lo de menos; no te preocupés de ella. Precisamente, con el objeto de reunir un número apreciable de manifestantes, se *acarrea* al que se puede... ¡Ni los gringos se salvan!... Vamos, hombre..., siempre será mejor que acostarse a dormir temprano.

VII

El banquete debía realizarse en el hotel de Laura. Su dueño, un italiano bonachón establecido en Santa Cruz desde hacía algún tiempo, era práctico en materia de comilonas políticas. Desde su viejo mostrador, frente a los estantes atiborrados de botellas, el buen Laura había espectado filosóficamente, durante años y años, el desfile de la caravana política. ¡Nadie, como él, conocía la historia! ¡Nadie como él sabía lo efímero que es el auge o la popularidad! Había visto surgir y caer a muchos políticos en el corto intervalo de pocos meses; había contemplado el esplendor fugaz de los hombres de la situación, breve como la vida de las mariposas; los había visto radiante entre el humo de la adulación y luego tristes en la soledad de la caída. En su patio ancho y fresco, al calor del entusiasmo alcohólico, habían retumbado vítores para muchos ídolos del momento que hoy ambulaban por las calles, solitarios y pensativos. Conocía a todos los que acostumbraban a concurrir a los banquetes políticos, que invariablemente, eran los mismos ochenta, los eternos acompañantes... A la hora de los discursos, cuando la sinceridad de la adhesión a los políticos se manifestaba en frases rimbombantes, una sonrisa indefinible iluminaba el rostro resplandeciente y bonachón del italiano, que balanceaba la cabeza significativamente, como quien sabe de antemano, lo que allí se diría... Y, cuando alguno de los pocos amigos entusiastas, que a nadie le faltan, se acercaba al hotelero, y en un rasgo ingenuo de expansión le preguntaba:

—Y, ¿qué le parece, amigo Laura?..

El excelente don Juan Laura, asumiendo una actitud de profunda convicción, mientras se secaba las manos, en el delantal barcino, le lanzaba la piadosa mentira:

—*¡Ma, cuesto sí que e popolare, da vera!*

Y tornaba pensativo al trabajo de descorchar botellas y lavar vasos, para los tumos que arreciaban, entre los *vivas* y *bravos* que mareaban dulcemente al agasajado.

Cuando Toledo y Chaves llegaron, había mucha gente en el patio. Algunos manifestantes, para ganar tiempo, tomaban aperitivos junto a las mesitas colocadas bajo los corredores; otros, parados en un ángulo del patio, formaban corrillos mostrando los blancos chalecos almidonados o las colas voladoras de los *fracs* de corte antiguo. Hasta ese momento se notaba muy poca

animación; había allí ambiente de velorio. En un rincón, la banda se despechaba con un tango gemebundo.

Carlos Toledo cruzó algunos saludos con antiguos conocidos y fue presentado a otros concurrentes. Chaves permanecía a su lado, observando, con cierta indiferencia, el continuado llegar de los manifestantes.

Toledo le habló quedamente:

—Pero, ¿cómo se explica que en pueblo tan pobre como éste, concurra tanta gente a los banquetes?.. ¡Parece que, realmente, Cuéllar es popular!

Chaves, sonriente, replicó.

—Estos banquetes son el peor termómetro para medir la popularidad de un político. La mayor parte de las personas aquí presentes son, como yo, funcionarios públicos que vienen por agrandar al dirigente, por temor de que se les considere adversos su política, si no lo hacen; lo que en pocas palabras significaría pérdida del empleo. Todos ellos, o en su mayor parte, asisten estas comilonas con dolor en el alma, sacrificando parte aprecia! de sus exiguos y mal cobrados haberes...

—Pero esto es una barbaridad... ¿Y son frecuentes estas manifestaciones?

—A veces asumen caracteres de epidemia. Hubo un año que los funcionarios públicos, de todos los ramos, tuvimos sacrificar la mitad de nuestros sueldos de un mes, en aras popularidad de un político...

—¿Pero no hay quién proteste?.. ¿Quién se rebele contra farsa y esa exacción?.. ¿Es decir que por conservar un puesto rentado hay que someterse a esto?.. La mayoría de estos hombres son jóvenes; ellos pueden buscar otro trabajo...

—Pero, ¿qué puede hacer nuestra juventud aquí sino aspirar a un cargo público? Ya me ves a mí; estudié para veterinario y ahora, por falta de ocupación, debo pasar clases de primaria. ¡No hay remedio! Somos un pueblo sin industrias, sin medios de vida; agonizamos entre estas riquezas fabulosas de nuestro suelo que sólo mueven las rimas de nuestros poetas, los discursos de sobremesa y los escritores de todos los cagatintas de Bolivia, el 24 de septiembre...

Algo debió ocurrir en dirección a la puerta, porque todos los presentes volvieron la mirada y los que se hallaban sentados junto a las mesas, se pusieron inmediatamente de pie. Toledo, intrigado por la curiosidad general, hizo un gesto de interrogación a su amigo.

—¡Es Cuéllar! — le advirtió Chaves.

Cuéllar cruzó el patio, lentamente, como contando los pasos. Tenía dentro de cierta expresión radiante, algo de solemnidad teatral y mucho de emoción, que él procuraba dominar, a toda costa, tras una sonrisa persistente y forzada.

El *frac* le incomodaba algo, pero él hacía lo posible para imprimir la mayor soltura a sus movimientos y demostrar que estaba habituado a llevarlo. Acercose y comenzó a saludar, una por una, a las ochenta personas allí reunidas. A todos les estrechaba la mano, mientras pronunciaba, sacramentalmente, algunas palabras de cortesía.

Cuando llegó al lugar donde se hallaban los amigos, saludó a Toledo con especial deferencia. Había sido compañero de don Venancio de quien, en más de una ocasión, recibió ayuda cuando comenzaba sus trabajos.

—¡Cuánto me alegra el verlo aquí, amigo Toledo! Yo recuerdo siempre a su padre, pues le debía muchos servicios; y espero que el hijo llegue a ser tan buen amigo mío como lo fue el padre. Ya sabe que me tiene a su disposición para lo que guste.

Toledo agradeció el ofrecimiento con frases triviales, pero no dejó de impresionarle bien la llana sinceridad de Cuéllar, que borraba algo de la prevención con que le había mirado hasta ese momento.

La banda, como para infundir un poco de ánimo, rompió con una marcha brillante. Los copetines menudearon y hubo brindis anticipados por la prosperidad de Cuéllar. Uno de los concurrentes, celebrado por su ingenio *chispeante*, arrancó algunas carcajadas forzadas entre un grupo de profesores que querían sugestionarse y, hasta convencerse, de que estaban alegres. De otro grupo, partieron algunas voces altas que quebraron el frío de los primeros momentos, anunciando que el espíritu de los copetines, había conquistado ya algunas cabezas...

El negro Moncada, cocinero muy vinculado también a estas manifestaciones políticas y gran conocedor del paladar de los habitúes, se allegó al que, al parecer, era el iniciador de la fiesta susurrándole al oído algunas palabras, que éste, a su vez, transmitió casi en secreto al manifestado y, todos, se pusieron en marcha en dirección al comedor.

Las mesas largas cubiertas de manteles no menos largos, se hallaban adornadas por guías perfumadas de flores. Las botellas de vino se enfilaban en rigurosa línea recta, haciendo guardia, frente a los platos de mayonesas ya servidos. El salón era grande y desmantelado. Las

paredes enjalbeladas, desprovistas de todo adorno, severas y frías, ostentaban, junto a la cabecera de la mesa, un cartelón de propaganda política, en el que podían distinguirse los retratos de los candidatos a la presidencia y vice de la República, bastante rejuvenecidos. Bajo el auspicio de aquellas imágenes debía colocarse Cuéllar. Los otros manifestantes buscaron su ubicación por las tarjetas que se hallaban recostadas junto a las copas.

Chaves, más práctico, encontró pronto su asiento y el de Toledo. Por suerte los separaba un solo sitio y fue posible hacer un cambio disimulado, que les permitió sentarse juntos.

Moncada se movía como una lanzadera, expidiendo platos a diesta y siniestra.

Estaban en el cuarto número del *Menú* que en estos banquetes lo constituían siempre los espárragos en conserva. Los brindis de la mesa se pronunciaban en forma virulenta. Desde los extremos de la mesa se enviaba tarjetitas al homenajeado, invitándole a brindar. Este buscaba a los invitados y levantaba su copa, solemnemente; por lo general, una larga fila de *simpatizantes se plegaba espontáneamente al brindis*.

El menú cerró con broche de oro: *un bife a caballo* jugoso y reconfortante. A los postres se oyó un golpear cristalino de cubiertos sobre las copas. El ruido venía desde la cabecera y significaba, algo así, como un llamado al silencio. Los comensales callaron y la banda suspendió la ejecución alevosa de un valse viejo. En medio de un silencio, casi solemne, se levantó el Prefecto del Departamento, a quien, seguramente con el propósito de dar mayor realce al acto, se le había confiado la misión de interpretar los sentimientos de los manifestantes.

Era la Primera Autoridad un militarote de aquellos que, periódicamente, llegan a Santa Cruz, cuando los gobiernos quieren arreglar la situación política de ese pobre pueblo. Por regla general, vienen estos Prefectos a sentar fama de valientes y temerarios. El que nos ocupa, pertenecía a esa clase de militares que no faltan en ningún ejército y que convierten el uniforme de los defensores de la patria en vulgar librea, donde cada estrella y cada botón, puede hablar de claudicaciones y de infamias. Por ironía, allí lejos de la frontera, entre civiles pacíficos, estos fanfarrones se convierten en insoportables tiranuelos, beodos e inconscientes. Faltos en absoluto de esenciales normas de educación, carentes de cultura, creen acertar implantando el rigor de los cuarteles; atropellando las leyes y desconociendo todos los derechos; pasan la vida muellemente, sin que la administración pública reciba el impulso inteligente de alguna iniciativa y, mientras todo se desquicia, ellos se dedican a conquistar alguna *cunumi* hija de *doctor en cocinera*. Después, cuando el pueblo ya no los puede aguantar y el gobierno, compadecido, los retira, vuelven a su tierra; y en rueda de amigos, entre copa y copa, como si regresaran de algún país selvático, de leyenda, cuentan sus hazañas, las que terminan con la invariable frase: *les senté la mano a los crucos*. Y, a guisa de postre, entre sonrisas y guiños, dan a entender que además, libraron con éxito muchas batallas de amor...

Corto de alcances, el señor Prefecto, no se animaba a improvisar; ni siquiera a recitar de memoria. Leyó, pues, su discursito con alguna dificultad, entregándolo a la fuición de los comensales. A cada pausa que hacía para tomar aire, los funcionarios públicos que le rodeaban, creíanse en la obligación de aplaudir o golpear la mesa en serial de aprobación. Así pasaron todas las vulgaridades perjeñadas por el orador entre la *calurosa* conformidad de los concurrentes, muchos de los cuales habían sudado tinta ante el tartamudeo persistente del coronel. Al terminar, jadeante por el esfuerzo realizado, pidió que le acompañaran a levantar la copa por la ventura personal del agasajado. Cuando tomó asiento, sudoroso y rendido, recibió un tierno apretón de manos que le daba Cuéllar en prueba de gratitud, al par que de todos los extremos, se levantaban las copas para brindar con él, en señal de aplauso por la hermosa pieza oratoria que acababa de pronunciar.

Después de algunos minutos, el *manifestado* se puso en pie para agradecer.

Cuéllar no era intelectual ni mucho menos; y esto lo reconocían hasta sus parientes más cercanos. Todo su bagaje consistía en los seis años de primaria, recorridos como para salir del paso. No tenía tampoco entrenamiento para hablar en público. Alguien afirmaba que las únicas veces que se le había oído *hablar fuerte* era cuando arreaba ganado con destino a los manazos de la localidad... Este momento de la respuesta al ofrecimiento era, sin duda, para él, un momento azaroso. Por suerte, en uno de sus viajes a La Paz, había enriquecido su modesta biblioteca con un librito que contenía cien discursos para todas las circunstancias de la vida. De allí tomó los elementos y compuso, introduciendo algunas variaciones, el que debía servir para pasar el trago amargo de aquella noche. Comenzó por agradecer la manifestación con que inmerecidamente, según él, se le obsequiaba y, aunque en esta introducción le flaqueó algo la voz, no se desanimó y continuó leyendo hasta el fin, seminconsciente, pero no hasta el punto de dejar de sentir cierta sensación de vértigo, algo así como si el suelo cediese bajo sus pies. Algunos vicios de pronunciación pasaron inadvertidos ante la bulla producida por los aplausos y los golpes de

aprobación sobre las tablas de la mesa que, esta vez, se repetían con mayor frecuencia debido a que el discursante hizo más pausas de las necesarias. Al tomar asiento, el Prefecto le estrechó la mano con expresión de simpatía y, seguramente, por sentimientos de afinidad intelectual.

Con algunos brindis más, café y cigarras, terminó el banquete. Toledo creyó llegado el momento de retirarse. Al salir al patio, sobre las mesitas que había bajo los corredores, se enfilaban las botellas de cerveza que Cuéllar había hecho poner para retribuir el agasajo.

Yo creo que ya podemos marcharnos —susurró a su compañero.

—Como te parezca —asintió Chaves—, nada me ataja aquí...

Los amigos se escurrieron por el zaguán y pronto se hallaron en la calle. Toledo respiró el aire puro a bocanadas. La luna brillaba magníficamente en aquella noche clara, extendiendo su luz blanca y suave sobre la calma absoluta del pueblo dormido. Del reloj de la torre volaron diez campanadas rítmicas, largas y sonoras. La Plaza estaba desierta. Una brisa débil mecía la copa de los árboles, agitando mansamente las hojas que caían tapizando el suelo. Toledo y Chaves cogieron por la esquina de la Catedral, Chaves fue el primero en hablar.

—¿Y qué te ha parecido la fiesta?

Toledo se limitó a sonreír y evadiendo la respuesta, exclamó:

—Bueno... y ahora, ¿adónde vamos?

—Hombre, yo todavía no tengo ganas de acostarme —afirmó Chaves.

—Pero entonces, ¿qué podemos hacer?

—¿Te animarías a ir a un *buricito*? Me han convidado esta tarde y creo que pasaríamos allí un buen momento... Hoy estas cosas no son frecuentes y hay que aprovecharlas...

Toledo vaciló antes de responder y, como para disculparse, objetó:

—Pero a mí no me han invitado... ¡Cómo voy a ir!...

Chaves, a quien las copas habían comunicado bastante entusiasmo, insistió con ánimo de allanarlo todo:

—Mirá, aquí como vos sabés, no se requiere invitación expresa para estas cosas; venís conmigo y nadie extrañará. Todo lo contrario, nuestra gente en eso no ha variado; es siempre la gente hospitalaria de antes, y se complace en cultivar nuestras amistades... y si, sobre eso, se trata de un recién llegado, mejor todavía... Vamos... ¡Anímate, hombre! Es aquí cerca, en *Las siete calles*...

La bebida operaba también en el ánimo de Toledo, que pronto se sintió inclinado a aceptar la proposición de su amigo y, juntos, se encaminaron en la dirección indicada. Al cruzar una esquina pudieron escuchar, claramente, el rítmico golpear del bombo y, traídas por la brisa, a ratos, las armonías de una banda.

VIII

En el barrio de *Las siete calles* se notaba, desde muy temprano, gran animación. Aquella noche se bailaba en casa de Zora Abrego. Esto había puesto en movimiento a todas las comadres y vecinas que comedidas, ayudaban afanosas en los preparativos de la fiesta. Antes del atardecer estaba ya terminado el acarreo de muebles y enseres. Las *cunumis* y los *muchachos* trajinaron todo el día infatigables como hormigas: unas con una silla en la cabeza otros cargando un sofá desvencijado y aquéllas con un panacú lleno de copas de todos los tamaños y colores, prestadas por las relaciones *pueriles* de la casa. Cuando estuvo todo ordenado Zora esparció una última mirada sobre la sala. Por entre sus labios frescos asomó una franca sonrisa de satisfacción.

Era una real hembra cuya majeza había revolucionado muchos corazones en el pueblo. Tenía en su tez el dorado reflejo de la arena tibia y en sus ojos enormes, verdes como el follaje de las palmeras tiernas, alumbraba una llama de hechizo indefinible. De niña, por sus ojos claros y la pureza de sus facciones, la llamaban la *virgencita*. Más tarde cuando moza, ese nombre se trocó por el de la *Virgen de las siete calles*, en aquel barrio donde ella reinaba soberana, por su belleza extraordinaria. Su vida era como la vida de todas ellas. A los dieciséis años, había caído sin cariño por el hombre que la hizo suya; urgida por una tía que recibió el dinero. Después de comprarla, su amante, la esclavizó y la ultrajó. Nunca sintió en sus brazos amor ni placer. Se entregaba con la conformidad, más bien, con el fatalismo de lo irremediable. El era brutal, torpe en el acto carnal. Irritado por la fría indiferencia de esta mujer que consideraba algo así como una cosa propia, se le ocurrió escarnecerla con la presencia de otras queridas y se dio desenfundadamente al vicio. Era, por otra parte, un truhán de la peor especie, fullero y holgazán, que descargaba en su compañera las consecuencias de sus malas rachas. Zora le sufrió mucho tiempo con resignación de esclava, hasta el día en que por una de sus tantas *operaciones* oscuras se vio obligado a salir precipitadamente de Santa Cruz con dirección al Beni. Desde allí, le escribía instándola a viajar:

pero ella, libre de la influencia de su amante, sin escuchar sus amenazas, se resistió a seguirle y ni siquiera respondía a sus cartas.

Esa noche celebraba, con aquel baile, su cumpleaños. Desde la fuga de su amante se sentía otra mujer; había salido del fondo a la superficie; de las tinieblas a la luz. Le embargaba el alma una violenta alegría de libertad. Como si quisiera recuperar la vida perdida, y quizá con la secreta satisfacción de afrontar al hombre que tanto la había humillado, atolondrada como una mariposa de luz, quería marearse con el bullicio, con la música, en ese instante de arrabal, donde su vanidad se sentía halagada por el triunfo y el homenaje que arrancaba su belleza.

* * *

La sala estaba iluminada por lámparas de gasolina, cuya luz blanca y fuerte hería la vista y obligaba a cerrar los ojos a los invitados que iban llegando después de haber peregrinado por las oscuridades tenebrosas de *Las siete calles*. Unas cortinas de color indefinido, endurecidas a costa de plancha y almidón, servían de rígido adorno a las ventanas pequeñas, defendidas por gruesos barrotes de madera. De los muros mal blanqueados colgaban dos o tres almanaques viejos, sin calendarios, y una que otra esterita japonesa semicubierta por media docena de postales viejas, en cuyas figuras campeaba el tema amoroso en sus más románticas manifestaciones. Sobre una mesa rinconera, entre infinidad de chucherías, se erguía una imagen de San Antonio, el beatífico *componedor* de entuertos amorosos y sempiterno refugio de solteronas necesitadas. Las sillas desvencijadas que, con algunos sillones arcaicos, prolijamente recolectados en el vecindario, componían el total del mobiliario, estaban ya ocupadas, en su mayoría, por las representantes del bello sexo que, en este caso, eran las comadres del barrio acompañadas de sus hijas, sobrinas, ahijadas, entenadas y *recogidas*. El suelo de baldosas rojas, se hallaba semicubierto por una estera de juncos, algo raída por el uso. En la puerta y en las ventanas que daban a la calle, había apiñada, una muchedumbre de curiosos: eran los *mosqueteros*, terror de los malos bailarines que les temen más que a las viejas mironas.

En la sala el aire se tornaba pesado. Se respiraba una atmósfera picante, mezcla de olores de perfumería barata, polvos y sudores. Hasta ese momento el silencio era casi absoluto; diríase que había allí reunido un congreso de mudos. Las mujeres se hallaban poseídas de una seriedad embarazosa. Dos jovencuelas cuchicheaban y miraban de reojo a sus vecinas. De vez en cuando se oía el sordo murmullo de las comadres que iniciaban la chismografía. Los hombres no se animaban a entrar aún. Algunos estaban parados, como estatuas, en el vano de las puertas que daban al patio y parecían preocupados en hacer el balance de caras bonitas. Otros, desde las ventanas interiores, cruzaban miradas significativas con alguna hembra garrida; y los más se posesionaban de la cantina donde iban en busca de un *traguito* para hacer acopio de valor.

En el patio angosto y oscuro, los músicos se aprestaban a entrar en funciones.

La comadre Rosa, a título de vecina más próxima, ayudaba a lora haciendo los honores de la casa. Lo absorbía todo hasta el punto de creerse dueña de la fiesta. Se deshacía en atenciones con los concurrentes y sonreía a diestra y siniestra, mostrando la relumbrante calzadura de oro, del único diente que se erguía ufano en el interior de su boca desolada.

—A ver, Leoncio... decile a Pancho que meta algo a la sala pa' alentar la confianza que aquí están todas muy heladas y llenas de etiquetas...

—Pero, comadre Rosa... ¿qué dice usted? Nosotras estamos bien... no se moleste... Las *heladas* son estas chotas que están haciéndose aquí las *tiernitas* y las asustadas... cuando son capaces de *comerse al tigre*...

—Molestia no es, doña Mica... y le voy a ser franca, mejor es que *saquen la servesa* ahora mismo porque de no, se la acaba Félix... Ya lo he visto prendido de la *cantina* y usted sabe que ése es como esponja pa' la bebida...

Siempre *chupao* el badulaque ese, ¿no?.. Ahí la he visto a su mujer *mirándole bonito* a Rafael...

—Calle, comadre; no me lo nombre a ese otro pa' nada, que yo no sé quién lo habrá envitao... Figúrese que ahora me está persiguiendo a la muchacha y no me la deja ni a sol ni a sombra... Ya le he dicho a Matilde que ni lo mire siquiera... A lo mejor me lo va a espantar a don José que es un buen partido... Por eso en cuanto lo vi al *zarandaja* ese, la llevé a dormir...

—Sí, pues, me extrañó no verla aquí, a ella que le gusta tanto el baile...

Los sonoros toques de la banda que preludiaban una *cuadrilla* interrumpieron el curso de tan sabrosa confidencia.

Había llegado para los *caballeros* la hora de actualidad. Rápidamente se calzaron bien el saco, se alisaron los cabellos e hicieron irrupción en la sala en compacto bloque. Las jóvenes

estaban impacientes. Por los rostros paliduchos pasaban ráfagas de preocupación. ¿Cuántas y quiénes serían las *planchadoras*?

Los hombres hacían derroche de ceremonia. Las genuflexiones se multiplicaban y cada cual tomaba su pareja, joven o vieja, linda o fea, según la suerte o la oportunidad de llegar primero.

La *cuadrilla* es la danza con que, invariablemente se inicia el baile. Es la nota de *tono* que, a la vez, sirve de refugio a los malos bailarines y a los viejos achacosos, cuyas enmohecidas osamentas ya no resisten a las agitaciones que proporcionan las endiabladas danzas modernas.

Todos los bailarines se esforzaban por imprimir el mayor donaire a sus movimientos. Las jovencitas desplegaban los encantos de su gracia rústica y procuraban mantener un equilibrio y una soltura que les dificultaba unos zapatos demasiado anchos o demasiado apretados. Las viejas y las feas que no habían logrado su príncipe azul, se desquitaban murmurando sañudamente desde sus asientos.

—Mirá esa *janucha*, parece que se ha colgao las cortinas del Altar Mayor de la Catedral... Así que jamá he visto peor gusto pa' vestirse... ¡Dios mío!

—Su verdá, doña Petrona... estas *peladas* de ahora son puro colgandijo.. prefieren disminuir el *locro* pa' aumentar los trapos... Así están también de *amarillas*... Mírela a esa pobre Engracia que apenas puede con los zapatos... parece que estuviera pisando güevos...

—Si pué, doña Francisca; esa es de las de *domingo taco, lunes talones*...

Una vez terminada la *cuadrilla*, las parejas dieron algunas vueltas a paso calmado y después, sin despojarse de la solemnidad que exigían las circunstancias, los hombres acompañaron a las mujeres a sus asientos y luego abandonaron precipitadamente la sala, en bloque, como habían entrado. En los *buris*, hasta que el licor no les infunde coraje, los mozos, generalmente, no se juntan con las mujeres hasta el momento preciso de bailar.

Un muchachón roto entró con una ancha bandeja repleta de pequeños vasitos llenos de un líquido blancuzco. Era el clásico *ponche de leche*, bebida dedicada al paladar de las mujeres que lo ingirieron en un solo trago, haciendo chasquear la lengua.

Las *rondas* se repitieron y pronto la confianza se adueño del ambiente. Las voces subían de tono. Las risas femeninas se mezclaban con las ruidosas carcajadas que salían de las habitaciones interiores, donde los hombres bebían y se contaban los mismos viejos cuentos de color subido. El *burí* estaba en todo su esplendor.

En esos momentos llegaron Toledo y Chaves. Zara, apercebida de la presencia de Chaves, desde el extremo de la sala donde tenía su asiento le dirigió una graciosa sonrisa al par que miraba a Toledo con curiosidad, pues era la primera vez que lo veía.

—¿Quién es?—preguntó Toledo interesado.

—Zora Obrego, la dueña de la fiesta —le informó Chaves—Tenemos que acercarnos a saludarla.

Sentado junto a ella estaba Aurelio Ortiz, uno de los *guapos* del barrio, que presumía de rumboso y afortunado en amores y que la asediaba desde la partida de Juvenal Roca, el amante de Zora. Su amistad con el fullero, le había franqueado la entrada a la casa y a título de esa amistad se creía con derechos de sucesión sobre la querida de su amigo. Zora no le tenía simpatía pero toleraba con cierta indiferencia sus requerimientos que él, audaz, quería imponer a fuerza de constancia. Siempre que podía le hablaba mal de Roca; creía ganarla agrandando los defectos de su amigo y trataba de provocar su despecho narrándole mil detalles de las aventuras que había tenido con mujeres perdidas. "Sólo un canalla como él, pudo cambiarte por otras" —le dijo un día, insidioso—. "Debías vengarte de él, ahora que no está aquí y que no puede volver". Luego a manera de confidencia, añadió: "Yo conozco un hombre que lo daría todo por vos; que sería capaz de ponerte en un fanal; de quererte toda la vida como no te ha querido nadie hasta ahora". Ese *hombre* era él, sin duda.

Cuando los amigos se acercaron a Zora, Ortiz no pudo disimular un gesto de disgusto, tanto más cuanto que Chaves, espontáneo y afectuoso, abrazó a la joven al felicitarla por su cumpleaños. Toledo a su vez saludó a Zora; al tomarle la mano, la miró en los ojos fugazmente. Como no hubiera un asiento libre, los amigos cruzaron la sala y se ubicaron cerca de la puerta para seguir, desde allí, las alternativas del baile.

Toledo estaba tan impresionado por la radiante belleza de Zora que su amigo lo notó al instante.

—No sea que te vayas a rendir ante *La Virgen*— susurró con soma—. Es guapa corno pocas y muy codiciada. Sé que hay muchos tras de ella... pero ninguno, hasta ahora, lleva ventaja.

Toledo no le escuchaba; buscaba, en los ojos a Zora, hasta que cruzó con ella una mirada honda. La simpatía había nacido con la violencia de un fagonazo. La bebida tomada en el

banquete y la que ahora ingería para calmar su impaciencia, le enardecían, agrandando la extraña atracción que sentía por aquella mujer.

La banda inició los compases de un valse. Un valse viejo, dulzón, cuyos primeros acordes poblaron el ambiente de melancólicas añoranzas. Ortiz bailaba con Zora; cuando pasaron junto a Toledo, éste pudo abarcar, en una sola ojeada, aquel cuerpo magnífico, más gracioso y más sensual en los movimientos de la danza. El vestido ceñido en la provocadora curva de sus caderas marcaba, en las vueltas vertiginosas del valse, la gloria de unos muslos potentes, duros, que debían ser de seda y bronce. Ella volvió a mirarle, adormecidos los ojos verdes, desparramando embrujo.

De pronto calló la banda. Las parejas sudorosas y vacilantes ya por efectos del alcohol, buscaban asiento. Ortiz llevaba a Zora del brazo y la hizo sentar junto a él. De vez en cuando le dirigía algunas palabras. Ella le contestaba maquinalmente, preocupada, lejano el pensamiento.

En el reloj de la torre vecina, sonaron dos campanadas lentas. Chaves no se sentía bien; había bebido aquel día más de la cuenta y un dolor de cabeza persistente le oprimía las sienes. Además necesitaba levantarse temprano al día siguiente para asistir al Colegio. Vio a Toledo que, en ese momento, trataba de desembarazarse de un amigo pegajoso que hipeaba su borrachera sobre él. Se acercó tomándole familiarmente por un brazo.

—¿Qué te parece que nos vamos? —le propuso.

Toledo le respondió que deseaba quedarse un rato más.

Chaves lo miró socarrón.

—Bueno —le dijo, con retintín—. Yo me voy... mañana me contarás cómo te fue...

Toledo no respondió; apretó la mano del amigo y quedó allí junto a una ventana desde donde podía observar a Zora sin ser visto por ella.

Entre tanto la escena había cambiado de aspecto. El bullicio era atronador. Se escuchaban risas estrepitosas, palmadas, interjecciones, chocar de copas y toda una sinfonía estruendosa de juerga y desenfreno. Ahora, la mayor parte de los hombres se había quedado en la sala y cada cual, procuraba acomodarse al lado de alguna *dama*. Las actitudes amorosas de los galanes, bajo la influencia del alcohol, cobraban subidos tintes. Un borracho cruzó la sala, tambaleante, tarareando una tonada, ronco y desorejado. Desde un rincón, un entusiasta pedía a voz en cuello una *maraca*; pronto le hizo coro un grupo de hombres y mujeres que aullaban como poseídos.

El que había dado la primera voz, envalentonado por la buena acogida lograda por su iniciativa, se dirigió a los músicos que, en esos momentos, aprovechaban de la pausa para tomar un breve descanso:

—Toquen pues *Gambas* de una vez —les gritó imperativo— ¿acaso están ganando barro? Nadie le hizo caso y el energúmeno volvió a su rincón barbotando injurias.

—¡*Gambas* ladrones!

Ortiz se levantó en ese momento.

—Espérame —le dijo a Zora—. Voy a traer algo para beber.

—No me vaya a traer alcohol-le suplicó ella— que ya me duele la cabeza...

—¿Qué querés, entonces... un vaso de leche?—le dijo con chunga. Y luego comentó, jocoso—: ¡Qué delicada está hoy la *Virgencita*!

Ella no hizo caso de la burla; contrajo los labios carnosos en una mueca indolente, que tenía mucho de tedio y de desprecio.

—Si quiere me trae un vaso de *chicha* —le sugirió indiferente, mientras arreglaba sobre la pierna magnífica, un pliegue del vestido.

Cuando Ortiz, algo amoscado por la frialdad de su pareja se encaminó a la cantina, Toledo, que los observaba, se acercó a Zora. Ella palideció ligeramente. Su cabello castaño, liso y brillante, hacía resanar aquel extraño color de su tez morena, dorada como el de una virgen de bronce, en la que ponían los labios rojos un leve toque de sensualidad. Toledo, frente a ella, hizo una breve inclinación. Zora lo miró, y bajando los ojos le dijo brevemente, mientras una onda de rubor le subía por la tez satinada:

—Siéntese, don Carlos... Apegue su silla...

Ella ya había averiguado quien era, pues le interesó desde el primer momento. Inmediatamente hablaron como antiguos conocidos; un lazo invisible los aproximó desde las primeras palabras. Ella le escuchaba turbada aún, mientras él la envolvía en una vaga mirada de ternura y sensualidad.

Ortiz, a quien alguien detuvo adentro más de la cuenta, volvió a la sala después de algunos momentos, llevando orondamente una copa en cada mano. Al notar que Toledo ocupaba

su asiento, junto a Zora, palideció de despecho. Como un relámpago pasó por su caletre de *guapo* envanecido un mal presentimiento. Miró a Toledo fríamente; sus pupilas aceradas despedían destellos. Sintió deseos de volcarle el contenido de los vasos en la cara, pero atinó a disimular y alcanzó uno de ellos a Zora. Ella lo recibió displicente.

Nuevamente las voces aguardentosas pidieron a gritos, *maraca... músicos... maraca...*

Los músicos ensayaron entonces algunas escalas chillonas preludiando la tonada de aquella danza. Ortiz, que aun permanecía frente a Zora, intentó un recurso para separarla de Toledo.

—¿Bailemos esta *maraca*?—le dijo entre suplicante y autoritario.

—Esta no —le respondió apresuradamente. Y, para atenuar la negativa, ensayó una disculpa.—Estoy muy cansada.

—No importa —exclamó Ortiz, visiblemente alterado por el desaire que se le infringía en presencia del rival—. Será la otra pieza...

Zora calló sin prometer nada y él se retiró rojo, los labios temblorosos y la ira que le corroía las entrañas.

Desde ese momento Toledo no se separó de Zora. Hablaban y reían ajenos a todo lo que les circundaba. El le deslizaba galanterías que, en sus oídos ingenuos, tenían armonías de música desconocida y que la cubrían de rubor y halagaban su vanidad. En un extremo de la sala, Ortiz apuraba uno y otro trago; de sus ojos malignos, irritados por el alcohol, se escapaba un fulgor de odio. El había creído en la facilidad de rendir a Zora; frío y calculador, esperó con paciencia este momento. Soñaba con ser dueño absoluto de aquel cuerpo glorioso que deseaba con avidez libertina y, cuando parecía que iba a lograr sus propósitos, se cruzaba en su camino aquel rival y se la arrebatada.

El entusiasmo era indescriptible. Los acordes enrevesados se mezclaban con los gritos y las risotadas de los bailarines aullantes en el frenesí de la orgía. Todo el mundo estaba en movimiento; la música de la maraca, como una diabólica consigna, sacudía a las parejas en un ritmo alucinante de locura. Sólo algunas viejas abuelas cabeceaban en sus asientos, a despecho de la batahola y sobre sus rodillas, los chicuelos paliduchos llevados allí quién sabe por qué motivo, echaban un cándido sueñito en medio de tanto desenfreno.

El alcohol había conquistado también a los músicos tornándolos incansables. Nuevamente se oyeron los acordes desarticulados de la *maraca*. Otra vez comenzó a girar aquel círculo de humo ardiente, húmedo, sudoroso. Toledo, sin pronunciar palabra, cogió a Zora del brazo y enlazados, muy juntos, se lanzaron al loco torbellino de la danza. El sentía la tibieza de su cuerpo, la dureza de aquellas carnes jóvenes y en cada roce le invadía una dulce emoción voluptuosa.

Ortiz estaba hecho una noche; abismado en su despecho al notar que Zora, que le había desairado, bailaba ahora con Toledo, no echó de ver la llegada del *Coloreta* Gutiérrez. Este lo miró unos momentos, desde arriba, con sorna; fijó la vista en Zora y en Toledo; disimuló una canallesca sonrisa de satisfacción y, silenciosamente fue a sentarse al lado de Ortiz. Eran amigos íntimos, compañeros de juerga, pero ambos se ocultaban una de esas turbias rivalidades que lindan en el odio contenido y que llevan a todas las hipocresías.

—Parece que la *Virgen* ha cambiado de *devoto* —le espetó a boca de jarro, dándole una palmada en el muslo.

Ortiz no contestó. Disimulando la ira se encogió de hombros. El otro prosiguió implacable:

—Y vos, ¿qué pensás hacer? —y como notara el gesto de desaliento en Ortiz, añadió—: ¿Vas a dejar que ese *futre* se la lleve... así nomás; porque no hay un hombre que se la dispute? ...

Ortiz palideció intensamente y siguió bebiendo. La copa le temblaba en la mano. Los ojos enrojecidos vagaban sin expresión. Gutiérrez continuó echando calda:

—Dicen que ese Toledo es *juerte*, ¿no?.. —y luego, con insidia refinada, conjeturó—: Quizás vos lo hacés mejor no metiéndote con él... Total parece que lora no te hace caso...

El *guapo* miró a su amigo con odio; hubiera querido despedazarlo para cobrar la humillación que le infería. Se levantó y sin proferir palabra, ebrio de alcohol y de ira, se dirigió hacia donde estaba lora. La pareja acababa de tomar asiento y ambos hablaban quedamente. Ortiz se plantó ante ella y, ciego por el despecho, escupió un insulto:

—¡Oiga, so perra! ¿Hasta cuándo me va a hacer esperar?.. Ninguna *volantusa* se ha burlado de mí hasta ahora...

Toledo, al oír la injuria, sintió que, de pronto, una oleada de coraje le subía del fondo de todo su ser y le nublaban los ojos. Se volvió iracundo y, en un arranque magnífico de hombría, cogió al *bravo* porros brazos, zamarroneándole.

—¡Mire, so *camba* insolente; a esta mujer la respeta usted o yo le rajo el alma!

Los hombres estaban frente a frente; sus miradas se cruzaban como dos estoques. Ortiz, con un brusco movimiento, se deshizo de las manos que lo aprisionaban y, lívido por la rabia, se avalanzó sobre Toledo con intención de agredirlo. Un certero puñetazo en pleno rostro, le arrojó por tierra; la sangre le manaba a borbotones pintando viscosos lunares rojos sobre la estera sucia.

Se armó la gran trifulca. Los amigos del *guapo* vinieron prestamente en su ayuda; otros que le odiaban por presuntuoso y balandrón, se pusieron de parte de Toledo. El pugilato se tornó encarnizado, formándose dos bandos que se trenzaron en furiosa lucha. La bronca era infernal; volaban las sillas, entre las interjecciones de rabia, las bravatas de los hombres y los chillidos de las mujeres. Toledo, con la decisión pintada en los ojos, mantenía a raya a todo el que se le acercaba.

Zora, pálida como la cera, apoyada a la pared, trataba de atraerle; llorosa, le rogaba que no se expusiera. Ortiz, que ya se había levantado, se alejó vacilante y, desde un extremo de la sala, desafiaba a Toledo lanzándole las más terribles amenazas. Entretanto, el Coloreta Gutiérrez se había deslizado hacia el patio y, disimulando tras los barrotes de una ventana, contemplaba la escena con satánica fruición.

De súbito se oyó en la calle el agudo silbato de un policía seguido de un agitado trajín. La lucha cesó como por encanto y, cuando entro la patrulla, los concurrentes, hombres y mujeres, se escurrieron prudentemente. Pronto la sala quedó casi vacía. Algunos ebrios, que apenas podían tenerse en pie, fueron sacados a empujones por doña Rosa que, echándose el mantón sobre los hombros, salió también sin despedirse.

Zora se abrazaba a Toledo suplicante:

—Quédese usted... no se vaya. Son capaces de hacerle algo...

El se quedó; echaron los cerrojos a la puerta. Cuando todo estuvo en calma la besó en la boca, largamente. Al sentirla junto a su cuerpo; duros los senos erectos; toda vida y juventud; llameantes los ojos magnéticos, tuvo un estremecimiento de lujuria y quiso poseerla allí mismo, entre los restos de la orgía; pero ella, discreta, le franqueó la alcoba, pequeñita y sencilla. Entonces él la derribó sobre el lecho y la hizo suya, frenéticamente.

Afuera se oían las voces aguardentosas de algún borracho retrasado y, de tarde en tarde, lejano, el lánguido pitear de los *serenos*.

IX

Toledo esperaba con impaciencia el momento de ver a Zora. Apenas obscurecía tomaba la dirección de *Las siete calles* y al llegar a la casa, golpeaba quedamente; cuando ella le abría la puerta, él penetraba, sigiloso, como una sombra.

Zora llevaba en el rostro las huellas de aquellas noches de amor; unas ojeras profundas que delataban el ardor con que se había dado a su amante. Ella siempre le aguardaba llena de una temblorosa inquietud. Había llegado a sentir por él, en tan poco tiempo, una pasión sin límites; mezcla de admiración y de renunciamento. Durante el día no abría su puerta a nadie, esperando, ansiosa, la llegada de la noche. A veces, cavilaba pensando en Toledo; la subyugaba su apostura varonil que contrastaba con la suavidad de sus maneras, con la ternura de sus caricias. La llenaba la gratitud la estimación con que él la trataba; cosa que jamás había tenido por ella el *otro*. Sentía una ingenua vanidad por haber sabido despertar el amor de un hombre así; pero, a ratos, le invadía también un fugitivo temor de perderlo; de ver disminuido su cariño, enfriada su pasión por otro afecto. Cuando él llegaba se calmaban sus inquietudes y, al tenerlo cerca, lo sentía más suyo, más seguro.

Entonces se amaban; pero ella no se le ofrecía con el impudor de una mujer de placer; había más bien en su abandono cierta sumisión, cierto recato virginal, que purificaba el goce y lo hacía menos material. A veces, satisfecho el deseo, Toledo la atraía contra su pecho en un limpio arranque de ternura y, oprimiéndola entre sus brazos, gustábale platicar con ella; escuchar sus razonamientos simples, sus preguntas ingenuas, sus infantiles exclamaciones de asombro. Y así pasaban largas horas. Zora tenía curiosidades de niña; maravillada, le escuchaba cuando él le contaba la vida de Buenos Aires, la grandeza monumental de la ciudad, la belleza de sus paseos, la alegría de sus centros de diversión; y eran tan vehementes sus descripciones que, una vez, ella le dijo con melancolía:

—Yo creo que usted se aburre en Santa Cruz... Qué diferente es todo aquí, ¿no?..

—¡Vaya una ocurrencia!... Estando a tu lado no podría aburrirme nunca...

Zora le miró con una infantil expresión de gratitud y él, cogiéndole las manos, la contempló con cariño y, como si quisiera afirmarse más en su respuesta, la dijo:

—A ratos creo que Santa Cruz se me ha adentrado de nuevo en el alma y que hay algo que va tejiendo en torno mío una red invisible y aprisionante. No sé si esto será una simple

sugestión, pero lo que sí sé es que, desde que me has dado tu cariño, todo lo veo aquí más lindo, más alegre, más mío...

Y luego, como bromeando, quizás sorprendido él mismo por haber hablado así, le susurró al oído:

—¿No será que me has embrujado?

A Zora se le humedecieron los ojos de emoción; al notario él, le echó los brazos al cuello y, atrayéndola con dulzura, la besó en los labios largamente.

Y quién sabe si en estos momentos era sincero. El había notado más de una vez, después de aquella noche en que conoció a Zora, que ya no encontraba tan vacías las horas tediosas del pueblo; que una dicha inexplicable le rebalsaba el alma alegrando todo lo que le rodeaba.

Durante el día muchas veces en el silencio de su habitación, recostado en el lecho, quedaba absorto durante mucho tiempo, ajeno a toda preocupación, como en un adormecimiento letárgico. Entonces se le aparecía la imagen de Zora, idealizada en el cariño, con sus ojos verdes luminosos, en maravilloso contraste con aquella tez bronceada que parecía tostarla al sol; la boca roja hechicera, de labios frescos, que él había besado con tanto ardor en el espasmo; sus cabellos color de miel que gustaba acariciar como la guedeja de una niña y, en fin, todo aquello que de su ser se desprendería como una emanación entre voluptuosa y virginal y que, a veces, le desconcertaba y ponía a su espíritu en arduo conflicto con sus sentidos. Pasados estos éxtasis él reaccionaba sorprendido y, por momentos, volvía a sus inquietudes, a su obsesión por regresar.

Una mañana Chaves le dio la noticia de que don Diego Marañón había llegado.

—Debes aprovechar para verlo cuanto antes porque, como te dije, don Diego no se queda mucho tiempo en el pueblo...

El le aseguró que iría esa misma tarde.

* * *

Antigua mansión de pulcro aspecto era la casa de los Marañón. Un ancho portón, de gruesas y pesadas hojas de talla colonial, daba acceso al zaguán largo y sombreado. La vivienda era espaciosa y clara; los corredores de amplios aleros sostenidos por pilares altos y macizos, rodeaban al gran patio rojo, saturado de un leve aroma de jazmines y naranjos, en cuyo centro un aljibe, cubierto de tiestos floridos, esparcía una agradable frescura, dando al conjunto un aspecto romántico de rincón andaluz.

Don Diego Marañón, el dueño de aquella casa, era un hombronazo alto y fuerte que conservaba aún toda la gallarda arrogancia del *gran señor campesino*. Cruceño de *pura cepa*, era un genuino exponente de las hidalgas virtudes de la raza; franco sin llegar a la llaneza, bondadoso y servicial, capaz de darlo todo por un amigo; dueño de ese espíritu aventurero que lo impulsaba hacia las grandes empresas, pero poco previsor y enemigo de los cálculos prolijos, había tenido en su vida muchas alternativas de fortuna. La caída de la goma, origen de tantas ruinas cruceñas, le envolvió también en el desastre y, de la noche a la mañana, don Diego encontró reducido su capital a lo indispensable para vivir sobriamente. Pero él afrontó la mala racha con dignidad. Los pocos cuartos que le quedaban sirvieron para comprar un pedazo de tierra, sobre la que fundó un establecimiento agrícola y donde comenzó a rehacer su posición a fuerza de paciencia y de trabajo. Allí vivía la mayor parte del año como un Señor medieval en su feudo.

El campo le había conquistado por completo, hasta el punto de que la vida de la ciudad le oprimía llenándole de una angustiosa sensación de encierro. El gozaba respirando a pulmón pleno al aire libre de la mañana, recorriendo muy temprano los *chacos*; viendo cómo los cultivos que ayer eran una promesa, se iban convirtiendo en una palpable realidad. Gustábale dirigir en persona las faenas campestres y estar en todos los detalles, desarrollando una actividad que sólo su magnífica naturaleza podía soportar. El creía que el campo era la única escuela capaz de formar al hombre trabajador, digno y libre. Y lo había ganado en tal manera esta convicción, que no podía disimular cierta inquina por todo lo que trascendiese a procedencia urbana, que, para él, venía empapado de la sordidez que pone en el hombre ese afán de lucha por la vida en las ciudades. No concebía la existencia sedentaria de esa gran parte de nuestra juventud en el pueblo, anquilosada en el cargo público, respirando la dañina atmósfera de la politiquería, gastando su vida en actividades negativas que sólo conducían al achatamiento, a la pérdida de la independencia y a la altivez, que deben ser las virtudes máspreciadas del hombre.

Con estas ideas y estos puntos de vista, era comprensible, y hasta lógico, que don Diego no se encontrara muy a gusto en la ciudad y que, a poco de llegar, estuviera ya inquieto por regresar nuevamente a "Los Troncos", que así se llamaba su establecimiento agrícola.

Cuando Toledo estuvo a buscarle lo recibió en la amplia estancia que le servía de escritorio y al mismo tiempo de biblioteca y donde, amparado por la frescura de la sombra, solía echar un sueñito, en una gran poltrona, a la hora de la siesta.

Después de que éste le expuso el motivo de su visita, don Diego que lo escuchaba en silencio y movía de vez en cuando la noble cabeza poblada de blanca y abundante cabellera, se creyó obligado a aconsejarle que no vendiera las tierras que le había dejado su padre y que, desde luego, él no necesitaba adquirir por el momento.

—Venancio —le dijo con bondadoso acento de reconversión— puso allí en "Las Abras" todo el entusiasmo de sus últimos arios. Bregó infatigable hasta convertir ese monte en uno de los mejores establecimientos de los contornos; su muerte dejó truncado todo aquel esfuerzo. Yo creo que si él resucitara se llenaría de pena al ver el poco apego que usted tiene por aquello que fue su obra y que llenó de ilusiones los últimos días de su vida...

Y luego, afable, creyendo que se había extralimitado en su franqueza le aconsejó:

—¿Por qué no va usted allí y echa siquiera una mirada a eso, antes de decidirse a vender? ...A pesar de todo está abandonado y se ve que en cada día que pasa las construcciones y hasta los cercos se *van* destruyendo, todavía, con algún arreglo, se podría reanudar allí un buen trabajo...

Toledo le explicó que si él había resuelto vender "Las Abras" era en vista de que no le quedaba otra cosa de la herencia de su padre y que, aun cuando él no sentía inclinación hacia las labores rurales, le habría gustado siempre conservar aquello, pero que ahora necesitaba dinero para terminar sus estudios, y la única forma de procurárselo, era liquidando esos pocos bienes que había recibido de manos de don Juan Bravo.

Don Diego le escuchaba con íntima simpatía; gratamente impresionado por el porte varonil de aquel muchacho, hijo de su viejo amigo a quien tanto se parecía en la sencillez cautivante de sus maneras y hasta en sus gestos familiares. Aun cuando no le interesaba, en el momento, adquirir aquellas tierras, se mostró dispuesto a tratar del asunto con Toledo.

—Usted sabe que yo tengo tierra de sobra para lo que hoy se cultiva en Santa Cruz. No necesito comprar ese *establecimiento*. Además me gustaría que conserve algo de lo que su padre dejó allí, Yo le hago una proposición. Le compro la mitad de "Las Abras", dejándole la otra mitad con las casas y los potreros y un buen pedazo de monte donde, si algún día necesita, puede usted trabajar y convertir aquello, que hoy está abandonado, en tierras productivas. Todavía más, si quiere, yo puedo atenderle lo que le queda, *al partido*; pero para eso es necesario que vamos juntos a "Las Abras". Yo tendría escrúpulo en cerrar el trato sin que usted *vea* antes qué es lo que me vende... Toledo aceptó, encontrando que esta proposición le permitía conservar siquiera parte de aquello que tanto quisieron sus padres y, al mismo tiempo, solucionaba, en alguna forma, el asunto que le había traído a Santa Cruz.

—Yo regreso con la familia el martes, es decir, dentro de cuatro días —dijo don Diego—. Si quiere podemos viajar juntos.

Toledo manifestó que estaba de acuerdo y fijaron la hora de la partida. Cuando se levantó para despedirse, don Diego le estrechó la mano con afecto, mientras palmeaba el hombro diciéndole, entre bromista y serio:

—¡Estos jóvenes que nada quieren oír del campo... que viven encandilados por las luces de la ciudad... nunca sabrán que la vida más linda se encuentra allí; en la libertad de las pampas, en la soledad de los montes, en la sana alegría del trabajo!...

Al llegar al salón, que se hallaba situado junto al zaguán de salida, se escucharon voces y una risa alegre y fresca. Allí estaba doña Juana, la esposa de don Diego, y su hija Carmen; las acompañaba Roque Paniagua, Roquecito, como se le nombraba familiarmente; un mequetrefe que se hacía pasar por *visita* de Carmen. Don Diego hizo las presentaciones del caso.

—Será nuestro compañero de viaje el martes —dijo dirigiéndose a doña Juana y a Carmen— es pues bueno que se vayan conociendo...

A pedido de la dueña de casa, Toledo tomó asiento. Comenzó la conversación con las habituales expresiones de cortesía, pero era talla sencillez acogedora de aquella familia que, muy pronto, quebrado el hielo, se inició una charla animada que se prolongó por algunos momentos.

Después Toledo creyó oportuno retirarse; se despidió de doña Juana y de Don Diego y cuando estrechó la fina mano de Carmen, vio que de sus ojos profundos brotaba alegre y franca una cautivante expresión de simpatía.

Roquecito, que la mayor parte del tiempo se había refugiado en un silencio hostil, le alcanzó la mano con sequedad; Toledo se despidió de él cortésmente.

Marañón le acompañó hasta la puerta. Al salir le recordó: —No se olvide; el martes de madrugada...

Toledo le respondió sonriente.

—No tenga pena, don Diego, estaré listo bien temprano.

X

Un carro grande, provisto de un toldo enorme y tirado por tres yuntas de *overos* corpulentos, había venido desde el *establecimiento* para llevar a doña Juana y a Carmen. Don Diego y Toledo, tenían ya sus cabalgaduras listas, amarradas a los gruesos horcones del corredor.

Salieron muy temprano. Era una mañana calurosa de febrero. El cielo, después de un temporal, estaba limpio y resplandeciente, sin una nube.

El camino se extendía, ancho, por entre un monte de tupida arboleda. El carretón avanzaba lentamente, cabeceando al compás cachaciento de los bueyes, quebrando gajos, entre barquinazo y barquinazo y chirriando acremente cada vez que los cornúpteros bregaban por arrancarlo de algún barrial.

El carretero, esgrimiendo un látigo de largo mango, estimulaba a las bestias con destemplados gritos y silbidos. Bajo el gran toldo de cuero, entre bultos y cacharros, asomaban los rostros simpáticos de doña Juana y Carmen y colgaban las morenas pantorillas de la criadita mimada, inseparable compañera de las patronas.

A medida que subía el sol, la marcha se tornaba más lenta y los jinetes debían seguir el tardo paso de los bueyes. Toledo, de cuando en cuando, desmontaba y, llevando su cabalgadura de tiro, se acercaba al carro para conversar con doña Juana, aun cuando, invariablemente, toda su atención derivaba hacia Carmen, a quien encontraba cada vez más encantadora, más fina, más delicada. La temperatura cálida encendía un suave rubor en el rostro virginal de la muchacha, añadiendo aun más encanto a la frescura de su tez. Carmen hablaba con esa locuacidad bulliciosa de los niños y comentaba entre risas y exclamaciones las peripecias más insignificantes del viaje. Doña Juana, sonriente, feliz, contemplaba a su hija y reja también al escuchar las ocurrentes respuestas de Toledo que, conquistada la confianza, había resultado un agradable compañero de viaje.

A mediodía hicieron un breve alto para almorzar; bajo la sombra oscura y fresca de un *trompillo*, se tendió un pequeño mantel. El almuerzo era frugal.

—En viaje no es bueno llenar el estómago —aseguró don Diego—. Después con el trote y la *asoleada* vienen las congestiones...

—Si es por mí, debo declarar que estoy satisfecho —afirmó Carlos, sonriente, alargando un cigarrillo a Marañón.

El sol caía a plomo sobre el camino. Los bueyes desuncidos sudorosos, jadeantes, resoplaban como fuelles de una fragua: echados a la sombra de un grueso cupesí.

De los barriales que, como brillantes manchas se extendían a lo largo de la ruta, se desprendía un vapor plateado, que subía lentamente y parecía levantar una nube de maripositas blancas, aleteantes, como pequeños trozos de papel agitados por el viento. De un árbol a otro, súbitamente alarmada, voló una bandada de loros, turbando con su estridente chillido, el gran silencio que, a esa hora, se tendía sobre la inmensidad del monte.

Resolvieron descansar un momento a la espera de que cediera la fuerza del sol; circunstancia que don Diego aprovechó para descabezar un sueñito. Junto al carretón, protegidos por la sombra, doña Juana, Carmen y Toledo conversaban animadamente.

Como a las dos horas don Diego despertó y buscando al carretero le ordenó atar los bueyes.

—¡Bueno, adelante! —exclamó cuando todo estuvo listo.

Las mujeres subieron al carretón y los hombres a las cabalgaduras. Un áspero chirrido preludió la marcha y pronto el carromato; entró en la huella, mientras los bueyes, arqueando los lomos en desesperado esfuerzo, lograban sacarlo de un bache del camino.

Cuando llegaron a la desembocadura del monte el sol bajaba lentamente. Tras los últimos árboles pudieron apreciar la visión magnífica de la pampa que se tendía verde y rasa hasta el confín de la selva, esfumada a lo lejos como un largo festón oscuro. Una brisa fresca soplaba de frente, reanimando a las bestias y atenuando en los viajeros la fastidiosa sensación que produce el húmedo calor del monte. De trecho en trecho, blanqueaba el reflejo de los *pauros* cristalinos, junto a los cuales se posaba, blandamente, una que otra garza confiada. Algunos patos cruzaron perdiéndose como puntos negros en la lejanía azul. La huella amarillenta culebreaba sobre el fondo lustroso de la grama. A lo lejos se divisaba la mancha roja de un tejado, quebrando la verde armonía del paisaje; y se escuchaba, de tarde en tarde, el latir opaco de los perros.

Aprovechando la frescura de la tarde, Carmen bajó del carro y marchaba alegremente junto a Toledo. Un júbilo infantil se había apoderado de la muchacha. Ella como su padre, amaba el campo con pasión. Esperaba ansiosa la temporada de vacaciones en que, juntamente con dona Juana, se trasladaban a "Los Troncos", para pasar allí los meses estivales. Muchos días antes del viaje ella se preocupaba de los preparativos con infantil diligencia, como si de esta manera acertara la fecha de la partida que aguardaba tan impaciente. Parecía un pajarillo enjaulado con nostalgias de espacio. Una vez frente a la inmensidad verde y perfumada, sentía algo así como una liberación de todo su ser; una sensación vivificante que le entraba al cuerpo como un bálsamo, llenándola de inefable alegría.

Atravesaban en ese momento un mal paso del camino, donde el tráfico de los pesados carretones, había dejado profundas huellas barroas en la tierra blanda.

Carmen sorteaba los obstáculos con insospechada agilidad; y es más, los buscaba, con esa inquietud infantil, para vencerlos con gesto triunfador.

—Cuidado, Carmen... este es un salto muy largo —le decía Toledo entre risueño y bromista, alcanzándole la mano que ella estrechaba, con ademán de suficiencia—. Se va a caer... se va a caer y yo me voy a reír...

—¡Bah!... si esto lo hago yo siempre —aseguraba la moza, con su puntito de orgullo...

Don Diego, desde el caballo, asentía mirando cariñosamente a su hija.

—Esta no resbala así nomás; es como cabra para correr en el campo... Eso sí, después la vamos a ver cuando le empiecen a cosquillar los *japutamus*...

El cruce de la pampa requirió unas cuatro horas. Eran cerca de dos leguas largas que los bueyes vencieron a paso forzado. Nuevamente el camino se hundió en el monte, donde la sombra comenzaba a refugiarse repuntada por el crepúsculo vecino.

—De aquí tenemos apenas una hora —aseguró don Diego, con objeto de alentar a su compañero, a quien creía ya fatigado por la lentitud del viaje—. ¿Está usted cansado? ...

—Absolutamente —respondió Toledo que, por otra parte, sentía la pesadez del viaje, distraído por tan agradable compañía. Marchaban todavía un largo trecho bajo la ramazón de los árboles corpulentos. El suelo estaba cubierto de hojas secas finos gajos leñosos que se quebraban bajo las ruedas crepitantes como un chisporroteo de cirios.

Al final de una senda ancha y limpia apareció más tarde, el enorme potrero de "Los Troncos". Llegaron a las tranqueras casi al anochecer. Una larga calle de naranjos llevaba hasta las casas, que destacaban sus paredes blanquecinas y sus anchos tejados rojizos entre la semioscuridad que ya lo envolvía todo.

La perrada, bulliciosa y agresiva, salió a recibir a los recién llegados, aturdiendo con su algazara ensordecedora.

—A ver, Manuel; sacá esos perros... —gritó don Diego, dirigiéndose a un mozo fornido que, sombrero en mano, se acercaba para saludar a los patrones.

Bajaron al corredor amplio y fresco; y mientras los peones descargaban el carro y aligeraban las cabalgaduras, Toledo, conducido por el dueño de casa, se instaló en el alojamiento que le habían destinado. Era una sala amplia y limpia, de paredes encaladas, con una ventana grande por la que se colaba un agradable frescor.

—Bueno, lo dejo en su casa... Acomódese y se viene luego con nosotros, pues vamos a comer enseguida —le dijo don Diego palmeándole amistosamente.

Empleó una media hora en arreglarse y cuando salió de su habitación, encontró a la familia esperándole para sentarse a la mesa.

La comida transcurrió alegremente. Nadie sentía, al parecer, el cansancio de la jornada. Se charlaba con animación, mezclando comentarios de viaje con proyectos para pasar, en la mejor forma posible, los momentos que Toledo debía permanecer en "Los Troncos".

—Usted no debe madrugar mucho, Carlos, ¿no? —exclamó Carmen, socarronamente; como buen pueblera, seguramente, dormirá hasta tarde... Aquí le vamos a hacer echar un vaso de agua todas las mañanas para despertarlo...

Doña Juana intervino en socorro de su huésped.

—No, Carlos, si a usted le gusta dormir puede hacerlo con toda confianza... Eso sí, no sé si el ruido que hacen los perros, las gallinas y los peones, lo dejarán prolongar el sueño.

—Pero señora, —le interrumpió Carlos—. Sería un crimen venir a dormir aquí. No tiene idea cómo deseo aprovechar las mañanas; creo que son las horas más lindas y en las que más se puede gozar de la belleza del campo...

—Bueno, bueno... déjenlo a Toledo con sus costumbres —terció don Diego—. Si para disculparse hasta me lo van a obligar a mentir... y ahora creo que nos sentará bien a todos un buen descanso, pues mañana hay que madrugar.

Aun charlaron algunos minutos y, luego, cada cual se dirigió a su habitación.

Toledo abrió la ventana que daba al fondo del potrero. La luna aparecía tras un claro del bosque, llena y brillante, ribeteando la copa de los árboles con una cinta luminosa. La frescura de la noche, embalsamada por el baho dulzón de los montes, derramaba un aroma acariciante y embriagador. Allí se quedó un rato largo, como subyugado por el mágico silencio del campo; después se acostó.

Estaba cansado pero no podía conciliar el sueño. Inmóvil, abstraído; su pensamiento mariposeaba en torno a la imagen de Zora. Recordó cuando la noche anterior, al despedirse, ella le echó los brazos al cuello y, llorosa, le pidió que regresara pronto; después de que había estado más tierna y más amorosa que nunca. Y este recuerdo le llenaba de una plácida ternura. Lora le amaba, ciertamente. No sin tristeza pensó que todo esto debería acabar el día en que él se viera obligado a partir. El también le había tomado cariño; era tan bella, tan ardiente, tan sumisa y tan celosa de su afecto al mismo tiempo... Con esa ansiedad de mujer enamorada, ella había querido saber todos los detalles de aquel viaje; y Toledo recordaba todavía el gesto desolado que se pintó en su rostro cuando, después de contarle que iría con ellos la familia Marañón, a una pregunta suya, él le respondió ingenuamente que Carmen era muy bella. "¡Pobre lora, qué niña es!", se dijo sonriendo.

Apagó la luz y aun se quedó un momento pensativo, hasta que le rindió la fatiga.

XI

El sol penetraba a grandes franjas por entre los barrotes de la ancha ventana colonial, cuando Toledo despertó. Una claridad tibia, acariciante, llenaba el ambiente de la estancia. Alarmado miró el reloj que había dejado sobre el velador; eran las siete y minutos. Vistióse apresuradamente y salió.

Afuera resplandecía una mañana luminosa.

El gran potrero verde, con la grama a ras de tierra húmeda aún por el rocío, exhalaba una agradable sensación de frescura. Desde el corral vecino se oía el largo y quejumbroso mugir de las vacas que llegaban en pos de sus crías. Los terneros, agrupados en un ángulo del cerco rústico, concertaban una opaca sinfonía de balidos, en la que contrastaban las voces altas de los recién nacidos con las graves y casi gruesas de los mamones. Un gallo lanzó al aire su grito heráldico, desafiante y pretencioso; mientras que las gallinas, activamente inquietas, escarbaban la tierra negra entre la grama, y los polluelos, atropellados y asustadizos, se agrupaban junto a las madres piando tiernamente. El monte estaba poblado de rumores. Entre el canto bullicioso de los pájaros, surgía, pastoso, el eco gutural de una familia de monos. Algunos loros chillones se apeñuscaban como racimos en la copa de los árboles. Cerca a unos carros grandes se confundía el relincho de los caballos con las voces de la gente que se aprestaba a la faena. Y, junto a las casas, una bandada de tordos ariscos, que celebraba un concierto de silbidos agudos, se levantaba de pronto para remontarse en la altura, hasta perderse como un puñado de perdigones, en aquel cielo azul de una transparencia magnífica.

Toledo aspiraba, pleno de optimismo, aquel aire fresco, impregnado de olores de tierra húmeda, que se colaba hasta los pulmones con suavidades balsámicas.

Una íntima sensación de placidez invadía su espíritu; y se explicaba, entonces, el por qué del amor al campo que seduce a los hombres con el más sutil de los embrujos. Aquel ambiente apacible; aquel despertar rumoroso de las mañanas claras; aquella frescura perfumada, bajo la limpia luminosidad del cielo, eran sin duda, la esencia más pura y sublime de toda la poesía.

La voz alegre de Carmen lo sacó de su abstracción; ella acababa de levantarse y se sorprendió al encontrar ya en pie a Toledo.

—¡Hola!... Carlos, muy buenos días —le dijo con fingida expresión de asombro—. ¿Qué hace usted aquí? Nosotros lo creíamos durmiendo todavía...

—Buenos días, Carmen... Ya lo ve; creo que no soy tan mal campesino como ayer se lo figuraba usted —repuso él mientras observaba regocijado a su linda amiguita.

Estaba realmente bella. La juventud resplandecía en la fresca tersura de aquel rostro inmaculado. Sus mejillas iluminadas por un rubor infantil, añadían un encanto más a su serenidad de niña. Las telas livianas de su vestido albas y suaves, le ceñían el cuerpo arrogante, dando a su figura una gentil gallardía; y al plegarse sobre la augusta firmeza de sus líneas, revelaban, furtivamente, la armoniosa estructura de su cuerpo.

El no pudo contener un impulso de sinceridad y proclamó entusiasmado su admiración. Ella al escucharle se turbó como una colegiala. Luego fingiendo un mohín de disgusto, entre seria y sonriente, amonestó:

—Bueno, bueno... como cumplido pase; pero yo no quiero que usted siga burlándose de mí...

Toledo quiso replicar, pero ella no le dejó seguir.

—Vamos, nos esperan para tomar el desayuno. Ya oigo la voz de papá...

Don Diego y doña Juana acogieron la presencia del huésped con alegres comentarios.

—Ahí está; había sido madrugador el pueblera —exclamó Marañón alborozado—. En este momento nomás Juana apostaba que usted no vendría a tomar el desayuno con nosotros...

—Acérquese, Carlos —terció cordial la señora, señalando el asiento que debía ocupar Toledo—. No haga caso a Diego; nunca le faltan estas salidas...

Carlos, sinceramente impresionado por la belleza del paraje, elogiaba la hermosura de aquella mañana fresca y clara; los esposos asentían sonrientes.

Ellos también amaban la tranquila belleza del campo, y aquellos días, apacibles, transparentes, serenos, sentían renacer el recuerdo de momentos lejanos, pero inolvidables.

—Bueno... ¿y qué piensa usted hacer ahora?... porque en el campo hay que hacer algo, sino se aburre uno soberanamente —sentenció don Diego, con aire cómicamente doctoral.

—Como no lo lleves a conocer los *chacos*, no sé qué más se puede hacer aquí —propuso doña Juana—. Un paseíto le servirá de aperitivo...

Don Diego, asintió.

—Sí; me parece buena idea. Vaya a ver eso amigo; vaya a ver el resultado de muchos años de paciencia y brega con los peones y con el monte —exclamó con énfasis no exenta de un airecillo de satisfacción—. Lo malo es que yo no puedo acompañarlo, porque debo quedarme aquí ahora para ajustar algunas cuentas con los peones, dar algunas órdenes y estar así libre para viajar con usted mañana a "Las Abras"; pero puede hacerlo Carmen. A ésta le gustan esos paseos y conoce el campo mejor que yo. Llevenlo a Rafito.

Carmen, muy contenta por la comisión que se le daba, fue en busca de un ancho sombrero que ponía un rústico encanto a su señoril figurita.

Los *chacos* se hallaban algo distantes de las casas, en una ceja de monte que se extendía como una cresta obscura sobre el verde claro del potrero. Los jóvenes se pusieron en camino. Toledo marchaba junto a Carmen y ambos conversaban alegremente influidos por el optimismo que derramaba a raudales aquella mañana gloriosa. Adelante iba Rafito. Era éste un huérfano, hijo de un antiguo peón de "Los Troncos", recogido por los Marañón y que, al igual de muchos chicuelos de su clase se crían en los *establecimientos* sirviendo como compañero de los niños, y después como mozos o peones. Tenía apenas cuatro años y ya despuntaba en su rostro agraciado la viveza de su raza y en sus ojos negros, asombrados, asomaba precoz la suspicacia nativa.

El sendero se extendía algunas cuerdas antes de llegar a los cultivos. A veces una raíz invadía osada el estrecho camino, y los paseantes la esquivaban saltando; otras un gajo demasiado bajo los obligaba a agacharse. Todo era motivo de comentarios risueños, tras los cuales se iba afirmando ese sentimiento de mutua simpatía que brotaba franco y espontáneo en sus espíritus.

De pronto la senda desembocó junto a un cerco de gruesos troncos entrelazados. La mirada de Toledo se dilató ante el ancho y resplandeciente cuadro formado por un cañaveral. Sobre aquella mancha inmensa de un verdor azulado, se destacaban como oscuros salpicones los cuerpos semidesnudos de los peones que, inclinados hacia la tierra, carpían las malezas con unas palas de largos mangos nudosos y, al agitar la hojarasca, producían un ruido tembloroso, como de apresurado revolver de papeles. Trabajaban también algunas mujeres cuyas vestimentas chillonas ponían una alegre mancha roja o amarilla sobre el fondo esmeralda del paisaje. El sol, que ya había ganado altura en la inmensa ruta azul, volcaba sus rayos ardientes sobre la tierra fecunda. Un aroma penetrante, como un perfume tropical, ascendía de la hierba recién cortada. La brisa lenta agitaba el cañaveral haciéndolo ondular con sinuosidades de trapo extendido al viento. En los claros dejados por el cultivo surgían, negros, carbonizados y rodeados de retoños, los troncos enormes del chaqueado, cuyas raíces aún vivas y profundas se afirmaban a la tierra noble y potente, como aferrándose a ella en un ansioso y desesperado abrazo para librarse de la muerte.

Carmen y Toledo, arrimados al cerco, permanecieron todavía un momento contemplando la faena de los peones; después continuaron el paseo.

La senda se internaba aun más en el bosque. Por entre los espacios que dejaba la arboleda se divisaban otros sembradíos pequeños y las chozas de los peones. Carmen desempeñaba a conciencia su papel de "cicerone". Con candorosa seriedad explicaba a su compañero las características de los cultivos o el nombre de las plantas silvestres y sus propiedades curativas. Toledo le escuchaba complacido. De pronto Rafito lanzó un chillido estridente y se acercó, cojeando, en pos de Carmen. De sus ojazos negros se desprendieron dos lagrimotas gruesas, redondas, que resbalaban lentamente por sus mejillas morenas.

—¡Una espina!... Vaya no es nada, Rafito; no llores —dijo ella palmeando al chicuelo, bondadosamente—. Te la vamos a sacar enseguida.

Ambos trasladaron a la criatura a una casucha cercana. Al llegar a la puerta Carmen llamó.

Vivía allí una viejecita que, en otros tiempos, fue criada de la familia y cuyos nietos servían ya como peones en el establecimiento. Salió ésta y al ver a Carmen, la saludó con afectuoso respeto.

—Buenos días, niña... pase... la niña linda... Carmen acogió con, una sonrisa el cumplido de la vieja criada y desde la puerta le pidió que atendiera a Rafito que, ya más calmado, había cesado de llorar.

La espina estuvo pronto afuera y el chicuelo aunque cojeando ligeramente, se halló luego en condiciones de marchar tras su patrona.

La mujer miraba atentamente a Toledo y después de un momento de silencio, y con esa curiosidad campesina, inofensiva e inoportuna, preguntó a Carmen:

—¿Quién es el Joven?, niña...

—Un amigo que ha venido a pasar unos días con nosotros, doña Ubaldina —respondió Carmen, brevemente.

Ella movió la cabeza como expresando que comprendía, y con reticencia, agregó:

—A lo mejor es su novio, ¿no?.. Caramba niña, ya tan crecida que está usted; cuando me parece que ayer nomás la he tenido alzada...

Carmen se turbó visiblemente y dirigió una mirada de reconvención a la vieja criada, de la que ésta no se dio cuenta.

—Bueno, dona Ubaldina; me voy ya. Que se conserve usted buena, —le dijo secamente. Y cogiendo a Rafito de una mano avanzó algunos pasos, alejándose de la choza.

Toledo notó el cambio súbito operado en el semblante de Carmen cuando dona Ubaldina, con toda indiscreción, hiciera aquella pregunta y observó también el leve gesto de disgusto con que ella recibiera las inoportunas palabras de la anciana, y esto, que en un principio le causó gracia, acabó por preocuparle.

Resolvieron regresar a las casas. Caminaban en silencio bajo la tupida ramazón de la arboleda. De trecho en trecho, el sol alto ponía grandes claros de luz tamizada sobre el polvo opaco de la arena. Toledo fue el primero en hablar.

—Carmen —le dijo procurando dar a sus palabras un tono risueño— creo que he sido yo la causa indirecta del disgusto que usted acaba de tener... De todos modos lamento la indiscreción de doña Ubaldina, porque parece que esto la ha contrariado a usted mucho...

Ella inclinó la bella cabecita y palideció imperceptiblemente.

—Claro, Carlos; si esto no es cierto. ¿Qué habrá pensado usted?—respondió, mientras jugaba nerviosamente con un gajo verde que había cogido al pasar.

Toledo guardó un breve silencio; se diría que estaba desconcertado. Luego sonriente dijo a la muchacha.

—Si es por mí, Carmen, no se aflija; que bien contento estaría yo de tener una novia tan linda como usted...

Carmen le miró fijamente, como si quisiera desentrañar sus pensamientos.

—Usted no debe decir eso, Carlos...

—¿Porqué?, Carmen...

Ella vaciló unos instantes.

—Porque usted no puede sentir eso —respondió ella acentuando las palabras— y a mí me disgusta que usted me diga lo que no siente... Con esto sólo conseguiría enturbiar nuestra buena amistad.

Carmen apresuró el paso como si deseara acortar el camino. Toledo se colocó a su vera; le habían intrigado las palabras de la muchacha.

—Y, ¿por qué supone que yo no puedo sentir cariño por usted, Carmen?

Ella titubeó antes de responder.

—¿Por qué?.. Porque cuando se quiere a una persona, no se debe hablar a otra, ni en broma, de estas cosas.

Toledo se sobresaltó. Seguramente Carmen conocía sus amoríos con lora, a pesar de la reserva con que él la visitaba. Le invadió una obscura sensación de bochorno. No obstante el cariño que sentía por lora, le disgustaba la divulgación de sus amores pecaminosos y, más que nada, que ellos hubieran llegado a oídos de una niña candorosa como Carmen.

—¿Quién le ha contado eso? —la interrogó vivamente.

—Todo el pueblo está lleno de la noticia;... y hace usted bien, porque Alicita es una chica muy buena —comentó ella con nobleza. —¿Qué Alicita?

—Alicia Morales; la hija de doña Concha...

Toledo lanzó una carcajada alegre y sintió como si le hubieran sacado un peso de encima.

Carmen lo miró con asombro; luego perpleja bajó los ojos.

Se acercaban a la desembocadura del monte. Desde allí se veían las blancas paredes de las casas bruñidas por la fuerza del sol, destacando su albura sobre la verde claridad del follaje. En ese momento distinguieron la figura corpulenta de don Diego que venía a darles alcance. Pronto estuvo con ellos y juntos se encaminaron a la vivienda.

Durante el día Toledo distraído con sus preparativos de viaje a "Las Abras", no observó que Carmen, a ratos, le miraba furtivamente.

XII

Don Santiago, el viejo capataz de "Las Abras", salió a recibirlos cuando la perrada, con sus latidos agresivos, anunció que llegaban.

—Lo estaba esperando, patrón —le dijo a Toledo— con una sonrisa humilde, mientras cogía las riendas de los caballos para amarrarlas al estacón plantado bajo la sombra fresca y obscura de un gran *bibosi*. Ayer vino Tomás de "Los Troncos" y me avisó que ustedes pasaban pa' acá...

Toledo esparció una mirada circular sobre aquel paraje silencioso. Al pisar esa tierra donde su padre había vivido y donde había dejado las huellas de su trabajo fecundo, sintió que le embargaba una íntima emoción. Las viviendas tenían ese mustio aspecto de cosa abandonada; eran viejas construcciones de adobe con anchos techos de teja, ennegrecidos por los años. Había allí una calma profunda, una atmósfera de jardín solitario, que lo impregnaba todo de infinita melancolía.

—Parece que aquí no se carpe desde hace mucho tiempo —observó don Diego al notar que el monte había invadido los potreros y amenazaba cercar las casas.

Don Santiago movió la cabeza afirmativamente.

—Sí pues don Diego; yo ya estoy viejo y solo... y usted sabe que el monte se viene encima cuando no hay quien lo pare a tiempo... ¡En vida del patrón era otra cosa! Esto estaba alegre, poblado y lleno de cultivos. Entonces había peonada valiente y trabajadora... porque el patrón también era exigente... ¡Aquí nomás *paraba* todo el tiempo!... Con don Juan las cosas cambiaron; todo se vino abajo. Ahora esperamos al patrón —dijo dirigiéndose a Toledo— y, si él se animara, podríamos trabajar de nuevo y hacer de "Las Abras" lo que fue en vida del finao...

Toledo escuchó en silencio las palabras de don Santiago y, aun cuando experimentaba un inexplicable embarazo al tener que confesar que no tenía intenciones de trabajar en "Las Abras", dijo al capataz:

—Justamente quería avisarle, don Santiago, que don Diego se hará cargo de todo y que usted deberá trabajar con él como si fuera el patrón.

El viejo no pudo ocultar su desencanto.

—Entonces, ¿usted no se queda, patrón? —le preguntó en un tono que parecía de reconvención. ,

—No, don Santiago; yo tengo que regresar a Buenos Aires para terminar mis estudios. Después, volveré y entonces levantaremos aquí otras casas y quizá, algún día, sea posible hacer de "Las Abras" un gran establecimiento, con viviendas nuevas y grandes cultivos, animales de raza y modernas construcciones...

Y puso seguramente tan poca convicción en sus palabras, que don Santiago se quedó mirándole un momento con expresión de duda.

—Así nomás será, señor —respondió luego con esa ambigüedad tan peculiar de la gente del campo; y después, con un dejo de fatalismo, exclamó: —¡Si estaré vivo yo pa' entonces!

Entraron a la vivienda, que se componía de una gran sala comunicada por puertas bajas con otras dependencias. Esta sala servía al mismo tiempo de comedor, y estaba sobriamente

amueblada. Por ser la habitación mejor conservada de la casa, don Santiago había colocado allí las camas para Toledo y don Diego.

Mientras éste, apoltronado en un ancho sillón desvencijado, descansaba de las fatigas del camino, Toledo se dispuso a recorrer la vieja casona solitaria y destruida. Atravesó una de las dos puertas chatas, de bastos tablones y toscos herrajes enmohecidos, que se encontraban a un costado de la sala, y entró a la alcoba. Era ésta una habitación espaciosa de blancos muros descascarados y de severo aspecto monacal. Una luz tenue se colaba por entre los balaustres de una ventana estrecha. Impresionado por la penumbra de aquel recinto sombrío, Toledo echó una mirada en derredor. Allí estaba el lecho que había ocupado en vida don Venancio; más allá una cómoda tallada, de grandes y pesados cajones; y unas sillas toscas, cuyos asientos de cuero renegrido, caían a pedazos roídos por la polilla, parecían refugiarse en los rincones umbrosos para esconder su vejez. Todo se conservaba en el mismo sitio; doña Manuela nunca quiso que se tocara nada en esa estancia. La dolorosa fidelidad de aquella buena mujer, creía materializar, de esa manera, el recuerdo del que siempre vivía en su pensamiento. Hondamente emocionado Toledo miraba aquellas cosas. Había en esa estancia desmantelada, algo que le hablaba al espíritu como una voz lejana, como un eco misterioso. De entre la obscuridad de aquellos rincones le parecía que vería surgir, de un momento a otro, la imagen de su padre, con aquella sonrisa bondadosa de sus ojos nobles. Nunca había sentido con más fuerza la existencia de ese vínculo impalpable de la sangre que nos ata a lo pasado en forma indisoluble. Y al entrar a esa habitación desamparada; al posar sus miradas sobre aquellas paredes mudas, al palpar con sus manos todos esos objetos que pertenecieron a su padre, comprendió también que había algo más fuerte que la muerte; algo que perdura como un sello indeleble, hasta en la fría inmovilidad de las cosas, evocando el espíritu de los que vivieron junto a ellas.

Con profunda melancolía abandonó aquella estancia, y luego pasó a las contiguas que tenían el mismo aspecto de ruina y desamparo, y donde el aire que se colaba por los estrechos ventanucos, no había podido despojarlas de ese acre olor de vejez que el tiempo pone sobre las cosas abandonadas.

Toledo volvió a la sala presa de una vaga sensación de vacío y angustia. Estaba triste, como si hubiera atravesado por un cementerio; sentía sobre su espíritu la patética presión de lo pasado que, al resucitar en la evocación cruzaba por su mente como un oscuro aleteo de melancolía. La presencia de don Diego le reconfortó un poco; su charla alegre y franca tuvo la virtud de ahuyentar sus pensamientos tristes y de volverle a la calma que ellos le habían quitado.

Como era hora de almorzar se sentaron a la mesa. Les servía una mujer vieja y huesosa, que antes había sido cocinera de los peones y que, arraigada a las casas, no había querido abandonar "Las Abras".

El almuerzo fue breve y sobrio; luego salieron al corredor en busca de un poco de frescura.

Las casas estaban situadas en una elevación del terreno que permitía extender la vista sobre un campo abierto, donde se había derribado el monte para establecer los cultivos. Al pie de la loma corría un riachuelo mansamente, bajo el brillo del sol aquellos campos se alegraban, y surgía de ellos un murmullo permanente, como lejano rumor de un salmo subiendo al infinito.

En contraste con la melancolía de las casas en ruinas, la naturaleza portentosa, vestida de todas sus galas, infundía a los espíritus, en aquel paraje, un saludable optimismo.

—¡Qué hermoso es este paisaje! —exclamó Toledo; llenos los ojos de la gloriosa diafanidad del cielo.

Don Diego asentía satisfecho.

—Yo siempre supuse que le agradaría este lugar —le dijo con acento convencido—. Venancio supo elegirlo, pues le aseguro que no hay posición más linda en estos contornos. El pudo contentarse con vivir de la plata que había ganado en el Beni pero, como era hombre de empresa y valiente para el trabajo, compró estas tierras. Yo lo traje aquí; y le gustó tanto esto que cerró el trato ese mismo día... Después comenzó a trabajar; y luego se encariñó en tal forma, que no quería salir de "Las Abras"; al punto de que, cuando se puso tan grave, costó mucho llevárselo a la ciudad... y no volvió más...

—Pobre viejo —murmuró Toledo conmovido.

Cuando bajó el sol salieron para recorrer el campo y fijar el límite de la parcela que compraría don Diego. Era una ancha faja de monte que lindaba con "Los Troncos"; tierra virgen de árboles gigantescos cuyas frondosas copas no dejaban pasar ni un pedacito de cielo. Una senda estrecha llevaba hacia un madrejón que servía de fuente al riacho. Infinidad de aves acuáticas volaban alarmadas ante la proximidad de los caminantes. Junto a las charcas se escuchaba la

nota aflautada de los sapos y, de la espesura, se elevaba el rítmico chirrido de los montes, que el crepúsculo cercano impregnaba de un hondo misticismo.

Don Santiago marchaba adelante haciendo de guía. De pronto se detuvo bruscamente y quedó inmóvil como arraigado al suelo, señalando con la mano un pequeño animal que escapa a saltos por entre las malezas que cubría la senda.

—¡El zorro! —exclamó, hondamente preocupado—. ¡Oué desgracia irá a suceder!

Toledo se le aproximó risueño y, palmeándole los hombros, le dijo con sorna:

—Cuide usted sus gallinas esta noche, don Santiago; ellas son las únicas que pueden temer una desgracia de parte del zorro...

Don Santiago no respondió; se hallaba embargado de una visible inquietud supersticiosa, ante aquel presagio de mal agüero.

Siguieron caminando y al llegar nuevamente a las casas, después de haber recorrido el campo, don Diego preguntó a Toledo:

—¿Está usted siempre dispuesto a vender?

El repuso sin vacilar:

—Sí, don Diego. El trato hecho se mantiene. Yo le vendo el pedazo de tierra que le interesa y usted se hace cargo de lo que resta de "Las Abras", al *partido*.

—Bueno pues amigos, entonces hay que comenzar la tarea. Creo que, por poco que tengamos que hacer, no acabaremos hasta mañana; y siempre será mejor dejarlo todo terminado.

* * *

El inventario no demandó mucho tiempo; todo lo que existía: herramientas, útiles de labranza y demás efectos, fue minuciosamente anotado por el capataz y se logró también hacer un recuento de los pocos animales que aún quedaban en "Las Abras".

Al atardecer del día siguiente, como lo habían previsto Don Diego, regresaron a "Los Troncos".

* * *

El inventario no demandó mucho tiempo; todo lo que existía: herramientas, útiles de labranza y demás efectos, fue minuciosamente anotado por el capataz y se logró también hacer un recuento de los pocos animales que aún quedaban en "Las Abras".

Al atardecer del día siguiente, como lo habían previsto Don Diego, regresaron a "Los Troncos".

* * *

Imposible resultó para Toledo convencer a los Marañón de que lo dejaran partir esa misma tarde a Santa Cruz. Don Diego estaba emperlado en que le acompañarán a las carreras que debían realizarse al día siguiente en "Los Sauces", y agotaba todos los argumentos para hacerlo desistir de su propósito.

—Si usted se va esta tarde —le dijo finalmente, en tono de advertencia—, llegará al pueblo a media noche... y no sé si será usted bueno para andar solo a esas horas por entre estos montes; mientras que si sale mañana conmigo, puede hacer el viaje en dos jornadas, pues "Los Sauces" quedan sobre el camino a la ciudad. Paramos allí un rato; usted presencia las carreras y continúa después; en tres horas, andando descansado, estará en Santa Cruz...

Toledo no quiso insistir más; temía disgustar a los Marañón que tan hospitalarios se habían mostrado con él. Además pensó que quizás no podría ver a Zora esa noche a una hora tan intempestiva.

Se sentaron a la mesa que se hallaba colocada bajo la sombra fresca del corredor. La tarde declinaba lentamente extendiendo una dulce tranquilidad sobre los campos. Don Diego y doña Juana conversaban con Toledo. Carmen en un extremo de la mesa escuchaba silenciosa, como distraída, vagando el pensamiento en quién sabe qué recuerdos. Toledo, que la miró al acaso, creyó notar, sin alcanzar a explicarse el motivo, que había desaparecido de su rostro aquella infantil alegría que tanto la agradaba. La plática se hacía cada vez más animada. Se habló de varias cosas; de la impresión que le había causado a Toledo su visita a "Las Abras", de los buenos tiempos en que vivían don Venancio y doña Manuela, de los proyectos que tenía don Diego para el futuro en la explotación del establecimiento y, por fin, la conversación re cayó sobre el terna de las carreras en "Los Sauces".

—Esta carrera está *depositada* desde hace tres meses y será la mejor que se haya presenciado en estos trechos —afirmaba don Diego como hombre entendido en el asunto—. Habría sido una lástima que usted se hubiera ido sin verja... Va a correr el *oscuro* de don Pedro

con el *bayo* de los Aguilera... en quinientas... Y el que gane tendrá que medirse después con mi *colorao*,... que hasta ahora no ha perdido ninguna...

Don Diego, después de este comentario, reía satisfecho, con esa candorosa vanidad que pone el campo en los espíritus y que trasciende a salud de alma y a corazón de niño.

* * *

A la oración, un visitante llegó a "Los Troncos". Don Diego lo reconoció desde lejos.

—Es don Eusebio Montenegro —exclamó mientras llamaba a la perrada que había salido al encuentro del extraño.

Don Eusebio Montenegro echó pie a tierra; saludó cordialmente a los dueños de casa y a Toledo. Era un hombre de regular estatura, joven aún, de rostro moreno y cabellos acerdados. Vivía desde hacía muchos años en aquellos parajes, en un pequeño establecimiento heredado de su padre, donde llevaba la existencia precaria de la mayoría de nuestros agricultores, en esa tierra bendita. Era un agricultor *filarmónico*, más afecto a las vibraciones de la guitarra que la fecunda poesía del trabajo campero. Músico eximio, amigo del baile y del canto, era el primero en llegar al ruido de la parranda. Donde sonaban las cuerdas de una guitarra, ahí estaba Eusebio Montenegro y allí se quedaba, días y días, hasta que la reunión se *desparramaba* por falta de *combustible*. Con este método de trabajo, huelga decir que la hacienda de don Eusebio estaba muy lejos de prosperar; pero él no se arredraba por esto. La vida, decía, hay que tomarla por el lado más fácil, porque ella no es sino "un continuo *pelearle* un puñado de huesos a la tierra". y mientras la victoria de la tierra venía inexorable, él la esperaba con la guitarra en la mano.

—¿Qué buenos vientos lo echan por acá?, don Eusebio —exclamó Marañón al abrazar, cordial, al visitante.

—Las carreras de mañana, don Diego. Me he adelantado porque estoy mal de *sillonero*... y el camino del monte no está muy bueno para andar de un tirón las quince leguas que hay de casa hasta "Los Sauces".

—Vaya... vaya, qué bien lo ha hecho usted, don Eusebio... tome asiento; que le sirvan algo porque ha de traer usted buen apetito...

Mientras el visitante despachaba las viandas, volvió a ponerse de actualidad el tema de las carreras y no se hubiera agotado nunca si, después de que se levantaron de la mesa, doña Juana, haciendo honor al virtuosismo de don Eusebio, no le hubiera pedido que cante algo.

La noche estaba hermosa. La luna blanqueaba los tejados de las casas y echaba un fino polvo argentado sobre la negra verdura del paisaje. La brisa se agitaba suave impregnada de aromas; acariciante y tenue como un aliento de mujer. Bajo la claridad de aquel cielo estival, todo dormía en los campos llenos de misterio y de paz.

Don Eusebio templaba la guitarra con seguridad de maestro. Las bordonas flojas zumbaban sordamente, mientras que las cuerdas altas iban alcanzando una vibración cristalina pulsadas por los hábiles dedos del guitarrista. De pronto un golpe seco de todo el encordado, sonoro y llano, inició el prelude de un triste que se hundió angustioso en el blanco silencio de aquella noche lunar. Carmen se hallaba sentada frente a Toledo, junto a doña Juana. Bajos los ojos, escuchaba inmóvil aquella canción que tenía acentos de plegaria, de congoja y de amarguras.

Al *triste* siguió un valse sentimental. Montenegro tenía una voz bien templada, llena y varonil. Cuando cantaba su rostro tostado iluminado por la vehemencia, se tornaba más simpático. El valse era viejo y venía cargado de añoranzas; entre los acordes de aquella canción asomaban con persistencia los recuerdos de los tiempos idos, llenando el ambiente de una dulce melancolía.

*"Es en vano; no puedo olvidarte
por tu amor he perdido la calma
yo no puedo vivir sin amarte
tus fríos desdeñes torturan mi alma".*

La voz del cantor se enroscaba entre los arpegios con infinita ternura y, bajo el silencio solemne de la noche, aquella armonía sentimental cobraba la sonoridad de un himno hecho de pasión y de sollozos.

Carmen escuchaba aquellos versos henchida de emoción. Su corazoncito palpitaba violentamente a los acordes de esa romántica melodía que le llenaba el ánimo de penas y zozobras. Ella había experimentado, por primera vez, la sublime inquietud del amor. Era un sentimiento nuevo para su corazón de niña; distinto de todos los que le habían preocupado hasta

el presente; mezcla de ternura y turbación, que conmovía la pureza de su alma candorosa. Aun no había tenido novio, ni había tratado con otro hombre que no fuera *Roquecito*, que jamás llegó a conmover una fibra de su corazón juvenil. Aquella mañana en que paseaba con Toledo, después de la indiscreta pregunta de doña Ubaldina, ella sintió que algo se transformaba en su ser; percibió nítidamente el paso de un hombre junto a su alma y, en la noche, presa de un insomnio invencible, una vaga inquietud la había turbado; una dulce sensación de sometimiento se había apoderado de ella y un anhelo desconocido estremecía su cuerpo virginal. En el despertar romántico de sus quince arios, estas sensaciones turbaban su alma ingenua sumiéndola en un abismo de emociones contradictorias.

Toledo, fija su mente en Zora, no había percibido el sentimiento que brotaba en el alma candorosa de Carmen y ella que interpretaba esto como indiferencia, guardaba celosa, en el silencio de su recato, aquel cariño escondido.

La guitarra siguió llorando y la armonía vagaba en el misterio de la noche como un hálito de romanticismo. Allí estuvieron todavía largo rato.

Cuando se recogieron a dormir, el mágico silencio del campo parecía impregnado de dulces melodías.

* * *

Salieron muy temprano de "Los Troncos". La mañana lucía esplendorosa, alegrándolo todo bajo la luz radiante de un cielo maravilloso y puro. Toledo se despidió de doña Juana con un afecto que parecía de años; a Carmen la tomó de la mano y se la retuvo un instante con cálida efusión.

—Adiós Carmen —le dijo— que sea hasta la vista. Ella respondió quedamente.

Y retiró presurosa la mano, en el momento en que un ligero temblor la estremecía.

XIII

Aquella manana en "Los Sauces" la gente trajinaba desde muy temprano. Por los caminos llegaban, en interminable caravana, vecinos de todos los pelajes. Unos, los menos, montados en animales de *estima*, relucientes y nerviosos; otros en tristes caballejos flacos; algunos en lerdas mulas que venían *llevando palo* desde la salida; aquellos en alguna trotona *trapichera*; las mujeres con sus críos, en pequeños carretones gruñidores, a tumbos en los baches de la huella; y los más, a pie, descalzos, con el par de ojotas al hombro *prendidas* de la punta de una vara.

Siempre las carreras en "Los Sauces" despertaban inusitado interés, y especialmente las que debían llevarse a cabo esa tarde, porque se trataba de definir la supremacía de dos caballos mentaos por sus ligerezas, que habían dividido las opiniones de los vecinos de los contornos, en dos bandos apasionados.

El dueño de "Los Sauces", don Pedro Paz, era uno de aquellos cruceños a la antigua, de hidalgo aspecto, franco y hospitalario, con mucho de Quijote y algo de Sancho a la vez. Su afición por las carreras y los gallos era proverbial; siendo ésta la única diversión que interrumpía su vida de trabajo y retraining. Muy pocas veces iba a la ciudad; y pasaba años y años en "Los Sauces" absorbido por las faenas campestres. Don Pedro era uno de los patrones más estimados de aquellos parajes; servidor, cordial siempre para acoger la demanda de socorro, había ganado el corazón de las sencillas gentes lugareñas y hasta de los propietarios de establecimientos vecinos a quienes, en más de una ocasión, prestara efectiva ayuda. Tenía don Pedro sus ribetes de filósofo y se le atribuía la paternidad de muchos pensamientos y sentencias que circulaban corro moneda de buen curso por aquellos alrededores, donde gozaba de un prestigio indiscutible. Un grave suceso había ensombrecido la vida de don Pedro algunos artos atrás. Casado con una mujer mucho menor que él, acostumbrada al relumbrón de la ciudad y bella por añadidura, no pudo jamás arraigarla al campo, donde él tenía sus ocupaciones y debía atenderlas personalmente. La mujer pasaba los días presa de una melancolía sin límites y de un desgano absoluto por todo lo que le rodeaba. Para ella la vida del campo no tenía atracción alguna; la desesperaba la rusticidad de los hombres, la monotonía de los sucesos, la tristeza de los crepúsculos entre el serruchar incansable de los grillos. No encontraba, por otra parte, junto a su marido, una compensación que le permitiera soportar esta existencia para ella desprovista del menor aliciente. Don Pedro no era hombre capaz de perder el tiempo en halagar a una mujer, ni menos a la propia; una palabra de ternura, una frase obsequiosa, eran cosas que no cabían en la reciedumbre de su espíritu. Y la mujercita, habituada al mariposeo galante de los hombres en la ciudad, extrañaba esto, así como afloraba la alegría de los bailes, el bullicio de la música, los lindos vestidos nuevos con que, antes del matrimonio engalanaba su belleza. Y sucedió lo que

debía suceder; un día de esos alzó el vuelo con un pueblero dejando a don Pedro sumido en la más negra de las desilusiones. Pasó el tiempo y se supo la muerte de la mujer. No obstante de que los médicos diagnosticaron tifoidea, don Pedro y sus allegados quedaron firmemente convencidos de que se trataba de un castigo inflingido por la divina providencia, para sancionar la felonía de aquella esposa desleal. Don Pedro, más conformado con esta celestial satisfacción, se dispuso nuevamente a tornar mujer. Se hallaba muy solo y necesitaba una compañera que lo atendiera, corriendo de paso con la administración de la casa. Pero esta vez, con la amarga experiencia de lo ocurrido, no eligió hembra que adoleciera del mismo inconveniente y se casó con doña Balbina Mendoza, cuarentona poco agraciada, pero de gran voluntad para los quehaceres de la casa. Así logró don Pedro garantizar su tranquilidad y sobre todo ponerse a cubierto de futuras sorpresas. Todo esto le había inspirado una sentencia filosófica de gran profundidad, como que había sido experimentada en pellejo propio: "La mujer —decía— es como el agua de los *paurus*; mientras más fresca más codiciada. Hasta los burros porfían por beberla.

Don Pedro, ubicado desde temprano en el amplio corredor de la vivienda, se hallaba ya rodeado de un gran número de vecinos que comentaban en animada charla las probabilidades de la carrera. Adentro doña Balbina, con aires de coronel cincuentón, daba órdenes al regimiento de criadas, disponiéndolo todo para el recibimiento de los visitantes, que iban llegando cada vez en mayor cantidad.

Don Pedro los divisaba desde lejos; antes de que se aproximaran a las tranqueras, ya los había filiado.

—Ahí viene el compadre Tristán —afirmaba con plena seguridad. —Me parece que no es él dudaba alguno del grupo.

Don Pedro hacía un gesto de fastidio; le contrariaba que se pusiera en duda su afirmación.

—¿Quién más va a ser? ...No ve su *sillonera* parda...

Y el compadre Tristán llegaba a los pocos minutos a las tranqueras. Más tarde era la comadre Elvira; después el compadre Evangelista que venía a pie, pero que cojeaba del derecho, y luego otros compadres y comadres; porque casi todos los hombres y las mujeres de aquellos trechos, se hallaban vinculados a los esposos Paz por aquel lazo espiritual.

Don Diego y Toledo, llegaron como a mediodía, seguidos de todos los peones de "Los Troncos", que pudieron ensillar algún *macho trapichero*, con autorización del patrón. A don Diego lo recibieron con gran algazara, pues, entre aquella gente, era tan estimado como el mismo don Pedro.

Tras ellos llegó también don Proceliano Rojas, vecino de un pueblo cercano y que poseía el bocio más relumbrante de los contornos. Era un buen hombre, cándido y bonachón, cuya presencia animaba todas las reuniones, porque venía a ser algo así como el pararrayo del ingenio lugareño. Vestía una chaqueta raída y pantalones ajustados que apenas le cubrían las pantorrillas, destacando aun más la flacura de sus carnes. Sobre la cabeza que parecía una prolongación del cuello hinchado por el *coto*, un enorme sombrero de paja trenzada, le daba el aspecto de un hongo gigantesco.

Se aproximó tímidamente a las casas, como si tuviera miedo de llegar. Una vez cerca, saludó al dueño con su voz gangosa y su sonrisa de bienaventurado.

—Güenas don Pegro...

—Hola, don Proceliano... apéguese hombre... no tenga miedo que no hay perros...

La gente sonreía al contemplar la estrafalaria figura del visitante.

Un chusco le largó el primer bolazo.

—Oiga don Proceliano, usted que viene del lao de Cotoca, ¿no ha visto una *yunta* que se me ha perdió?

—¿De qué laya es su yunta?

—Es una vaquilla *hosca* mancornada con una potranca e tres años... Si me la encuentra le regalo la mancornada...

—¡Barajo la yunta, che... de usted había e ser!...

Un coro de carcajadas acogió la indignada respuesta de don Proceliano, que se retiró resongando para evitar que siguieran las cuchufletas.

Entretanto llegó la hora del almuerzo y los vecinos se instalaron en la mesa larga de los esposos Paz, mientras la peonada era atendida en un galpón cerca de las casas. Desde el potrero, donde ardían alegres las fogatas, se levantaba una incitante fragancia de la carne asada.

Cuando terminó el almuerzo la concurrencia comenzó a desparramarse en pequeños grupos; muchos se dirigieron a los pesebres donde se hallaban los caballos y algunos aficionados, mientras llegaba la hora de la largada, se encaminaron a la cancha de gallos para jugarse allí unos *reales*.

Bajo la sombra oscura de un naranjo estaba el refidero hecho de palmas clavadas en el suelo en forma circular. Cerca de allí, los gallos prisioneros de una pata, forcejeaban por librarse del tiento que los sujetaba a la estaca clavada en tierra. Con la cresta rasurada, enrojecida, nerviosos por entrar en pelea, lanzaban al viento su canto retador y, agachando las testas desplumadas, escarbaban furiosos sobre la grama del potrero. De vez en cuando, en vivas ojeadas, observaban los movimientos de un posible contendor.

En un comienzo parecía que no había entusiasmo por concertar riñas. Los dueños de los gallos, cual si se tratara del acto más trascendental de su vida, se animaban y desanimaban dos veces por minuto.

—A ver ese *negro* parece que es cotejo del *pluma*— deslizó uno con el propósito de alentar al propietario.

Este miró a su gallo y después observó al *pluma*, indeciso. —Hágala don Juan Francisco —le dijo otro tratando de entusiasmarlo.

Pero don Juan Francisco, que era gallero viejo, seguía mirando y vacilando.

—No hombre, mi gallo es tiernito... Si quieren la hacemos con el tuerto.

—Vaya don Juan Francisco... no se acobarde... échele nomás...

Por fin se concertó la riña. La gente se apretujaba en torno del redondel para no perder detalle de la pelea.

—Voy dos al *negro* —dijo un hombre flaco y tuerto, después de escupir al sesgo.

—Voy cinco contra cuatro al *pluma* —dijo otro que al parecer la llevaba muy segura.

—El *pluma* no llega al final —opinó un tercero que era partidario del *negro*.

—El *pluma* lo está matando con el peso al *negro* —sentenció otro.

Los comentarios se hicieron más apasionados, cuando los gallos fueron colocados frente a frente por sus dueños, en el refidero.

Don Diego que también se había acercado para presenciar la pelea, explicaba a Toledo que le acompañó con desgano, los mil detalles que constituyen la hermenéutica del riñero.

El Juez, con la solemnidad del caso, dio la orden para comenzar la riña.

Los gallos libres ya, saltaban y hacían quites; estiraban los pescuezos rasurados y se miraban con furor. Inyectados los ojos y las plumas erizadas, se lanzaron al ataque. Comenzó un revoloteo frenético entre quites y gambetas. Los puazos menudearon y pronto la sangre regó sobre la arena.

Los espectadores observaban absortos. Una que otra voz turbaba aquel silencio momentáneo. En algunos rostros se reflejaban las fases de la pelea. Había expresiones de éxtasis que se escapaban convertidas en un fino hilo de baba. Los más no se inmutaban; miraban impasibles los *ojos* torteros que dejaban en el suelo el lento gotear de la sangre caliente. La riña arreciaba. Los encarnizados combatientes se enfrentaban jadeantes. De sus gargantas se escapaba un ronquido entrecortado. El *pluma* se mostraba más acometivo, pero el *negro* se defendía admirablemente haciendo quites. De pronto, un puazo bien acertado, levantó un mechón de plumas voladoras. Los partidarios del heridor se envalentonaron entonces.

—Voy cuatro al *pluma* y *pago* usura.

Pero resultó que a su vez el *negro* ubicó un formidable *cachazo* a su contrario. Entonces un "vivo" dijo:

—Pago la usura, don...

El que antes la había ofrecido, no contestó. La pelea continuaba. Al rato, el negro volvió a herir al *pluma*, arrancándole un breve grito de dolor.

—¡Lo degolló! —comentó un mirón.

El *pluma* se aplastó en el suelo lentamente, como pidiendo clemencia; cloqueó una vez más, y luego pegó contra el suelo la cabeza deforme y sanguinolenta, en un ronco estertor de agonía.

—Echeló a la olla, don Eladio —le gritó un chusco al dueño del pobre gallinazo.

El juez dio el fallo con voz grave, sacramental.

Los dueños entraron al refidero y retiraron los gallos. El del *pluma* miraba al suyo con una expresión desolada, como si se le hubiera muerto un hijo. Mientras se pagaban las apuestas, metieron otros gallos; y así se pasó el tiempo, entre riña y riña, con los mismos gritos y los mismos incidentes, hasta que alguien avisó que iban a largar las carreras. Entonces la gente se desparramó y enfiló hacia la cancha como un rosario.

* * *

Las carreras debían desarrollarse en un largo callejón emparejado a fuerza de pala. Pronto la gente se ubicó a lo largo de aquella pista improvisada, formando una larga fila impaciente y bulliciosa. Un grupo regular se había situado cerca de la línea de largada, mientras que los vecinos principales, entre los que se hallaban don Diego y Toledo, se colocaron junto a la raya. A medida que pasaba el tiempo, el grupo iba aumentando con la llegada de algunos rezagados que se habían quedado a liquidar las apuestas de los gallos.

Don Diego discutía con don Pedro sobre las bondades del oscuro.

—¿Le tiene mucha fe, don Pedro?.. Mire que estoy con ganas de apostarle en contra... Lo veo muy lindo al bayo...

—Va perder su plata, compadre...

La concurrencia se impacientaba por momentos. Algunos cansados de esperar hacían los más variados comentarios.

—Si se habrá escapao el oscuro que no viene... ricien lo vide a corcovos junto a la tranquera; parece que había soltao el cabestro...

—No don, yo más bien creo que la tardanza es porque los del bayo están queriendo abrirse... Hace un momento los vide discutiendo con don Pedro... A lo mejor están con miedo...

—Qué le van a tener miedo... si lo están ganando desde la salida...

—No se olvide compadre que la carrera es larga... y por mil *bolis*...

Al fin llegaron los caballos. El oscuro era un hermoso animal, de gran alzada, que pasó braceando inquieto *cobrando freno*, como para largarse a correr.

El bayo era más pequeño, pero tenía una mirada muy viva, y sus movimientos nerviosos, hacían resaltar el brillo de su pelo dorado y lustroso como la seda.

El corredor del oscuro, que ya venía montado, era un cunumi retacón criado en casa de don Pedro; tenía una cara medio adormilada, pero los ojos llenos de malicia; el del bayo parecía más alto, pero era más flaco y con las piernas encorvadas como si hubiera nacido montado a caballo. Traía su animal de tiro, como exhibiéndolo con orgullo.

Las apuestas menudeaban entre gritos y risotadas. Un mozo bien trajeado, que había venido de Paurito, se dirigió familiarmente a Toledo.

—¿Jugamos cincuenta pesos?.. Yo voy al bayo. Toledo a quien le había gustado el porte del oscuro, aceptó. —¿No quiere llevarme otros cincuenta a mí? —propuso don Pedro, ya animado en favor del caballo de su amigo.

—Pago —asintió el mozo.

Todas las miradas se dirigían hacia la línea de largada.

Los jinetes ensayaron varias partidas. Ninguno quería dar ventaja a su contendor. El oscuro estaba como endemoniado 'por largarse a correr. El bayo indócil y nervioso, se cruzaba en la cancha dificultando la partida.

—¿Jugamos cincuenta más? —volvió a proponer el mozo a Toledo.

—No, gracias; con lo jugado es suficiente —respondió éste.

Por fin largaron. Eran quinientas varas bien medidas. Desde el fondo del callejón los caballos se venían como una tromba, envueltos en polvo. Pasaron como un relámpago cerca de los espectadores, que rugían el nombre de sus favoritos.

El oscuro había sacado una pequeña ventaja, pero el bayo no lo dejaba alejarse mucho. A la altura de las trescientas varas, atropelló el bayo y se puso al lado de su rival; así corrieron cien, ciento cincuenta varas, hasta que, al final, en un esfuerzo inaudito, el oscuro pudo sacar una pequeña ventaja. Los gritos eran ensordecedores.

—Metete chueco —le gritaban al del bayo— apuralo que ya falta poco...

El muchacho alzó la guasca y comenzó a castigar. El bayo dio un salto formidable y parecía que había quebrado al oscuro.

De todas partes surgían las voces de los partidarios.

—Ganó el bayo... ganó el bayo...

La gente invadió la cancha y, en grupos compactos, se dirigía a , la raya.

Pero la sentencia acabó con todas las ilusiones y esperanzas.

—"El oscuro le sacó el hocico en la raya"...

Muchos protestaron del fallo pero tuvieron que pagar las apuestas. Don Pedro reventando de alegría abrazaba a don Diego y a todo el que se le acercaba.

—No le decía compadre que tiraba su plata en contra del oscuro...

—Pero si ha ganado arañando, compadre; ...de apenas...

—¿Cómo de apenas?;... ¿no vio que el muchacho lo venía sujetando?..

—Bueno pues; cuando la hagamos con el colorao, dígame al muchacho que no sujete, que le largue todo;... porque ese corre de veras...

Con el entusiasmo se concertaron allí mismo dos o tres carreras entre los mozos que venían montados, que se desarrollaron sin mayor interés para la concurrencia, parte de la cual se había jugado, hasta la ropa, en la carrera principal.

Caía la tarde. La gente comenzó a dispersarse hacia las casas, donde ya se escuchaba el templar de las guitarras, y uno que otro grito de entusiasmo de alguno que había cobrado una buena apuesta.

Toledo, que deseaba llegar cuanto antes a Santa Cruz, no quiso quedarse por nada al baile que seguiría a las carreras y se despidió del dueño de casa.

Don Diego lo acompañó hasta el lugar donde estaba su caballo y, antes de partir, convinieron en que él iría a la ciudad, a mediados de semana, para formalizar algunos detalles del arreglo y firmar las escrituras.

XIV

Anochece cuando llegó a la ciudad. Su nuevo alojamiento quedaba en el barrio de San Francisco pues, desde que comenzó sus relaciones con lora, había considerado discreto trasladarse a otra casa, para sustraerse al control de las viejas tías y, en particular al de dona Petrona que tan severamente practicaba las reglas de la moral pueblerina.

Las calles solitarias estaban ya casi sumidas en la penumbra. De alguna ventana enrejada salía un rayo de luz gualda que, al proyectarse sobre las aceras de los corredores, calcaba en negro el perfil alargado de los balaustres. En el místico silencio de la oración, las campanas de la vieja iglesia repicaban graves y pausadas, con una sonoridad maravillosa.

La casa ancha y chata, de amplios aleros sostenidos por largos horcones de madera, estaba situada en una esquina; allí ocupaba Toledo dos habitaciones exteriores, cuyas puertas y ventanas daban a la calle. Sobre los muros blanqueados, se reflejaba débilmente una luz amarillenta, que parpadeaba tras los vidrios ahumados de un farol. A esa hora no transitaba por allí ni un alma. Sólo, de tarde en tarde, se escuchaba un eco sonoro de pasos lejanos, quebrando el manso silencio del crepúsculo fugitivo. Toledo bajó el caballo y se dirigió a la puerta; al abrirla cayó a sus pies un pequeño trozo de papel. Lo recogió. Era un sobre que alguien había tratado de introducir por los intersticios durante su ausencia, y que allí quedó aprisionado. Encendió la luz y comenzó a leer la misiva. Era una carta de doña Concha en la que ésta le reclamaba visita, le trataba cariñosamente de ingrato por haberlas "*dado con la ausencia*" durante tantos días y, finalmente, le comunicaba que Alicita se había pasado toda la semana estudiando nuevas piezas, para tocarlas al piano cuando él fuera a la casa. No terminó la lectura y, con gesto de fastidio, arrojó el papel sobre una mesa; luego miró la hora y comenzó a cambiarse la ropa de viaje.

Estaba ansioso por ver a Zora. Los días pasados en el campo, lejos de ella, habían tenido la virtud de remansar sus sentimientos, purificando su cariño y convenciéndole de que Zora no era, para él, una simple aventura pasajera que podía abandonarse a voluntad en cualquier momento. El sentía ahora por ella, no obstante los cinco días de forzada castidad que había pasado, más ternura que deseo y, esto, que en otra oportunidad le habría parecido paradójico, le hizo comprender que estaba enamorado, y que esta mujer no pasaba por su vida como una ráfaga de sensualidad, sino que había en ella algo más que un cuerpo tentador, fuente de voluptuosidad o de erotismo; y era algo que emanaba como un efluvio hechicero de su alma femenina; algo que había transformado todo lo que le rodeaba, llenándolo de ternura y alegría. Porque era, sin duda, el cariño de aquella mujer que le había hecho hallar nuevamente el encanto oculto en la belleza rústica del pueblo y sentir la poesía que encerraba su quietud. El había notado, pese a su afán por regresar a Buenos Aires, que de lo más hondo del alma le brotaba, a veces, un deseo incontenible de paz, de reposo, de renunciamiento; un ansia de vivir mansamente, sin sobresaltos, bajo la gloria de aquellos cielos tersos, junto a la mujer querida, en aquella tierra ardiente, apacible y perfumada. Quizás tuvo razón Alberto Chaves cuando le dijo un día que, en Santa Cruz, había algo impalpable, aprisionante, que vagaba sobre las casas y se colaba a lo largo de sus calles solitarias; algo así como un hálito de ensueño que adormecía a los hombres y los arraigaba al suelo... Y, ¿acaso no sería Zora para él también una imagen, un símbolo de aquel embrujo? ¿No era su cuerpo hechicero, ardiente como aquella tierra abrasada por los oles tropicales? ¿No era la sencillez de su alma como la rusticidad apacible de aquel pueblo silencioso? Y, ¿no era su espíritu lleno de cálida ternura, como ese "algo" impalpable que se colaba por las callejas, entre aquella tibieza perfumada? De pronto volvió a la realidad sorprendido de su lirismo. Decididamente el cariño de Zora le transportaba a regiones irreales, de ensueño. Ahora había que pensar en la proximidad de su regreso a Buenos Aires; y al recordar que sólo le restaban pocos días de permanencia en Santa Cruz le invadía una gran pena. ¡Cómo extrañaría a Zora! Cómo recordaría las callejas ensombrecidas que furtivamente le conducían hasta su casa; la salita blanca donde le

recibía; la pequeña alcoba, las ternuras arrulladoras en los momentos del amor, su voz cálida, su mirada sumisa, su risa de niña! Y en las noches, al despedirse de ella, henchida el alma de ternura, aquel beso largo que le daba en la puerta, bajo el cielo azul donde las estrellas hacían misteriosos guiños y donde la brisa perfumada acariciaba sus cuerpos ardorosos; y, en fin, todo aquel ambiente lleno de encanto que rodeaba sus nocturnas entrevistas. ¡Qué sensaciones inolvidables le había dejado todo esto en el alma! En Buenos Aires le esperaba la ciudad turbulenta, indiferente, fría; las vigiliadas sobre la aridez de los textos; las inquietudes permanentes y, después, la lucha sorda para conquistar una posición; todo en contraste con aquella vida fácil, donde tenía el calor de un cariño, y donde la existencia se deslizaba serena en la apacible tranquilidad de las horas.

Pero la decisión estaba ya tomada y había que seguir adelante. Tenía que decírselo a Zora. ¿Cómo recibiría ella la noticia? Y, ¿qué sería de ella una vez que él se fuera? ¿Le guardaría fidelidad? o por fuerza de las circunstancias ¿tendría que caer en brazos de otro hombre? Esto le preocupaba hondamente; al pensar que esa mujer que él había poseído y que se le había dado en cuerpo y alma, como a nadie se entregara antes, podría llegar a ser de otro, sentía que le palpitaba el corazón y le enardecía un resquemor de celos. De todas maneras no debía darle la noticia de la proximidad de su viaje aquella noche; lo dejaría para otro momento. Habría tiempo para ello, pues aún tendría que esperar algunos días para arreglar sus asuntos con don Diego. Intimamente deseó que esos días se alargaran tanto como fuera posible.

En el reloj de la torre dieron las ocho.

Cogió su sombrero y salió a la calle.

Afuera, en la noche azul, las estrellas brillaban temblorosas.

* * *

Iba a golpear la puerta, pero se detuvo y quedó un momento en suspenso. De las rendijas brotaba tenue un rayo de luz amarillenta y adentro se escuchaba la voz ronca y alterada de un hombre. Toledo permaneció como clavado junto al umbral, presa de mil extrañas conjeturas. De pronto se oyó el ruido de una bofetada y un sollozo ahogado de mujer. No pudo resistir más; de un empujón hizo saltar el cerrojo y entró.

Abarcó el cuadro de una ojeada. Zora pálida y llorosa se levantaba del suelo; tenía las vestiduras en desorden; la bata rasgada dejada al descubierto la curva de sus pechos; de una mejilla le manaba un fino hilo de sangre. Un hombre, parado en medio de la sala, aguardaba desafiante; lívido de ira. Cuando lora vio entrar a Toledo, corrió hacia él, tambaleante, desencajado el rostro, y se quedó a su lado como buscando protección.

El hombre los miraba con los ojos fulgurantes; contraída la boca en un gesto que quería ser despectivo.

—¿Conque éste es tu *gallo*? ¿Por quedarte con él no querías viajar?... ¡yegua!

Como desprendido por un resorte, Toledo saltó sobre el miserable; le echó una mano al pecho y luego le asestó en la cara un golpe tremendo que dio con él en tierra.

Zora se arrimó a Toledo trémula de espanto y, al notar su gesto mudo de interrogación:

—Es Juvenal —le dijo—. Ha regresado... y quería llevarme a la fuerza...

Repuesto del golpe, Roca, desde el suelo, hizo un movimiento brusco; relampagueó el brillo de un revólver y lora, lanzando un grito agudo, se abrazó fuertemente a Toledo, cubriéndole con su cuerpo.

El balazo retumbó en la habitación.

Toledo sintió que lora aflojaba los brazos y, lentamente, con un gemido de angustia, se deslizaba hacia el suelo. La sostuvo para que no cayera, oprimiéndola contra su pecho, mientras que Roca, mortalmente pálido, ganaba la puerta en veloz huida.

Afuera, en el callejón solitario, se escuchaba voces de alarma y pasos agitados.

* * *

La agonía de lora se prolongó durante algunos días. En el lecho del hospital donde la había trasladado, la vida se extinguía en su cuerpo adolorido, como una exhalación. Sus ojos verdes, tristes y húmedos, tenían un brillo febril; y su rostro demacrado, una lividez marmórea. Un sudor permanente se le helaba sobre las sienes torturadas.

Toledo había rogado a doña Mariquita, la bondadosa tía, que la acompañara durante las noches, y él mismo permanecía casi todo el día junto a ella. Aquella mañana llegó muy temprano, en momentos en que la viejecita se retiraba después de una noche de desvelo.

Cuando le vio, movió la cabeza llena de pena.

—Dicen los médicos que no hay esperanza...¡Dios mío!...

Toledo corrió hacia la sala en que se encontraba Zora. Ella deliraba y su voz desfalleciente pronunciaba su nombre, llamándole con infinito amor.

—Don Carlos... Don Carlos...

Siempre le había nombrado así; con respetuosa sumisión.

A ratos sus labios temblorosos se contraían en un gesto de terror. Su mente alucinada se poblaba de parvosas imágenes; sus dedos se crispaban sobre la blancura de las sábanas:

—No dejen que me lleve.. No quiero ir con ese hombre...

Y después suplicante, vencida por el miedo, clamaba llena de ansiedad.

—Juvenal, no lo matés... Por Dios... no lo matés.

Toledo conmovido, ahogado por la emoción, le cogía las manos afiebradas, ardientes como una brasa y se las acariciaba con dolorosa ternura.

Ella tuvo un momento de lucidez y, al verlo a su lado, su rostro desencajado se iluminó con una sonrisa de tristeza. Le apretó la mano en un intento de atraerlo hacia ella. Su voz era débil, como un suspiro.

—Prométame, don Carlos, que no se irá mientras yo viva...

El se lo juró y la besó en la frente, conteniendo un sollozo; la garganta estrangulada por la congoja. Aquella misma noche murió. Ella contemplaba desolado y veía cómo su rostro se iba tornando cada vez más lívido, en la rigidez de sus facciones puras. Antes de cerrarle los ojos, se los miró por última vez: estaban opacos, fríos; habían perdido su luz.

A Toledo se le nubló la vista y sintió que le abrumaba una infinita opresión de angustia; como si el alma se le llenara de tinieblas.

* * *

Algunos días después, las Morales visitaban a las Montero para participarles el matrimonio de Carolinita con Ramirito, aquel mozalbete "que tanto la perseguía" y a quien doña Concha, a la espera de mejor partido para su hija, había prohibido la entrada en la casa.

Las Montero recibieron a las Morales con zalamería y cordialidad extrema, como correspondía al sentimiento de rivalidad que *unía* a aquellas dos familias.

Doña Concha al anunciar el acontecimiento, observaba con íntima satisfacción el efecto que causaba la noticia en las niñas solteras de la casa y, como gotas de plomo hirviendo, les iba derramando los detalles del acontecimiento.

—Estoy no más conforme con este matrimonio. Harto la ha perseguido Ramirito a Carolinita... que se casa *bien rogada*; a pesar de que es tan *tierna*, mi pobre hija... Después de la boda, viajan a La Paz, donde Ramirito tiene ya conseguido un buen puesto del Gobierno...

Las Montero estaban encantadas con la suerte de Carolinita, tan buena amiga, tan linda y tan querida por ellas. Doña Concha no creía una palabra de esto, pero les agradeció mucho. Una de las Montero, la más suave y discreta de ellas, le preguntó cariñosamente por Alicita que no había venido y, como al acaso hizo notar, inocentemente, la circunstancia de que Carolinita se había anticipado a su hermanita mayor.

—Nosotras creíamos, doña Concha, que el primer matrimonio que celebrarían en su casa, sería el de Alicita... Nos habían dicho que todo estaba arreglado para muy pronto, con Carlos Toledo...

—No sé si ustedes saben que Toledo visitaba muy seguido a Alicita; parece que hasta le habló en serio, pero ella lo rechazó desde el primer momento. ¡Mi pobre hija no quiere separarse de mí, todavía! Después me contaron que Toledo, por despecho estaba dado a *la mala*, que andaba por los arrabales en pésima compañía. Dicen que hace dos días ha regresado a Buenos Aires... y cómo habrá sido su vergüenza que, ni siquiera, se animó a despedirse de nosotras.

Y luego, bajando el vozarrón hasta convertirlo en un zumbido, para que las "niñas" no oyeran aquellas inmoralidades, dijo a la señora Montero:

—Sí, señora; uno nunca sabe a quién recibe en su casa. Ese Toledo resultó un badulaque de marca mayor. Figúrese que había estado en amores escandalosos con una perdida;... con esa que le decían la Virgen de las Siete Calles...

FIN

VOCABULARIO

El vocabulario que se inserta a continuación contiene palabras del uso común en Santa Cruz de la Sierra, lugar donde transcurre la acción de esta novela, en el año de 1920.

ABRA.- Escampado entre un monte.
AMARILLA.- Pálida.
BURI.- Baile en los suburbios.
CAMBA.- Nativa indígena de Santa Cruz.
COTEJA.- Equivalente.
COTO.- Bocio.
CUNUMI.- Muchacho nativo.
CORTEJO.-. Novio, enamorado.
CUEVA DE ZEPE.- Hormiguero.
CHICHA.- Bebida de maíz fermentado.
CHOTA.- Niña, jovencita.
ESTABLECIMIENTO.- Fundo agrícola.
GALLO.-. Expresión de bajo fondo que significa amante.
JACUU.- Acompañamiento para las comidas o el desayuno.
JAPUTAMO.- Bicho colorado.
JANUCHA.-Necia, simple.
JAU.-Equivalente a "che"

JOCHA.- Trastada.
JUMECHI.-Aguardiente.
LECHE DE TIGRE.- Bebida, mezcla de aguardiente y leche.
LISO.- Atrevido.
MARACA.-Danza popular.
MEDIO.- La mitad de un real. Cinco centavos.
ME CUADRO.- Me agradó.
PAURU.-Manantial a flor de tierra.
PA NADA.- Que no sirve para nada
PIYU.- Avestruz.
RESAGAO.-Aguardiente.
SILLONERO.-Animal caballar o mular de buen paso.
SURUMUCUCU.- Ave nocturna.
TACU.- Almirez de madera dura, para moler granos.
TROMPILLO.- Arbol frondoso.
UNITIVA.- Arruinado, sin centavos.
BOBOSI.-Enredadera.

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz- Bolivia

[Inicio](#)